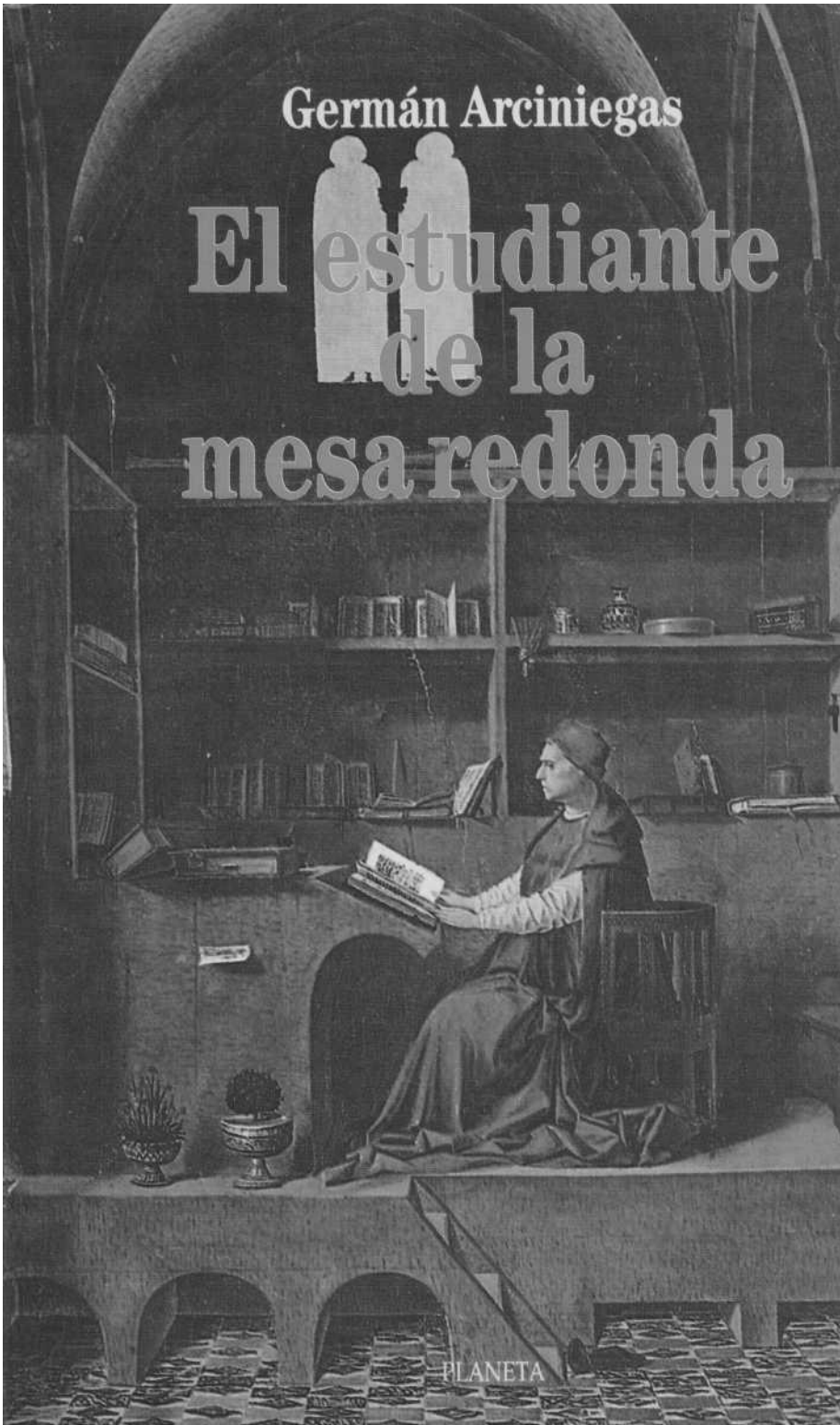
Germán Arciniegas

El estudiante de la mesa redonda



PLANETA

AUTORES COLOMBIANOS

NOVELA

LA SOMBRA DE TU PASO
Manuel Mejía Vallejo

LOS DIAS AZULES
Fernando Vallejo

LOS FELINOS DEL CANCILLER
R. H. Moreno-Durán

DE GOZOS Y DESVELOS
Roberto Burgos

EL SIGNO DEL PEZ
Germán Espinosa

ALEJANDRA
Alberto Duque López

LOS CAMINOS A ROMA
Fernando Vallejo

BUENOS DIAS, AMERICA
David Sánchez Juliao

LA CASA DE LAS DOS PALMAS
Manuel Mejía Vallejo

METROPOLITANAS
R. H. Moreno-Durán

AÑOS DE INDULGENCIA
Fernando Vallejo

SINFONIA DESDE EL NUEVO MUNDO
Germán Espinosa

EL MENSAJERO

Fernando Vallejo

Colección
DOCUMENTO

EL ESTUDIANTE
DE LA MESA REDONDA

Germán Arciniegas

El estudiante de la mesa redonda

(Ilustraciones de Alberto Arango Uribe)

PLANETA

Colección
DOCUMENTO

Consejo Editorial: Germán Arciniegas - Presidente
Germán Vargas Cantillo, Germán Santamaría, Germán Castro Caycedo, Juan Luis Mejía A.

Dirección de Colección: Mireya Fonseca Leal.

© Germán Arciniegas, 1932-1991
© Planeta Colombiana Editorial S.A., 1991
Calle 31 No. 6-41 Piso 18 - Bogotá, Colombia

Primera edición: mayo de 1991

ISBN: 958-6I4-349-X

Preparación biográfica: Servigraphic Ltda.

A Gabriela, Londres 1932

Introducción

Metámonos en la taberna de la historia. Que vengan aquí, a la mesa redonda, y a conversar con el estudiante de América, estudiantes de todos los tiempos. Nadie se escandalice: nunca tuvimos sitio más decoroso para platicar: siempre en los bodegones, en los desvanes, en las tabernas nos sorprendieron la muerte o la alborada cuando más henchido teníamos el ánimo de empresas generosas y la emoción vibraba en las palabras.

Hemos sido conspiradores tradicionales. De todos los tiempos. Llevamos la revolución en el alma. No medimos el dolor ni el sacrificio. El gesto que más seduce a nuestras juventudes es verter la vida sobre una bella ilusión.

Hemos conspirado. La conspiración es apagamiento de voces y ruidos para captar fuerzas ocultas. Recoger acentos escondidos por donde circulan anhelos íntimos... mientras las dictaduras eclipsan el sol en las plazas públicas. En horas de azar y desventura conspiran el deseo de liberación, el sentimiento de justicia, la voz de la sabiduría: anhelos de nuestras vidas insumisas. El orden establecido, el conformismo, la pasividad, nos miran con recelo y encuentran sospechosos.

Se nos tuvo por trúhanes, picaros o badulaques, porque no se doblaron nuestras frentes al peso de una idea burguesa. El ademán de nuestra mano resultaba de una libertad inaudita cuando manos regordetas de prebendados acariciaban las delicias de la privanza.

Se nos desterró por infieles, se nos sometió a tormento, se nos recibió con la punta de las bayonetas. Sobre las voces de mando de los sargentos ondeábamos,

aumentando su furor y desconcierto, banderas de juventud. ¡Hora del sacrificio de José María Durán! Todavía recordamos a sus verdugos. Maniobraban sobre el potro del tormento para que las cuerdas fuesen rasgando lentamente sus carnes, hasta quedar la víctima atada de los huesos...

Pero todo era inútil y sigue siendo inútil: siempre hemos sido levadura de revolución. Sí: de revoluciones implacables. Hemos cometido injusticias con la vejez, asesinado el sentido común, pasado por encima de los códigos como si fuesen carbones encendidos. Hemos hecho de la lógica un sarcasmo y desdeñado la realidad de los hechos. ¡Qué diablos: así es la loca juventud!

Fuimos implacables con los pobres de espíritu, altivos ante quienes han podido humillarnos con su sabiduría, arbitrarios para pedir justicia o concederla, dogmáticos a pesar de nuestros cortos entendimientos, rebeldes cuando el orden dictaba sus más justas enseñanzas.

Todo esto fuimos y seguimos siéndolo. De todo esto se nos acusa y de todo esto y de más podríamos confesarnos reos. Hemos sido livianos hasta el sacrilegio, alegres hasta la temeridad, largos y dadivosos hasta con lo ajeno, libres hasta el escándalo. Pero no pedimos cuartel: convenimos en "eso" y mucho más.

Sólo reclamamos de la historia una taberna. Que ninguna persona decente toque a nuestras puertas. Que los oídos gazmoños no alcancen a oír palabras que podrían ensordecerlos o hacerles daño. No vamos a sentarnos a manteles, sino ante mesas cubiertas de cicatrices, donde las navajas dejaron su rastro en palabras groseras... y corazones de amor. Que quien venga a beber con nosotros lo haga a sabiendas de esta fama. Nos importa una higa que pasen de largo maravillosos

doctores de plomada y mesura.

Óyelo tú, José María Durán: óyelo tú, Tamí Espinosa: aquí nos sorprenderán la muerte o la-alborada. Que pasen de largo quienes no han sentido frío, que nos desdeñen quienes no han sentido hambre, quienes no han encendido, como nosotros, esta llamita débil que nos congrega, nos une, nos da luz y calor, un poquito de esperanza y una sed infinita de rebeldía.

Que no se nos oiga ni se nos tenga por cosa digna y respetable. Somos los estudiantes de América. Venimos de las cárceles, y tal vez mañana caeremos bajo las patas de la caballería, sobre las piedras o el asfalto, donde la sangre no pinta inscripciones duraderas. ¡Qué importa! Como los borrachos del viejo Ornar, ponemos toda la vida en los labios que van a apurar la copa de un instante. Sin guardar nada para el futuro. Queremos henchir este día de luz para que quede como antorcha de los venideros.

Es un placer no hacer reservas en favor de posiciones futuras, o esperanzas cortesanas. El estudiante vive identificando la razón de su vida con la de sus ideas. Transfunde en ellas carne y huesos. Darse así es obra maestra de la sinceridad. Y esta es nuestra obra maestra, nuestro placer.

Placer absurdo, inexplicable. ¡La economía es la ley de la conservación, de la salud! No nos importa. Ya hemos dicho que somos extravagantes, disipantes. Cuando seleccionamos valores, nos seducen más los humildes y escondidos. Siempre se nos ve en compañía de los que fueron desdeñados por la fortuna.

Y aquí estamos todos. Muchachos de la vieja Europa, muchachos que hace cuatro o seis siglos fueron el escándalo de París o Salamanca, y los de ahora, que fomentan disturbios en Madrid español, Córdoba

argentina, Lima peruana. La misma traza, el mismo espíritu, la misma ilusión. El ruido y las carcajadas de nuestra tertulia harán que se estremezcan en sus sepulcros hasta los muertos distinguidos que reposan en las catedrales. ¡Bebamos, amigos, por su eterno descanso!

El Autor



Los frailes

Sin juventud, la cosa está fregada. Más que fregada, viejo bodegón.

LUIS C. LOPEZ

El estudiante del siglo XII, o del XIV si ustedes lo prefieren, se acerca a nuestra mesa. Es un entusiasta apasionado de las cosas divinas. Exalta teologías, metafísicas, incomprensibles verdades del dogma. El misterio le cautiva: es de rara sutileza penetrante para sondearlo. Se expresa con voces que tienen significados ocultos: palabras de doble fondo —cubiletes intelectuales—, a las cuales la magia da calor y profundidad. Conoce historias encantadas del diablo. El diablo es realidad evidente. Anda suelto por todas partes. Hasta en los altares y jardines cercados de los conventos. Se mete a tentar clérigos desprevenidos y martiriza a creyentes místicos. Los arquitectos góticos lo representan descolgándose por gárgolas, capiteles y arquerías de las iglesias, copiando lo que tienen delante de los ojos: el

panorama mágico de su época.

El estudiante es retórico, filósofo, tergiversador. Su ciencia y lenguaje están llenos de claves. Debajo de cada poema hay subterfugios, distinciones y enredos que sólo entienden los iniciados en su arte.

La religión empieza a defenderse con argumentos. Novedad. Antes no se conocieron sino dos medios de propagación de la fe, basados ambos en la ignorancia: las milicias y el milagro. El estudiante que nos visita siente repugnancia por los caballeros cruzados. Tiene la sensación de que lo oprimen las corazas de templarios y hospitalarios. El arte de razonas —delicado y fino— se resiente bajo la brutalidad de tropas incultas que dan bofetadas en nombre de Cristo. Desde sus primeros balbuceos, la inteligencia de Europa entra en lucha con la caballería. Lucha larga y dolorosa, cuyos últimos desarrollos sobrepasan el límite de los tiempos.

El caballero es para el estudiante de entonces gañán cruel, carnicero y ladrón. Lo comprueban las leyes vigentes, las constituciones de la caballería, las empresas heroicas. Don Alfonso el Sabio decían en las leyes de las *Siete Partidas:*

«Antiguamente cataban que los caballeros fuesen homes que hobiesen en sí tres cosas: la primera que fuesen lazradores para sofrir la grant laceria et los trabajos que en las guerras et en las lides les acaecieren; la segunda que fuesen usados a ferir porque supiesen mejor y más aina matar et vencer sus enemigos, et non causasen ligeramente faciéndolo; la tercera que fuesen crueles para non haber piedad de robar lo de sus enemigos, nin de ferir nin de matar nin otrosi que non desmayasen aina por golpe que ellos recibiesen nin que diesen a otros. Et por estas razones antiguamente para facer caballeros escogien de los venadores de monte, que son homes que sufren grande

laceria, et carpinteros, et ferreros, et pedreros, porque usan mucho a ferir et son fuertes de manos: et otrosi de los carniceros por razón que usan matar las cosas vivas et esparcer la sangre dellas; et aun cataban otra cosa en escogiéndolos que fuesen bien faccionados de miembros para ser recios, et fuertes et ligeros.»

El estudiante es de otra estirpe, quiere otra cosa. El nuevo espíritu no acepta luchas en Palestina. Los muchachos quieren la purificación de Europa en Europa. Infundir un ideal más noble a la vida, ilustrar a los príncipes, afirmar la superioridad del pensamiento sobre la derrota de los últimos cruzados.

Los caballeros se han corrompido en Oriente. El ocaso de las órdenes militares es un final infectado por la herejía, y vicios traídos por los soldados de pueblos a donde fueron en son de enseñar el Evangelio y regresan maestros en pecados inmundos.

Pero más que el pecado, lo que hace aborrecible a los caballeros es su imperio. Las órdenes militares tienen insoportables privilegios y ejercen abominables dictaduras. Unidas por una disciplina bárbara, se mueven como un solo cuerpo. Donde golpean, matan. Los estudiantes las miran como ahora nosotros, los que condenamos a los militares desde el campo de la inteligencia.

El estudiante que llega a nuestra mesa redonda evoca el drama de su tiempo. Es rudo y franco, y encuentra en nuestra taberna abrigo y el licor que calienta y aligera el ánimo. Seminarista de la Sorbona, bebe cerveza con nosotros, habla libremente sin medir la discreción de las palabras. Es el tipo del rebelde. Hasta en aquellos tiempos se tomó la libertad de decir cosas audaces.

Ríe de verse ahora en efigies de madera pintada, metido en nichos de oro, venerado en las iglesias. No fue un santo.

O lo fue por haber sido un luchador. Las cofradías que ahora lo aclaman temerían verlo aparecer de nuevo en el escenario del mundo. Sentado a la mesa de nuestra tertulia, el estudiante del siglo XII, o del siglo XIV si ustedes lo prefieren, evoca así sus tiempos:

—Afortunado celo el de los frailes mendicantes. Eran ascetas lívidos y atormentados que cruzaban los Alpes a pie desnudo, asaltaban sin armas los castillos y llegaban como profetas hasta el río Cam —Cambridge— arrollándolo todo con la palabra, don seráfico.

Francisco de Asís fue maestro en el arte de predicar. Desdeñó las complejidades de la ciencia religiosa para ponerse al nivel de los humildes; más aún: al nivel de las bestias. Se hizo entender de labriegos y lobos. Sorprendió a Papas y nobles con la simplicidad de un trovero. Y así, de victoria en victoria, con sus doce hermanos, llegó a morir venerado, nuevo Jesús de Nazaret.

Francisco era extravagante y excesivo en sus consejos. Aplicados a él, parecían justos y medidos. Su vida fue diafanidad: sobre el cristal de su mente no se deslizó la sombra de una nube. «Démosle —dijo él— la espalda a la celda mañosa, donde los frailes viven haciendo argumentos y caligrafías; salgamos a la cruz de los caminos, digamos el Evangelio en las plazas, dejemos la sombra de los claustros por la sombra, más fresca, de los árboles.»

Revolución. La palabra abría puertas en todos los corazones, en las casas selladas, en las ciudades cercadas de muros. Todo el mundo, todas las juventudes quisieron hacerse retóricas, predicadoras. Antes se habían usado el dogma y las frases abstrusas; a los franciscanos se los acusó de oradores dramáticos. Hacían discursos-poemas. Los jóvenes se agolpaban a los claustros; las mujeres

seguían el ejemplo de Clara de Asís, hermana espiritual del Poverello.

Pronto, pronto los franciscanos se sintieron dueños de una nueva potencia espiritual. Encontraron estrechos los límites de acción que les fijara el fundador. ¿Por qué, se preguntaban, reducirse a las campiñas, dejar morir las horas sin entrar siquiera a las aldeas? ¿Por qué dilapidar el tesoro de los días en los montes esquivos? Y salieron a la conquista de las ciudades, a la toma de las escuelas. Las escuelas eran las lámparas de Europa: formaban los maestros de príncipes y Papas.

Inútiles fueron los consejos de Francisco de Asís, que sentía pavor de los letrados. Para él, con libros no podían verse los campos del Señor como a través del cristal que limpia el sol de las églogas de Italia. «Estos doctores destruirán mis viñedos —exclamó cuando sus hermanos llegaron a darle la nueva de que se les había juntado un doctor de la Universidad de París—. El hombre —añadió— sólo sabe de sus obras y sólo es sabido en errado en que ame a su Dios y a su vecino.» ¡Palabras que se llevó el viento! A la muerte de Francisco, Elías fue nombrado sucesor. Elías, de la escuela de Bolonia. Tras él, Juan de Fidanza se recibió general de la orden: Juan de Fidanza, doctor seráfico, sabio como Tomás de Aquino, profesor de teología en París... Ha pasado a la historia del mundo y la sabiduría con el nombre de San Buenaventura.

No eran los franciscanos únicos en aquella empresa de la nueva conquista de Europa. De todas partes surgían órdenes mendicantes. Iban enseñoreándose de las cátedras, llevando la supremacía en la docencia de Europa. Los fundadores eran individuos de vocación decidida, adolescentes que se lanzaban a los más recios combates del espíritu. La ciencia era poca. En breves años se

adquiría el panorama cultural de la época. Eran casi niños quienes surgían como adalides y levantaban su voz en asambleas doctorales.

El fundador de los dominicos, más a tono con el ambiente que habría de afirmar el poderío de su orden, fue hombre de letras. A los quince años entró de estudiante en la Universidad de Palencia. En diez, se hizo dueño de una cultura suficiente para ilustrar su espíritu y dar las batallas decisivas al triunfo de la fe en España.

Domingo de Guzmán daba miedo. Su rostro era moreno. Llevaba el fuego sagrado en la mirada. Tenía en grado sumo el exceso de pasión propio de los temperamentos españoles. Formó su disciplina sobre las normas del martirologio. Vivía cambiándole al sueño horas de reposo por veladas de oración y cada noche se flagelaba tres veces con una cadena de hierro: por sus propios pecados, por los de sus semejantes y por las almas del purgatorio. Tenía el sentido trágico de su pueblo, que siempre ha buscado, casi en secreto, cilicios para atormentarse; pero él afinaba la tortura castigándose con meditaciones implacables.

A esta severidad íntima, doméstica, dio repercusión social instaurando la lucha contra la herejía que acabó por convertirse en el Tribunal del Santo Oficio. Los pintores se complacen en representarlo quemando libros en las plazas públicas, como quien remueve basura en una candelada. El dio el impulso que alentó un sistema terrorista de delaciones, sacrificios y autos de fe. La quema de herejes en las ciudades llegó a ser brava fiesta de más emoción que los toros: congregaba gentes de todos los lugares; las plazas parecían estrechas para contener las multitudes; los tablados, los reos con rojos capirotes, los dignatarios de la Iglesia, la frailería, los balcones con su carga de morenas

hermosas, daban ambiente de gran espectáculo. El activo Domingo de Guzmán vino a ser un empresario como quizá no lo tuvieron siglos más tarde ni aun los italianos en el Duce farolón y revistero.

Los frailes de Santo Domingo empezaron a agruparse en las costas del Mediterráneo, avanzaron al norte de Francia y Polonia, llegaron a Rusia, a Inglaterra. Luego vendría la cruzada interior. En cada ciudad se establecería un imperio cristiano: en París, en Barcelona, en Rotterdam. Los dominicos iban a la par con los franciscanos: era la hora de los mendicantes, de los nuevos letrados. Atrás quedaban los rumiadores de escrituras que carecieron del don agresivo de las nuevas órdenes; éstas pasarían por encima de los teólogos contemplativos como habían atropellado ya a los sucesores de los caballeros cuyas efigies recibían incienso en los altares.

El momento decisivo iba a ser el sitio de París. Había que luchar por la rectoría de Santa Genoveva, que llevaba un siglo de dominio absoluto sobre la casa de estudios. El tercer concilio de Letrán —¡cosa de no creerse! — había dicho: Toda persona competente debe ser admitida a enseñar»; y como si esto no fuese bastante, agregó luego: «Cualesquiera hombres capaces y letrados que quieran dirigir instituciones para el estudio de las leyes serán admitidos a que dirijan escuelas sin molestias ni trabas.» Esto había dicho el Concilio, pero una cosa eran los concilios y otra la voluntad de quienes estaban apoderados de las cátedras. Las nuevas órdenes de predicadores no hallaban acogida en la ciudad de París. La ciudad se les cerraba, era preciso sitiarla, asaltarla, conquistarla para los recién llegados. Un tipo medio oriental, medio romano, mitad mago, mitad católico, pero en todo caso dominico, Alberto Magno, llegó hasta el corazón de París, el primero

entre los frailes, deslizándose a la sombra de un acontecimiento casual: aprovechando la primera huelga de estudiantes que haya registrado la historia universitaria de Europa.

—Antes de hacer a ustedes el recuerdo de la huelga de París —comenta el estudiante, dejando por un momento las evocaciones— debe conocerse el aporte de las juventudes a las órdenes mendicantes.

Las juventudes dieron el impulso inicial. Estimularon el deseo de fijar en Europa su campo de conquista y conversión. Dieron a la lucha un toque de entusiasmo y libertad: la predicación. Ese espíritu lo animaron por igual Francisco de Asís y Domingo de Guzmán. Francisco fue tan libre que se le creyó pagano. Si hubiese vivido un siglo más tarde se le habría quemado por el amor que demostró hacia la Naturaleza. Domingo canalizó su ardor en el amor al prójimo, y así, siendo estudiante, empeñó sus libros para aliviar a los hambrientos en una época de pestes. Se ofreció en venta, como esclavo, para que con el producto de la venta se ablandara la suerte de los menesterosos.

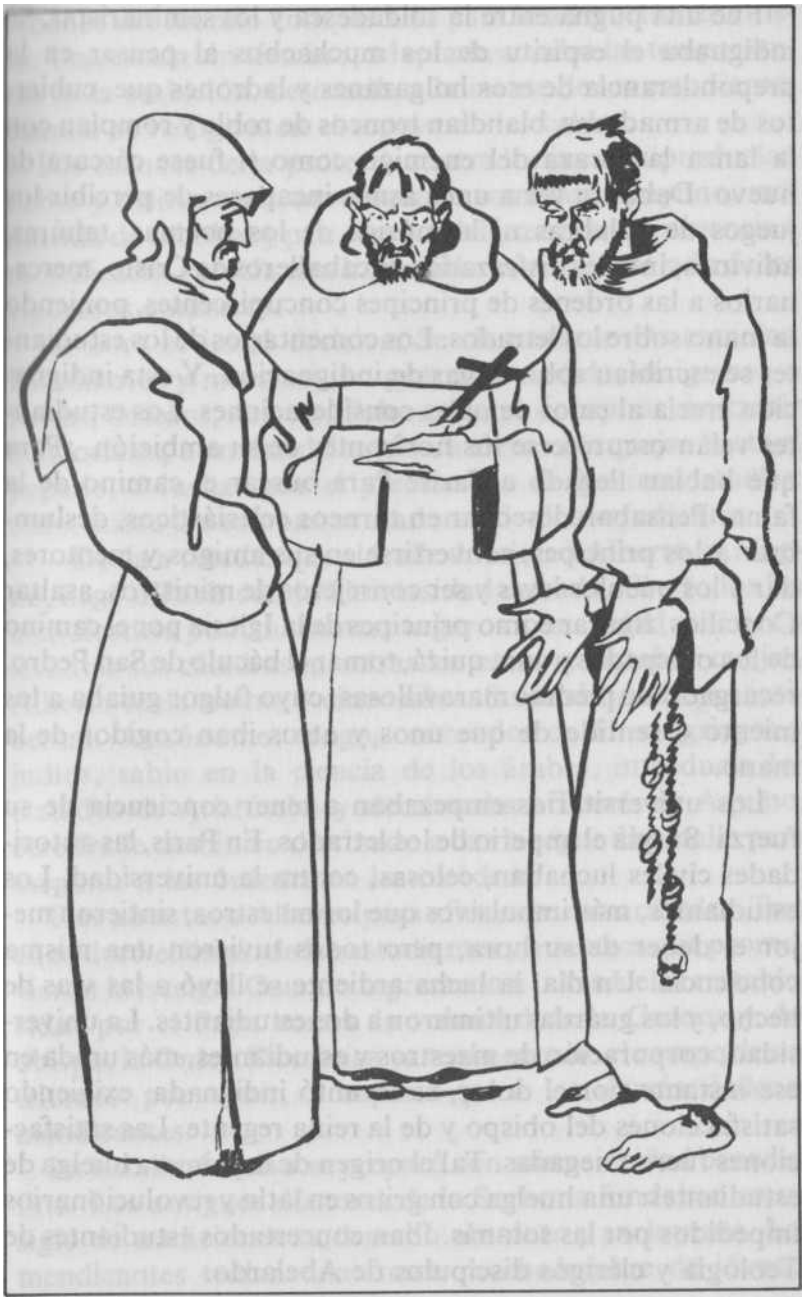
Los dos fundadores definieron su actitud frente a la vida en plena mocedad. Sus juventudes fueron responsables del movimiento que en torno suyo fue creciendo... y deformándose. La sencillez del uno y el entusiasmo del otro se trocaron en las complejidades de los franciscanos y en las crueldades de los dominicos. Todos los mozos de Europa nutrieron con su sangre, ardor y fe a las órdenes nacientes, y encontraron en ellas la suma de sus aspiraciones y anhelos. La primavera de las órdenes fe ligera, diáfana, alegre, como el mensaje nuevo que se desprendía de sus primeras palabras.

La madurez de las órdenes es pesada y azarosa. Las voces que se libertaron con la rebeldía de Francisco, se

acallaron bajo la dictadura de sus pretendidos continuadores. La humilde hermandad de los Alpes, el grupo de los dominicos de Castilla, se convirtieron en máquinas formidables y asoladoras. El aparato de las órdenes se montó sobre Europa para acallar inquietudes, y el nuevo Francisco, el nuevo Domingo vienen a ser ese estudiante inconforme que conspira contra las órdenes, el hermano adolescente que se retira en las noches al jardín del convento para beber el filtro de frescura de las estrellas: el Savonarola que discute con sus hermanos, incitándolos para una nueva Cruzada. ¿Será la Cruzada contra las órdenes, contra la última modalidad de los cruzados, en la cadena eterna de las rebeldías?

—...Cuando Alberto Magno llegó a París, París cerraba las puertas de la universidad. La universidad era un edificio vacío que estaba para alquilarse.

París se presenta ya desde entonces como el huevo de las revoluciones. Los guardas habían acuchillado a dos estudiantes. Era la época en que estudiantes y maestros formaban un solo cuerpo. Cambridge era designada, en sus propios calendarios, "República Literaria". Las universidades no se llamaban así por el carácter general de los estudios, bien limitados, sino porque formaban un cuerpo de doctores y estudiantes. *Universitas* no es sino la vieja palabra latina usada para designar legalmente a una corporación. Bajo las formas escolares y detrás de los ejercicios de la inteligencia había un sentimiento, o un sentido: el sentído.



Fue una pugna entre la soldadesca y los seminaristas. Se indignaba el espíritu de los muchachos al pensar en la preponderancia de esos holgazanes y ladrones que, cubiertos de armaduras, blandían troncos de roble y rompían con la lanza la coraza del enemigo como si fuese cáscara de huevo. Daba ira ver a unos asnos incapaces de percibir los juegos de palabras ni la música de los poemas, tahúres, adivinos, infieles disfrazados de caballeros de Cristo, mercenarios a las órdenes de príncipes concupiscentes, poniendo la mano sobre los letrados. Los comentarios de los estudiantes se escribían sobre hojas de indignación. Y esta indignación crecía al calor de otras consideraciones. Los estudiantes veían oscurecerse los horizontes de su ambición. ¿Para qué habían llegado a París? Para buscar el camino de la fama. Pensaban descollar en torneos eclesiásticos, deslumbrar a los príncipes, convertirse en sus amigos y mentores, dar a los pueblos leyes y ser consejeros de ministros, asaltar Concilios, figurar como príncipes de la Iglesia por el camino de los obispados y aun, quizá, tomar el báculo de San Pedro, recargado de piedras maravillosas, cuyo fulgor guiaba a los miento o sentido de que unos y otros iban cogidos de la mano.

Los universitarios empezaban a tener conciencia de su fuerza. Surgía el imperio de los letrados. En París, las autoridades civiles luchaban, celosas, contra la universidad. Los estudiantes, más impulsivos que los maestros, sintieron mejor el deber de su hora, pero todos tuvieron una misma conciencia. Un día, la lucha ardiente se llevó a las vías de hecho, y los guardas ultimaron a dos estudiantes. La universidad, corporación de maestros y estudiantes, más unida en ese instante por el dolor, se levantó indignada, exigiendo satisfacciones del obispo y de

la reina regente. Las satisfacciones fueron negadas. Tal el origen de la primera huelga de estudiantes: una huelga con gritos en latín y revolucionarios impedidos por las sotanas. Iban concertados estudiantes de Teología y clérigos discípulos de Abelardo.

Rebaños del mundo conquistado para la adoración de Cristo Una escala sin término, adaptada a todas las temperaturas, de la ambición, descendía a la mente de los estudiantes cuando se recogían en el reposo de las celdas.

Las razones de la protesta contra los jayanes producían liebre y delirio en la muchachada sometida al ayuno, mal nutrida de cebollas y pan negro, adelgazada en abstinencias, mortificada. Parecía una humanidad marchita al lado de los vigorosos coraceros.

La hora se juzgó decisiva. Se clausuraron las escuelas. Estudiantes y maestros, en guerra declarada, emigraron a Reims, Orleáns, Angers, Tolosa: iban a conspirar, a escribir memoriales, a enviar delegados, a elevar sus quejas hasta el papado, a luchar por el predominio de los intelectuales: todo, sobre las tumbas acusadoras de dos estudiantes.

—Decía a ustedes que el fraile dominico Alberto, el Magno, llegó a París con la Universidad cerrada. El y todos los mendicantes podían avanzar seguros a la ciudad maestra y levantar sus cátedras mientras los otros redactaban quejas. Alberto tenía treinta y cinco años. Su celebridad era continental. Astrónomo, mago, conocedor de libros griegos y judíos, sabio en la ciencia de los árabes, introducía los tratados de Aristóteles y aleccionaba a Tomás de Aquino, otro fraile dominico destinado a dar la segunda batalla para asegurar a las órdenes en las cátedras.

Tres años tuvo Alberto para afirmarse en su cátedra. Tres años duró el litigio de los estudiantes y maestros que

promovieron la huelga. Cuando regresaron a las escuelas restablecidas por el Papa contra la voluntad de la Corona y del obispo, la Orden Dominica ya tenía ganado el campo de sus triunfos por venir, y espacio para las demás órdenes mendicantes.

La batalla decisiva se preparó con minuciosidad benedictina. Los antiguos doctores de la Sorbona fundaban en un siglo de tradiciones su derecho absoluto y excluyente. Los mendicantes tenían una fresca muchedumbre de jóvenes resueltos a instaurar la cátedra libre, enseñanza abierta para maestros de todos los matices teológicos, de todas las procedencias y extracciones. En su escuela, los dominicos elaboraban silogismos. Los franciscanos se alistaban con Buenaventura. Los rectores de la Sorbona preparaban a Guillermo del Santo Amor. Todos, bien armados. Los mendicantes traían un ímpetu de invasión incontenible: hasta el rey era hermano terciario de la Orden Franciscana.

—Frailes y doctores se estrechan en París y encuentran que la ciudad es poca para ellos. A la cabeza de los mendicantes se coloca Tomás de Aquino: sus razones se cruzarán con las de Guillermo del Santo Amor. Hay doce cátedras de teología en la Universidad de París: cada orden tiene una, excepto los dominicos, que se han posesionado de dos. Viene la intriga: se resuelve que ninguna orden pueda regentar más de una cátedra, y se procede a arrojar de una a los dominicos. La orden apela ante el Papa, e Inocencio IV, no sólo desoyendo, sino contrariando a los peticionarios, suscribe la bula que somete las órdenes a la jurisdicción ordinaria de los obispos. Era la muerte de las órdenes.

Pero, ¿era la muerte? No la muerte: la alegría de las órdenes. ¡Alegría en los claustros de Francisco de Asís!

¡Alegría en los claustros de Domingo de Guzmán! Los corazones de los frailecitos echaban a vuelo campanas de alegría: Inocencio IV había firmado la bula contra las órdenes ¡y había muerto! ¡Milagro! Desde el patio de las escuelas los estudiantes dijeron entonces en las letanías algo que alcanzó celebridad: «¡De las plegarias de los Padres Predicadores, líbranos Señor!»

Muerto Inocencio, subió Alejandro IV a la silla de San Pedro. Restableció en su poderío a las órdenes. Las colmó de dones. A los diez días de su proclamación lanzó la bula que les abrió de nuevo el camino para regir los destinos de la universidad. Pero todo fue una misma cosa: conocerse la bula y saltar al púlpito Guillermo del Santo Amor. Guillermo del Santo Amor dijo y escribió y publicó y difundió palabras horrendas, condenando las órdenes. El púlpito inflamaba las pasiones. París se convirtió en campo de batalla. El asustado rey, humilde hermano terciario, imploro del Santo Padre el castigo del predicador. Los frailes enviaron a Roma a Tomás de Aquino y Tomás de Aquino, en toda la lucidez de sus treinta años, desterró desde la capital católica a Guillermo del Santo Amor.

¡Pobre Guillermo del Santo Amor! Con su celestial apellido quedó traspasado por la elocuencia del futuro Padre de la Iglesia. Se le vio, peregrino, doblar las montañas alpinas y abandonar para siempre la tribuna...

Un murmullo de alegrías y estupores, promesas y ambiciones, llenó los claustros. Los seminaristas ya no leían fácilmente los manuscritos góticos: Sus miradas no lograban detenerse, concentrarse en la llanura de cera de los pergaminos...

—Habían sido aquellos tiempos de indecibles rebeldías. Entre la generación que declinaba y la que surgía todo era abismo. Los viejos no conocían sino una posibilidad de

lucro y poderío: el comercio. Los muchachos no tenían alma de mercaderes. El cristianismo daba carta blanca para que los hijos se levantaran contra sus padres.

Los adalides en las manifestaciones de la cultura renacentista fueron sublevados precoces, soñadores, iluminados altivos que desde la adolescencia se declararon en franca lucha contra sus padres. Las juventudes eran Marsellesas que estallaban en el hogar y marchaban por las montañas de Europa bajo los estandartes de Cristo.

La Iglesia capitalizaba la rebeldía. Los muchachos se le entregaban con decisión de mártires. Empujada por la avalancha juvenil, se había adaptado a nuevos y más eficaces métodos de lucha. Tomás de Aquino no hizo en su carrera sino describir la misma curva de insolencia de todos los muchachos de su tiempo.

La familia era incapaz de oponer tradiciones, cuando órdenes y corporaciones —falanges socialistas— instauraban una fuerza social desconocida. Rompiendo el agua estancada de Europa, no dejaban sino espuma donde tocaban sus quillas. Al mismo tiempo, el arte en las cortes era escala finísima para subir a la gloria. Los padres aburguesados no se explicaban cómo por esos hilos podrían sus hijos ganar alturas mayores de las que coronaban ellos, como traficantes, haciendo un comercio claramente provechoso.

Así se multiplicaban los discípulos de San Francisco bajo el ojo enconado de los viejos. El propio fundador había dado el ejemplo, cuando en Asís impacientó a su padre regalando a los pobres el dinero de la mercancía que le había confiado. Fue una escena típica: el padre llamó a cuentas al hijo ante el tribunal civil; éste repudió esa jurisdicción y se acogió a la del obispo; comparecen ante éste los querellantes: el muchacho es tratado como un

ladrón, pero él, agresivo y colmado de entusiasmos divinos, tira al rostro de su padre los vestidos, no conviene en seguirse llamando hijo suyo, y en presencia de él y del obispo, desnudo, bajo el rigor del invierno, se dirige a los montes cantando sus primeras canciones...

Riñen también Luis Buonarotti y Miguel Ángel su hijo, cuando el Renacimiento ha levantado más alto la marea y Médicis y Borgias se dividen dominios y grandezas. ¡Pobre viejo atormentado, Luis Buonarotti! Veía a su hijo predilecto, al que más deseaba tener enriquecido, feliz y aburguesado al frente de un negocio próspero, empeñándose en cincelar esculturas; y miraba con dolor las finas manos del muchacho ensuciándose de barro cuando podrían estar desdoblando sedas de Persia. El mozo tenía veintidós años. Hastiado del viejo burgués, le da la espalda en su casita de Florencia y huye hacia la ciudad de los Papas, donde su genio busca ambiente de grandeza.

La querella de Francisco y la de Miguel Ángel son menudos incidentes al lado de la que trabó Tomás el taciturno, de los condes de Aquino, encaminado a grandes sucesos cortesanos. Su infancia discurrió entre las salas del castillo de Rocco Secca. No este solo castillo: muchos más de su padre, eran el panorama en donde se agrandaban de deseo los ojos de las italianas al ver en el infante una promesa de espléndidas riquezas.

Tomás de Aquino renunció a su madre, se fugó de la casa cuando tenía dieciséis años y abrazó la causa de los dominicos. Mientras el muchacho era aclamado por la multitud que lo veía ingresar en la orden y vestir para siempre los hábitos de Domingo de Guzmán, la familia silbaba de ira. Sus hermanos se dieron a perseguirlo como lebreles por las encrucijadas de los claustros, hasta que en

los claustros lo apresaron. Amarrado, como si fuese un malhechor, lo volvieron al castillo y lo sepultaron en un calabozo. Pero Tomás el Angélico, que era terrible para los triunfos sobre la carne y el demonio, soportó inflexible todas las torturas y tentaciones. No se dudó en provocársele con vírgenes desnudas para excitar su naciente pubertad.

La madre de Tomás lleva la queja al Santo Padre y pinta al muchacho como alucinado por los frailes, prevalidos de su inexperiencia. El Santo Padre pide que vaya hasta él el mozo, para fallar en su presencia la querella. Tomás va a Roma. En sus miradas oscuras arde la voluntad con resplandores casi siniestros: sus ojos brillan maravillosamente en el rostro quemado por los soles y aires de los Alpes. Llega, sin embargo, silencioso. Era parco de palabras «Habla», le dice el Papa; y Tomás habló. Quizá fue ése el mejor discurso de su vida: eran tan perfecto su aplomo y pulidas sus razones, que su propia madre, su furiosa madre, se abandonó a la causa del rebelde. Se declaró orgullosa de su hijo.

—Y así fuimos los muchachos de entonces. Buscábamos la liberación de las caballerías, que eran bárbaras, y de nuestros padres, que querían reducirnos a mercaderes. No rehuíamos la disciplina —bastante dura era la de las órdenes—; no esquivábamos ni el trabajo ni el peligro: buscábamos, sencillamente, un molde donde vaciar nuestro espíritu y una máquina para darle nuevo impulso a la Europa contenida. Sinceridad y movimiento, dignidad y acción, fueron entonces nuestro derrotero, el derrotero de las nuevas corporaciones.

La Edad Media se liquidaba creando otra economía. La sociedad quedó dividida en dos porciones: la porción de los ociosos y la porción de los activos. Hasta entonces no

habían existido sino los señores feudales, que sostenían y alimentaban muchedumbres de siervos, dándoles la tierra a cambio de tributos que, aunque eran de sangre o dignidad, no los estrechaban dentro de los límites de la miseria. Pero al instaurarse el lujo de las cortes, al abrirse el comercio con Oriente, se hizo necesario el dinero. Los señores arrojaron a los siervos de los campos y sólo dejaron los precisos para explotar la tierra y sacar el fruto de las cosechas. Crecieron las ciudades como por encanto. Los castillos se iluminaron interiormente: paredes recubiertas de espejos, señores forrados en seda. De esta transformación económica deberían resultar el Renacimiento, los descubrimientos. Las hambres, las ciudades, los Estados, la frivolidad, la Reforma, el Humanismo... Oleadas de campesinos llegaban como marea de miseria a las ciudades y traían en su seno la agitación social de los desadaptados. El reajuste de esos desadaptados constituye el capítulo más interesante de la época.

Los ociosos eran campesinos sin acomodo y soldados sin guerra; entrambos asediaban los monasterios y se dispersaban en grupos de ladrones y salteadores. Los activos eran maestros, compañeros y aprendices en las corporaciones, maestros y estudiantes en las universidades. Los activos estaban divididos en manufactureros e intelectuales, artesanos y artistas; de unos y otros puede decirse que tenían o universidades semejantes a corporaciones o corporaciones semejantes a universidades. Sólo que a la corporación de los intelectuales se le dio un nombre latino y la universidad de los manufactureros prefirió la herramienta como instrumento de trabajo: pero eran una misma la disciplina, uno mismo el impulso.

Del lado de los artesanos crecieron las corporaciones

hasta desafiar el poder de los magnates. Había demanda en Huiliento constante de cuanto ellas producían. Se necesita- b ni obras de talla, hierro, plata, para decorar palacios. Hasta el último detalle de las cerraduras, de las encuaderna- (iones, era labor de cuidado exquisito, en donde hacían primores los artífices. Los príncipes lo pagaban todo. Las corporaciones se hicieron para ^ellas mismas palacios coro- nudos de estatuas cubiertas de oro. Los maestros eran tan independientes y poderosos como los reyes. El trabajo había alcanzado la más alta estimación que nunca haya tenido. El genio de los obreros corrió entonces por cauces anchísimos, que dieron salida a los más exquisitos primores del arte decorativo. Cada labor reflejaba el espíritu de un artesano y se veía en ella correr su propia humanidad.

La grandeza de las corporaciones atraía a la juventud desposeída de los campos, a los mozos que temían el azar de las guerras. Ellas brindaban posiciones de sólida estabilidad económica y formaban una base de dignidad que alejaba de la resignación de los mendigos, de las humillaciones de la corte, de las intrigas de los claustros.

Del otro lado, paralelamente, corrían las actividades de los intelectuales. Acá estaban las empresas políticas, los libros secretos que abrían ventanales para conocer la Grecia antigua, las traducciones que Alberto Magno hacía de la magia oriental, el secreto de las estrellas, el paganismo que volvía a nacer: el Renacimiento. El cristianismo era una paradoja abierta hacia conquistas insospechadas. Ahí estaba el misterio en que se complacían la imaginación y la inteligencia. Detrás de esta ilusión corrió la mitad de la juventud: la otra engrosó las filas de las corporaciones artesanas.

¿Ilusión? No: milagro del Renacimiento, que iba a

colocar a los muchachos sobre el terreno más fértil en la Europa de todos los tiempos. Nicolás Maquiavelo iría a ser escultor de los príncipes italianos; Erasmo de Rotterdam enseñaría a los nobles del Continente y las Islas Británicas; Tomás Moro se encaminaría a los salones de Enrique VIII; Saavedra Fajardo escribiría un libro de consulta que utilizaron los reyes en toda Europa...: esto era lo que veían o entreveían de una manera difusa los estudiantes cuando soñaban dominar al mundo desde los bancos de la escuela...

Esta fue nuestra ambición en la primera jornada.



Los mareantes

Nunca tuve traza, inclinación ni sosiego para ser estudiante; siempre caminé vago, sin sujeción, sin libros y sin maestro, que son las muletas que sostienen y dirigen a los hombres a la sabiduría.

TORRES VILLARROEL

Nos acompaña un estudiante español del siglo XV. Ya no a un adalid de causas divinas: busca levadura humana. A pesar de componer sonetos a la Virgen, pugna con los frailes. Los frailes se han formado un criterio o silogístico o sofistico; todo es lo mismo: quien inventa un silogismo puede construir un sofisma: silogismo y sofisma son productos iguales del ingenio. El estudiante no está por el ingenio por la vida.

A veces parece que deja la escuela de los activos para hacerse a la de los ociosos. Huye de Salamanca y en compañía de toreros recorre toda la Península, sacando lances a los tiros y a la justicia. O toma vestidos de santero y explota a los viandantes fingiendo ayunos y oraciones. O se instala en alguna ciudad incauta, con humos de doctor, para asaltar la credulidad de los parroquianos y aprovecharse de su ignorancia, sangrando enfermos y sacando del vientre o de la cabeza de los pacientes la piedra de los males. Es, en resumen, ladrón, pedigüeño y mentiroso como los vagos que dejó la Edad Media.

Todo eso, sin embargo, no es sino el resultado de un anhelo: el de humanizarse, después de tres siglos de adelgazamiento en ayunos místicos. La ciencia del mundo lo inquieta, el mar tienta sus deseos de aventura; pero ni al mundo ni al mar ni a la vida los puede mirar sino de

contrabando.

Contra sus arrestos y sinceridad está montada la máquina de la Inquisición, el reclamo de los latines, la idiotez de la lógica. Su personalidad no cabe dentro de esas normas de los conventos.

Podría decirse que en esas fugas de la escuela hacia el mundo va el estudiante en busca de un criterio más científico que el de las universidades. Afuera están las primeras experiencias; adentro, las viejas especulaciones. La ciencia está en las medidas de la ambición humana, tomadas en aventuras de capa y espada, o de brújula, vela y timón. De ahí van a salir los aventureros que descubrirán las tres cuartas partes ocultas del globo. Una inquietud científica hace, de los estudiantes, vagabundos.

Dentro de las murallas mismas de Salamanca, el estudiante se descuelga en la noche por la ventana de su celda, para acudir a los bailes. Se hace maestro en danzas. De seminarista pacato pasa a gallardo conquistador. En ventas y posadas resuenan las guitarras y golpean las castañuelas. La sangre arde en llamaradas que encienden los ojos de las mujeres. Hay violencia de pasiones que se abren como círculo mágico en torno de las mozas lozanas, andaluzas, castellanas. Se danza duro, fuerte. El estudiante que retorna a la celda no tiene inconveniente en atravesar de una estocada al guardia que le cierra el camino.

Los toros son otra expresión del mismo ardor. Con toros festejan los grados, se aclama a los nuevos profesores, se celebran las fiestas de la Virgen. Día llegará, en el siglo XVII, ni que se lidien en la Plaza Mayor, en esa plaza incomparable de Salamanca, construida para ser joya de arquitectura in par en España, difícilmente igualada en otro sitio de Europa. El valor, el arte, la elegancia, la seda, la sangre y los ¡leeros son borrachera bárbara que hace

caldear pasiones y ahoga el murmullo de las disputas en latín.

De aquel ambiente surge una escuela nueva, la de los aventureros, o de los mareantes. El estudiante español del siglo XV la evoca de este modo:

—No hay maestro que no haya platicado en todas las escuelas que van de Pisa a Cambridge, de las estepas rusas a las llanuras de Castilla. Estudiantes de Bolonia y París se dan la mano en Salamanca. Como es preciso hacer visitas a Roma, los universitarios que se hospedan en los monasterios aprovechan su tiempo comunicándose inquietudes. Los monasterios son academias y periódicos a donde llegan noticias y se comentan. En resumen: monasterio quiere decir hospedería, y hospedería y monasterio son escuela y universidad.

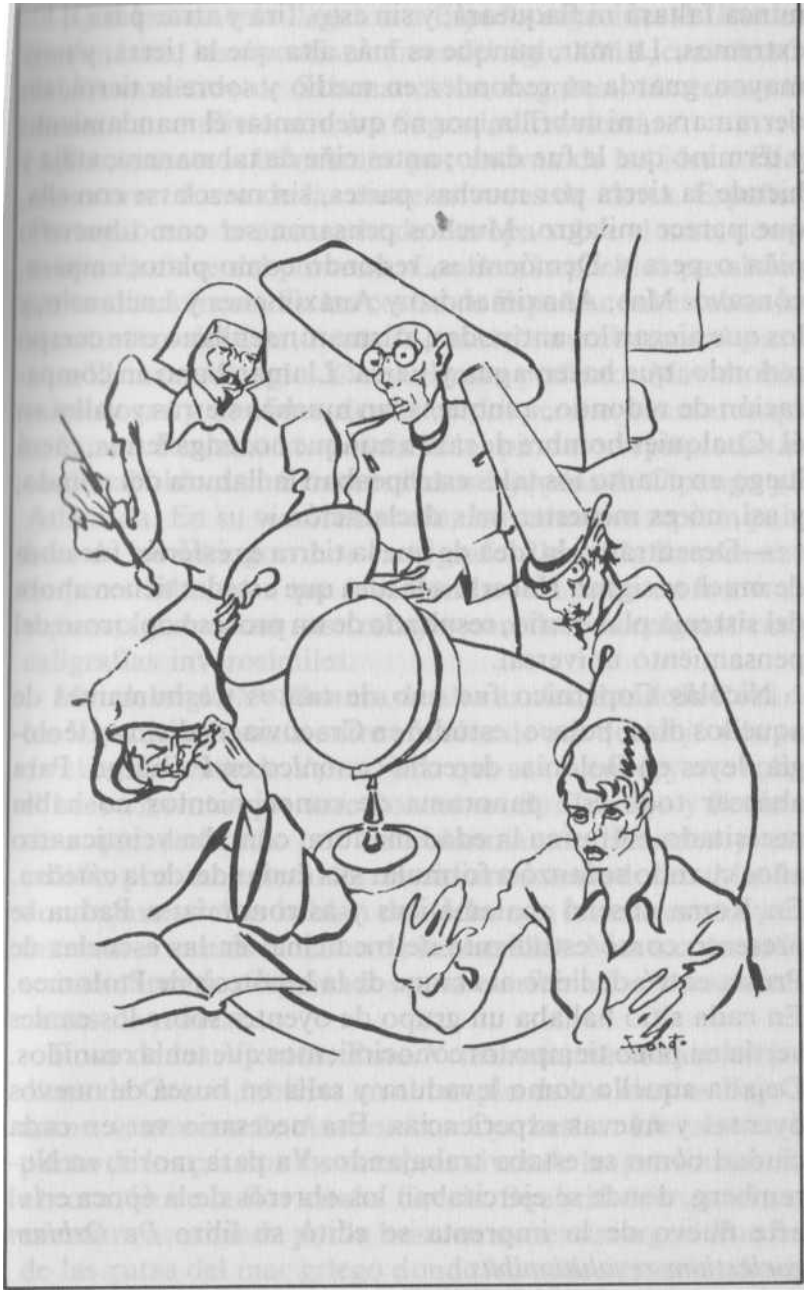
En una época en que casi no había otro medio de comunicación sino el propio trashumar por el Continente, a la hora en que la ciencia nacía y la filosofía renacía, esa sed de noticias fue determinante de peregrinaje para quienes sentían urgencia de saber. El sabio no pudo refugiarse, como ahora, en bibliotecas: tuvo que ser un sabio activo que iba por noticias geográficas a Italia, por novedades teológicas a París o por revelaciones de las ciencias ocultas a los más diversos lugares de Europa. Las universidades fueron entonces, como no lo volverán a ser nunca, internacionales.

Se veía cambiar materialmente el color de la cultura al impulso de la savia de los sabios que penetraba el cuerpo de Europa y trepaba por él, como la fuerza que, subiendo por las prietas entrañas del botón, hace abrir la rosa y da salida al perfume concentrado. Era la Rosa del Renacimiento: la Rosa primera en las letanías de la

revolución. ¡La Rosa de los Vientos!

Grecia, que había lanzado en la Antigüedad la hipótesis de Ptolomeo, estuvo dormida hasta entonces. Los lectores de las Sagradas Escrituras habían condenado como herética, desde el siglo IV, la teoría de la esfericidad de la tierra. Pero los árabes tradujeron el libro de Ptolomeo, y los hilillos de la ciencia árabe se buscaban en Europa por amigos de la sabiduría, ansiosos de seguirlos hasta donde pudiera el trabajo de la meditación. Los filósofos, por otra parte, indecisos, buscadores y eclécticos, despertaban palabras perdidas de Grecia. Nuevas ideas sobre la forma de la tierra circularon como hojas clandestinas. El libro de Ptolomeo se puso en latín en el año de 1400.

Los más listos trataron de ponerse a tono con la crítica que se desprendía de nuevas hipótesis. Los más audaces quisieron comprobarlas surcando el mar desconocido. La afirmación de que la tierra fuese esférica se discutía aún después de haberse descubierto América. Y en todo caso se hacían lecciones demasiado burdas o demasiado ingenuas. La del padre Francisco López, el famoso López de Gomara, es así:



«Muchas razones hay para probar ser el mundo redondo y no llano. Empero la más clara y más a ojos es la vuelta redonda que, con increíble presteza, le da el sol cada día. Siendo, pues, redondo el cuerpo del mundo, de necesidad han de ser redondas todas sus partes, en especial los elementos, que son tierra, agua, aire y fuego. La tierra, que es el centro del mundo, según lo muestran los equinoccios, está fija, fuerte y tan recia y bien fundada sobre sí misma, que nunca faltará ni flaqueará; y sin esto, tira y atrae para sí los extremos. La mar, aunque es más alta que la tierra, y muy mayor, guarda su redondez en medio y sobre la tierra, sin derramarse, ni cubrilla, por no quebrantar el mandamiento y término que le fue dado; antes ciñe de tal manera, ataja y hiende la tierra por muchas partes, sin mezclarse con ella, que parece milagro. Muchos pensaron ser como huevo o piña o pera y Demócrates, redondo como plato; empero, cóncavo. Mas, Anaximandro y Anaximenes y Lactancio, y los que niegan los antípodas, afirmaron ser llano este cuerpo redondo, que hacen agua y tierra. Llaman llano en comparación de redondo, aunque veían muchas sierras y valles en él. Cualquier hombre de razón aunque no tenga letras, caerá luego en cuanto los tales estropeaban la llanura del mundo; y así, no es menester más declaración.»

—Desentrañar la idea de que la tierra es esférica fue obra de muchos siglos. Hacerse a la idea que ustedes tienen ahora del sistema planetario, resultado de un proceso doloroso del pensamiento universal.

Nicolás Copérnico fue uno de tantos trashumantes de aquellos días. Polaco, estudió en Cracovia medicina y teología, leyes en Bolonia, derecho canónico en Friburgo. Para abarcar todo este panorama de conocimientos no había necesitado entrar en la edad madura: contaba

veinticuatro años cuando se lanzó a formular sus dudas desde la cátedra. En Roma enseñó matemáticas y astronomía; a Padua se presentó como estudiante de medicina; en las escuelas de Prusia entró de lleno al ataque de la hipótesis de Ptolomeo. En cada sitio hallaba un grupo de oyentes sobre los cuales vertía en poco tiempo los conocimientos que tenía reunidos. Dejaba aquello como levadura y salía en busca de nuevos oyentes y nuevas experiencias. Era necesario ver en cada ciudad cómo se estaba trabajando. Ya para morir, en Nuremberg, donde se ejercitaban los obreros de la época en el arte nuevo de la imprenta se editó su libro *De Orbium coelestium revolutionibus...*

¡Que lentamente llegaron a España estas ideas! Ustedes, en América, las discutían a fines del siglo XVIII, cuando aún sabios maestros de Salamanca las negaban, temerosos de entrar en conflicto con las Sagradas Escrituras.

Pero nosotros brincamos por encima de las ideas. Hicimos correr fuera de las escuelas voces de alerta. España y Portugal eran la avanzada de Europa sobre el mar, donde estaba la clave del porvenir. Los demás pueblos pasaban a ser mediterráneos. En las costas de España conversaban los aventureros del Continente. Y nosotros mirábamos al mar...

El mar del siglo XV es el mar perfecto. Mar de islas misteriosas y confines desconocidos, como los mares que < 'Damos. Reclama la audacia de los piratas y repite todas las i n des al oído de marineros ilusos leyendas de Cipango y la Atlántida. En su vientre rosado, los caracoles repiten palabras de los vikingos. Los cartógrafos llenan la llanura azul de peces fabulosos que levantan la cola entre un hervir de espumas y decoran sus trabajos con flechas enigmáticas y caligrafías inverosímiles.

Mar del siglo XV, llanura de alas azules, donde la Rosa de los Vientos se levanta entre círculos de oro que dejó vibrando el nacimiento de Venus. Mar que se extiende, ya no sobre el breve recinto que surcaron naves de Cartago y Fenicia, sino que desborda por las columnas de Hércules y está ceñido por innumerables meridianos tentadores. Mar en donde las estrellas hablan de noche con los mareantes y los mareantes van de la mano de las estrellas. Mar a cuya orilla se inclinaron los iluminados para escribir a los reyes cartas, cartas de marear...

Rosa de los Vientos, Rosa Ventorum, nacida en los jardines de Grecia, abierta en el templo de los vientos bajo la mano venturosa de Andronicus Cyrrhestes. Llevaba en la punta de los pétalos los nombres vivos de las provincias. En el corazón de la flor estaba Grecia. Se abrió de aventura en aventura acariciada por la brisa en mares amargos. Fue flor de las rutas del mar griego donde humedecieron las diosas

sus sandalias. Su gracia hizo que de ella se desprendieran el viento Tramontano, el Greco y el Levante; el Siroco y el Ostro; el Africo, que también se decía de Lebeccio, y el Ponente y el Maestro. Hasta en las crónicas del Renacimiento perduran estos nombres que ahora, viejos, todavía rebosan de frescura.

Mar del siglo XV, mar del viento, la estrella y el imán. De los vientos libérrimos peinando las cabelleras doradas de los mascarones, con peines de Ave María cristiana y rapsodia griega; vientos que daban a las velas pujanza y revolvían las olas entre un crujir de galeras o barineles, de carracas o carabelas azogadas. Mar de estrellas que bailaron danzas trágicas ante la mirada confundida de los mozos en la *Santa María,* en la *Pinta* y en la *Niña.* Mar en donde los árabes guiaban las naves por el hechizo de la

aguja mágica. ¡Mar de los mareantes!

—Ustedes sólo leen los cuentos de las mil y una noches del mar. Entonces los oíamos al amor de las posadas, en los puertos. De aquellos cuentos era el brujo de la brújula. Bailak Kidbjaki la había visto en sus viajes por el mar de la India y le daba un nombre que sonaba a conjuro en su lengua de infiel; brújula era la aguja imanada que se ponía a flotar sobre una astilla en un tazón de agua: los marineros leían allí, como las brujas de Santa Fe de Bogotá, siglos más tarde, el destino en una palangana de agua hechizada. Pero la aguja era certera como la estrella de Venus. Los Capitanes que navegaban por las aguas del Indico usaban un pescadito de hierro vaciado: puesto en el agua nadaba y marcaba Sur y Norte con la cabeza y la cola...

Este aprovechamiento de fuerzas desconocidas, que bien podían tener su origen en artes del demonio; esta sabiduría de los pescaditos de hierro que permitía cruzar en el día las llanuras del mar como si estuviesen visibles las estrellas, daban lugar a largos coloquios secretos. Los iniciados se sentían dueños de claves misteriosas para realizar empresas insospechadas. Alberto Magno confiaba a sus discípulos el descubrimiento de las piedras imanadas, los marineros de Italia decían a sus compañeros de Europa de *sus bossolas,* un moro enseñaba a Vasco de Gama el mapa de las costas indicas hecho bajo la influencia de la aguja y dividido en paralelos y meridianos. El deseo de hacer cartas de marear y descubrir tierras aguijoneaba a los conocedores de la nueva maravilla.

Los geógrafos despertaban la codicia de los comerciantes. sobre la aventura del descubrimiento se ponían de acuerdo locos y burgueses. Deseosos de aventura los unos y de riquezas los otros, eran dos

conspiradores que hablaban de espaldas a la universidad teológica. Los electores de estrellas a. orlarían los caminos del mar y traerían para los comerciantes sedas y perlas, tesoros de las Indias alcanzados por mía directa. Los constructores de globos geográficos los colocaban bajo la mirada del mercader para despertar su ambición.

Cuando la brújula entra en el dominio universal, los bailes la explican de este modo:

«Ninguno sabe la causa por la cual el hierro tocado con piedra imán mira hacia el Norte. Todos lo atribuyen a propiedad oculta, unos del Norte, y otros, de la mezcla que hacen el hierro y la piedra. La piedra imán tiene pies y cabeza, y aun dicen que brazos. El hierro que ceban con la cabeza nunca para hasta quedar mirando derechamente al Norte, que así hacen los relojes de agua y sol. La cebadura de los pies sirve para el Sur, y así lo demás es para los otros cabos del cielo.»

Los comerciantes ven a los mozos arrojarse al mar confiados en cosa tan extraña y los encomiendan a Dios y a la Santísima Virgen María, mientras repasan en la imaginación leyendas de la tierra de las especias, las perlas y el oro. Si católicos que temen al diablo, lo buscan... Son, ante todo, comerciantes.

—Hay un muchacho pecoso, duro, reservado que cree penetrar el secreto de las cartas de marear. Alborota a sus hermanos y a quienes le escuchan; es Cristóbal Colón. Agita la bandera de sus dieciséis años.

La vida ofrecía oportunidades insospechadas o empleos tradicionalmente lucrativos. El ambicioso podía sobresalir entre sus semejantes haciendo sutilezas con los misterios de la Virgen, y llegar a inquisidor, penetrar en la sociedad de la corte, hacerse a fama de valiente apabullando sarracenos. Las letras y las artes eran otro camino. Las

guerras entre las pequeñas repúblicas, o las de los reyes de España contra los moros, ofrecían ventaja a los militares. Colón era de los mareantes: pensaba que mejor era cruzar mares, llegar a almirante y, si así lo indicaban las conveniencias, poner las carabelas de su flota bajo el signo milagroso de la Santa Madre de Dios.

Tienta al estudiante Colón el mar. Conversa con marinos en los puertos. Navega por las costas de África o Inglaterra; llega a Islandia, «isla de hielo, en donde no solamente se hiela el mar alrededor de ella, empero cargan dentro de la isla tantas heladas y tan recias, que brama el cielo y parece que gimen los hombres; y así, piensan los isleños estar allí el purgatorio o que atormentan las almas». Discute Colón con los geógrafos en Lisboa, club de los exploradores más famosos, astillero de los buques fantasmas, donde celebran sus juntas quienes le darán la vuelta al África y se contratan tripulantes para Odiseas, Eneidas y Lusiadas. Habla con letrados, se acerca a príncipes y reyes, que intervienen en negocios grandes y menudos; se dirige a las escuelas, llega a pensar que en las universidades hay quienes comparten su fe. Ha visto la carta de Toscanelli, donde se indica cómo habrá un camino más corto hacia las Indias. En su casa ha muerto un navegante que atravesó el mar Océano hasta tocar la costa de Cipango... Estas leyendas —¿serán leyendas? —, llenan de las mayores incertidumbres la vida de Cristóbal y la embellecen con la aureola de los iluminados.

Colón va en busca de los Reyes Católicos poseído por la idea de sus grandes hazañas futuras y formula para su viaje condiciones excesivas como si ya fuera una certeza su hallazgo. Le fue más fácil ilusionar a la reina que a los frailes de Salamanca o al rey Enrique VII de Inglaterra. Enrique VII huía demasiado apego al dinero para arriesgar

una suma en la aventura que le propuso el hermano de Colón: ¡pagó diez libras esterlinas a Juan Caboto por haber descubierto la nueva Inglaterra, y destapado lo que ahora es la América del Norte! ¿Los frailes —por su parte? — temblaban ante la geografía de visos heréticos. Los cosmógrafos de Alonso de Portugal negaron de plano la posibilidad de la empresa. El licenciado Calzadilla demostró con sólidos argumentos que no podía haber oro ni riquezas al Occidente. Sólo una mujer tuvo la duda, la esperanza y la fe.

Colón empezó pronto su carrera de descubridor. El último de sus descubrimientos, o el penúltimo quizá, fue el de América. El último debió de ser el de sí propio. Pero el primero y más largo fue el de Europa. El descubrió el alma de los príncipes, los frailes y las escuelas: el temple de los empresarios; el poder de las Sagradas Escrituras. Es una lástima que de este primer viaje por las tierras y espíritu de Europa no hubiese quedado una crónica, aunque fuese tan cavilosa como la del padre Las Casas.

Naturalmente, Colón tuvo que ir a Salamanca a exponer sus razones en el gran foco de la cultura española de todos los tiempos. Allí, según la voluntad del Rey Sabio, se ayunta rían maestros y escolares con voluntad y entendimiento de aprender los saberes; se hacía el estudio general con maestros de las artes; se enseñaban gramática, lógica, retórica, aritmética, geometría, música, astronomía: todo inflamado de fervor por los predicadores y hecho a su gusto y sabor. La ciudad era sólo escuelas. En las generales no cabían las multitudes de oyentes.

Colón llega a Salamanca con una completa erudición geográfica y se encuentra rodeado de sofistas e inquisidores. Sus argumentos se quiebran en las dúplicas y réplicas de los maestros. Ha perdido el arte de la lógica por

andar con gente de astilleros y muelles, con dibujantes y cosmógrafos. Su convicción queda hecha polvo bajo los golpes que le propinan, los unos con las Escrituras y textos de los Padres de la Iglesia, los otros con silogismos.

Los estudiantes ven al marino genovés, cabeciduro y altivo, salir en derrota por las calles de la ciudad. Batida dolorosa para un hombre que llegó henchido de fe, seguro en su saber, a buscar refugio entre la gente de ciencia, contra los príncipes obtusos. Se aleja dejado de la última esperanza. Las discusiones se filtraron hasta los corros de muchachos. El genovés solitario movía a duda. La Rosa de los Vientos soplaba sobre todas las frentes y hacía volarlas imaginaciones. Estudiantes venidos de Portugal hablaban de aprestos de naves y viajes extraordinarios. Los que llegaban de Italia defendían al genovés, fiados en el genio de las repúblicas, donde entonces se iniciaba la generación de Leonardo, Maquiavelo, Miguel Ángel, Savonarola, los Médicis, los Borgias, Sandro Botticelli. Se murmuraba contra la sabiduría de los padres. Y el murmullo no se había extinguido cuando, seis años después, regresaban victoriosas las carabelas de Colón, descubridoras de las Indias de Occidente.

—¿Cómo ocurrió el milagro? Colón venció las cobardías capitalizando el triunfo que obtuvieron los ejércitos españoles sobre los moros en Granada; él fue, de todos, el ganancioso: encontró dispuesto el ánimo de quienes se sentían capaces de mayores conquistas y ejecutores de los designios de Dios. Venció las dudas de los frailes porque tuvo a un cartujo amigo que le coleccionó frases de las Sagradas Escrituras y los Santos Padres, en favor de sus ideas, y se batía ya como teólogo consumado, siendo apenas iniciado en el manejo de los libros santos. Venció las dificultades de la pobreza

encontrando apoyo en un capitalista, Martín Alonso Pinzón, que sintió la tentación de la aventura.

Así se tramó el primer viaje. Las carabelas desprendieron de los muelles dejando atrás, apenas, la angustia de unas pocas familias y, alerta, el espíritu jugador de la Reina Isabel pasaron semanas. Una noche la aguja perdió el rumbo de la estrella. El pequeño guía que hasta entonces tuvieron como fiel los navegantes se vio vacilar, errar las direcciones. Eran las variaciones de la brújula. El fenómeno, desconocido, infundió pavor en unos viajeros que llevaban once días de navegar por mar desconocido. Colón cortó las dudas: son las estrellas las que se mueven: confiemos en la brújula. Al día siguiente la brújula fue fiel, y los pilotos convinieron en el baile de las estrellas.

Las tres carabelas avanzan llevadas de la mano del misterio. Adentro, cada cual se hace coleccionista de emociones. Quién mira un pájaro en fuga de los que no vuelan adentro del mar; quién hierbas que se adelgazan entre el vuelco de las olas inestables. Martín Alonso llama al Almirante desde la popa de su navío, el 25 de setiembre, pidiéndole albricias por haber visto tierra. La gente se pone de rodillas y Martín, alucinado, grita: Gloria in excelsis Deo!

Pero, de pronto, nace una duda que pone a cavilar los ánimos y nadie se atreve a confesar. Han visto que los vientos no corren sino en una dirección. El cronista recoge el grito de angustia que nadie se atrevía a desatar: ¡no ventean estos mares vientos para volver a España! La audacia infeliz los ha lanzado a mares de donde no se regresa. Todos hacen memoria dolorida de la patria, donde se anudan nudos de amor con la dulce miseria cotidiana. Ya no se mira la hierba entre las olas. La esperanza niega

ilusiones. El viento sigue empujando las carabelas camino de la muerte. Los marinos se sienten cautivos de pájaros que vuelan veloces hacia la nada. La angustia rebosa. Unos a otros se dicen azorados, siniestras las pupilas: ¡Estos mares no ventean vientos para volver a España!

Diálogos entre la esperanza y el desconsuelo. Ilusiones truncas, filos de inciertas esperanzas. El 22 de setiembre sopla viento contrario. Con este viento del posible retorno anidan otra vez leyendas del oro y las especias, de tesoros de Cipango, de sedas de Oriente, de perlas. Barcos imaginarios

en que navegan los mareantes cuando, al dormirse, viajan por el mar de los sueños.

La nave almirante es recia y desgarbada. En ella todo es máquina, lonas, maderas crujientes. La proa austeramente levantada para gente brava y pobre, sin mascarón, sin que la mano del artista grabara en ella esculturas ni adornos; clava su recio aguijón, dura como la primera cuña que desvirgó la mar desconocida. Las velas sí llevan algún signo, que no puede considerarse lujo, sino invocación: una cruz de cuatro brazos iguales. Como para que en ella se clavaran los vientos del mar. Fue nave, pues, de atrevidos, pero nave de cristianos: si no tuvo dragones de oro que ciñeran la cintura de una sirena en la proa, ni estaba salpicada de escudos en los flancos, como las de los cruzados, lucía en cambio, bajo la luz del farol de popa, la imagen de la Virgen y el Niño entre flores góticas.

El 12 de octubre llegaron las naves a Guanahaní: se amainaron los trapos. El viento deshojó sus rosas de triunfo entre los pliegues de la vela mayor.

—El éxito de Colón traslada el meridiano de los conocimientos a Sevilla, péseles a quienes aún escuchan a los dominicos en las generales de Salamanca. De los viajes a las tierras descubiertas surge la mayor maravilla de esos tiempos: el nuevo mapa. Las islas imaginarias de las viejas cartas se van trocando en un continente de ríos anchurosos y montañas que se coronan de nieve. Recuérdese la tristeza de Martín Alonso Pinzón, cuando, diecisiete días antes de encontrar costa firme, enseña a Colón una carta, y, mirando al mar sin término, señala en él la ausencia de las islas que indicaban los geógrafos profetas; el salpullido de islas dibujadas por Martín de Behem en su planisferio. Y recuérdese luego la emoción de los capitanes al sentar el pie en tierra firme. El nuevo mapa surge en una escala

hecha a saltos del corazón.

Pasaron los días equívocos. Andan ahora afanosos los navegantes apuntando en sus carteras islas, ríos, pueblos y montañas, colgando cada sitio en el trapecio de los puntos cardinales, crucificando las visiones fugaces de la tierra en el |t jeroglífico de grados, meridianos y paralelos que registra el astrolabio. Hay que llegar a España con datos para los cartógrafos; regar por Europa la nueva de los descubrimientos.

Entonces aparece un nuevo sitio de maestro de ciencias, rector de facultades, que se instala en Sevilla: Amerigo Vespuche. Es un agente de los Médicis florentinos que se ha hecho natural de Castilla y León. A la sombra de los reyes sienta plaza de entendido en cosas que ha conocido en cuatro viajes al Nuevo Mundo. Los reyes lo nombran piloto mayor, para que enseñe a quienes —dicen—, de no tener fundamento para saber tomar por el cuadrante y el astrolabio la altura, cometen yerros que falsean las cartas de marear. Amerigo se alza como padre de la Iglesia náutica sobre la humilde ciencia de los estudiantes; obra como único examinador: aprueba, reprueba, aplaza. Sevilla es la puerta que se abre hacia el Nuevo Mundo; en Sevilla está la Casa de Contratación, donde se matriculan los tripulantes para las expediciones; la juventud está allí, estudia, oye narraciones tentadoras y no espera sino la hora de oír la misa de "vámonos", recibir la comunión y meterse en las naves. Amerigo, por parte, deslumbra o divierte a sus discípulos. Tiene ingenio, lengua fácil, anécdotas del otro mundo. Parece muy atareado dando lecciones, recogiendo datos, dibujando cartas y escribiendo Memorias. Forma el padrón general de las tierras que se están descubriendo, el padrón real, único que pueden usar los pilotos para regirse, so pena de multa de cincuenta

doblas. Todos cuantos llegan de Indias declaran ante él las islas, ríos, ensenadas, puertos o ciudades que han descubierto, y los oficiales de cada nave que regresa le juran, punto por punto, lo que han visto, para que alargue el catálogo de nombres y los fije en el derrotero de las cartas. Son cartas hechas con juramentos.

¡Amerigo Vezpuche! Es personaje para una gran viñeta con todo el colorido de los ingeniosos: su perfil de sabio, sacado a favor de la oscuridad de la ciencia y de su gracia florentina, tiene nobleza y virilidad. Se pinta él en sus libros haciendo cosas inverosímiles por darle vida nueva a la cosmografía:

«Entonces nos dirigimos —dice en su relación de viaje— por las estrellas del otro Polo meridional, que son muchas más, mucho mayores y más brillantes que las del nuestro, por cuya razón dibujé las figuras de muchísimas de ellas, en especial las que eran de primera magnitud, juntamente con declinación de los diámetros que hacen alrededor del Polo austral y expresión, asimismo, de sus diámetros y semidiámetros, como podrá fácilmente verse en mis cuatro diarios o navegaciones.»

Lo curioso, y lo que él no llegó a suponerse, fue que la posteridad tomara su nombre como el del abanderado del Nuevo Mundo.

«¡Qué afán —decía Vezpuche—; los reyes me solicitan, me requiere la ciencia; sin mí no podrán descubrirse más tierras, porque con estos pilotos ignorantes, dejados de la mano de Dios, se irán a pique las expediciones! ¡Y yo, que sólo quiero la tranquilidad y el reposo, que sólo pido se me deje morir como hombre humilde y oscuro, cultivando una callada huerta, como quien no tiene sino buena voluntad y amor a la sabiduría, vengo a verme envuelto en apremios semejanes! Ustedes ven: estoy en Sevilla descansando de

honores y fatigas, y el rey D. Manuel de Portugal me envía un mensajero con sus cartas reales, rogándome encarecidamente que con la mayor celeridad me traslade a su corte de Lisboa, donde piensa hacerme muchas mercedes. Y como el rey sabe que no puedo irme, vuelve con nuevas cartas y recados, y propios que traen la misión de llevarme a todo trance. ¡Y así, comprenden ustedes, a fuerza de ruegos, tengo que salir para esa corte, mientras todos mis amigos, que de veras me estiman, reprueban mi resolución!»

¡Estupendo Amerigo Vezpuche! Para él lo más doloroso de ese viaje de Sevilla a Lisboa —«lo hago porque los ruegos de los reyes son órdenes»—, fue salir de carrera sin despedirse de todos sus amigos.

¡Discreto señor y gran maestro el florentín Amerigo Vezpuche! Cuando coronó la altura de la cátedra, se hacía pagar, sobre su sueldo de cincuenta mil maravedíes como piloto mayor, veinticinco mil más para ayuda de costas, y esto sin decir lo que cobraba arcada uno de sus aprendices como valor de las lecciones. Buen término para quien sólo había sido dependiente de los Bernardi, encargado de comprar tocino y bizcocho para las naves.

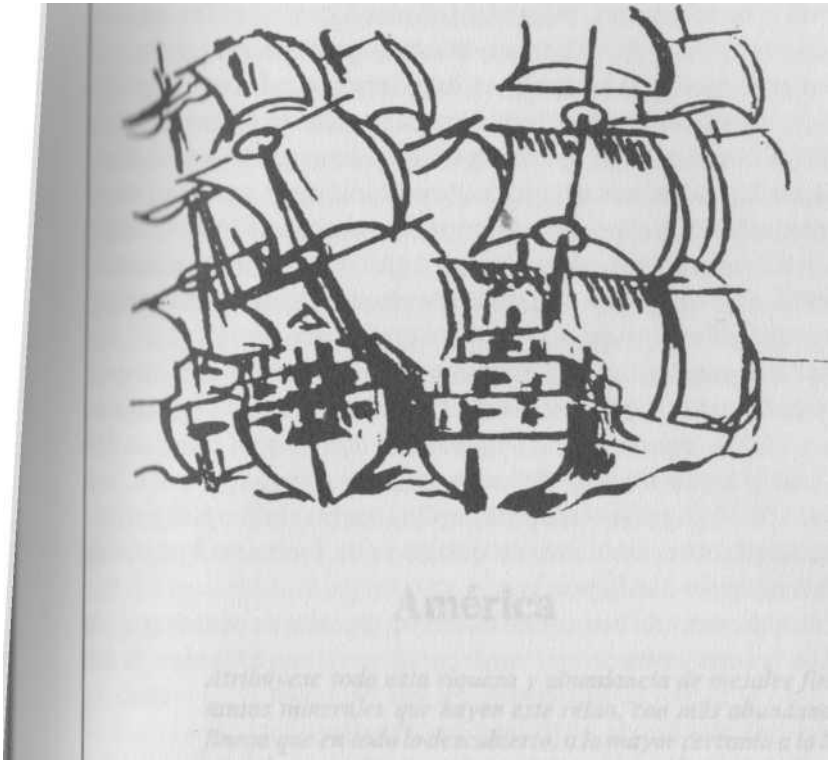
Vezpuche, además, escribe relaciones de viajes, y las envía ii sus amigos de Italia. Sus condiscípulos se maravillan de saber sus aventuras. Los príncipes de las letras las leen en sus cenáculos con asombro. De ahí los libros que por primera vez anuncian las empresas descubridoras de España. La expedición colombina fue antes un hecho oscuro. Apenas si se conoció en Europa: Europa carecía de periódicos escritos. Periódico era la universidad y periódico el aire que llevaba las noticias. Europa era un continente de analfabetos, poco menos que Asia. Cincuenta años después de descubierta la América

pudo haber ciudades enteras en donde se ignorará el suceso. La masa del pueblo no se enteraba de las cosas sino cada vez que había guerra y los soldados llevaban informaciones. Las relaciones de Vezpuche se publican en una y otra parte, en ediciones ínfimas, que apenas circulan entre grupos menores de letrados. Pero como los relatos fueron tan estupendos resultaron suficientes para que el nombre de Américo adquiriera celebridad y se dijera: ¡Tú has visto lo que ignoraron los sabios de Grecia!

Una circunstancia contribuyó que los viajes de Vezpuche se abrieran camino más fácilmente que los de Colón: estaban bien escritos y registraban cosas agradables. Él no tenía interés en ajustar los asuntos dentro del árido patrón de los informes oficiales ni necesitaba librar hasta el último acto la comedia de no haberse salido de los versículos de las Sagradas Escrituras, ni tenía que aderezar sus cartas con los cumplimientos de quien persigue almirantazgos y privan zas. Él estaba libre de todo aquello. Puso sagaces toques de sensualidad en sus crónicas, describió en una y otra forma las excelencias de las indias, que andaban desnudas y descubiertas las vergüenzas, y, aunque haciéndose cruces, daba cuenta del placer que ellas sentían en ayuntarse a los españoles y del gusto que los caciques experimentaban en cederles sus hijas y esposas a los recién llegados, en señal de amistad. No en vano los florentinos se deleitaban entonces con las primeras ediciones de Boccaccio, y hasta sabios como Vezpuche le hacían guiños a la crónica alegre y licenciosa. Amérigo, una vez más, muestra su obediencia a los dictados de la suerte cuando se huelga con las hijas de los caciques para corresponder a sus deferencias y sus ruegos. Amerigo sabía más que Cristóbal en esto de llegar al corazón de las gentes. Por eso fueron tantos sus amigos en

Sevilla... Pero, además, dio el gran anuncio que eclipsó a los de Colón: la presencia de un nuevo continente. La gran noticia del siglo XVI, sino de otros siglos más, fue ésa: la aparición de un nuevo mundo.

1



III

América

Atribuyese toda esta riqueza y abundancia de metales finos y tantos minerales que hayen este reino, con más abundancia y fineza que en todo lo descubierto, a la mayor cercanía a la línea por la mayor actividad de los influjos del sol y de algunas otras estrellas y astros. Ello es así que para conocer la fineza de una piedra preciosa la mejor prueba o experiencia es el peso, según Plinio y Ruco; porque las piedras preciosas son hijas de la luz y de la tierra; porque a unas engendra el sol a rayos y a otras la aurora a sentimientos, en terreno dispuesto; y así la piedra más preciosa pesa menos, y la que pesa más es menos fina; porque siendo un compuesto de luz y menos de tierra, porque la luz es ligera y la tierra es pesada, y así es más fina, y por el contrario la piedra preciosa que pesa más (hablo comparative) tiene más de tierra y menos de luz, y así es menos preciosa. ¡Qué bello jeroglífico para la gracia de las almas! La gracia, toda luz, la naturaleza, toda terrena. Y baste, que tenemos mucho que andar.

BASILIO VICENTE DE OVIEDO

El estudiante del siglo XVI tuvo la sensación material de que el mundo crecía. La esfera de los geógrafos se fue dilatando como si se tratase de una pompa de jabón. Y, como en la pompa de jabón, se iba viendo en ella un juego de colores cambiantes que hacían de la corteza terrestre algo más rico y variado de lo que hasta entonces pudo sospecharse. Los cálculos de un día sobre el diámetro de la tierra resultaban mezquinos al siguiente. Colón, dotado de la fértil fantasía de su tiempo, apenas logró imaginar a nuestro planeta tan pequeño que donde encontró a Cuba creyó haber llegado al Japón.

Los mapas fueron registrando este hecho, que determinó un nuevo estado en el alma de las juventudes. Así como la Edad Media puede leerse a través del ojo de una letra en las iniciales de oro florido de los manuscritos benedictinos, así el siglo XVI quedó estampado en las cartas de los geógrafos: epistolario emocionante, en donde cada fecha está preñada de revelaciones estupendas.

Eran cartas de hombres bizarros, escritas con sangre de indios y oro robado en asaltos falaces, y dirigidas a los mozos de Europa, aburridos en las escuelas.

Un muchacho de entonces nos lo dice:

—De entre las manos de mercachifles y mareantes, frailes y aventureros, cosmógrafos y embaucadores, contratistas ilusos, Vezpuches y Colones, iba saliendo nada menos que el mapa de América. La nebulosa de mitos, acertijos y leyendas fue fijándose en ese continente de erguidas montañas, llanuras tan grandes como las del mar y venas de agua como el Plata, el Amazonas, el Magdalena, el Orinoco...

¡Qué importa que los Colones ahorquen a unos cuantos indios, ni que los compañeros de Bernal Díaz reciban una rociada de flechas, ni que la crónica de Cabeza de Vaca

esté llena de horrendos naufragios! ¡o que Colón regrese a España con el mordisco de grillos infamantes en los tobillos, ni que otros destrocen indiadas en la española o la Florida! Surge el mapa de América, ¡y eso basta!

Como ciego que anhelante palpa los relieves de una escultura, las carabelas van rodeando el contorno del continente. Las pupilas de los navegantes sorprenden paisajes inéditos que cada cual brega por ser el primero en contemplar: —¡Almirante, Almirante, mire estos árboles! ¡Almirante, Almirante, un pájaro rojo! — Y la punta de tierra que se descubre н ese lado, y los ríos desconocidos que abren su boca a cada legua. Aquello era un voltear de cabos, un cruzar de ríos, un pasmo ante las montañas que surgían contra el cielo: cielo transparente como en Andalucía por abril y mayo. Y avanzan, y avanzan los geógrafos golosos. A pesar de su rudeza, v aunque endurecidos por maniobras sin término y comidos por hambre, eran niños dichosos ante un paisaje de albricias.

Colón apuntaba ríos en una relación cinematográfica:

«Vido el Almirante —dice la relación—, al pie de aquel cabo de Campana, un puerto maravilloso y un gran río, de allí a un cuarto de legua otro río, y de allí a media legua otro río, y dende a una legua otro río y dende otra otro río, y dende a otro cuarto otro río, y dende otra legua otro río grande...»

Los cartógrafos empiezan a dibujar sobre las costas ríos paralelos: hileras de ríos que parecen hebras peinadas.

¡Diáfana geografía! Los descubridores iban sembrando nombres en un barbecho de hallazgos. A un cabo le ponen Cabo Hermoso, porque es así: fermoso, redondo y muy fondo. A la Florida, Florida, porque se descubrió en la Pascua Florida. Y a una isla, Santo Domingo, porque aparece en el día del Señor. Y a un valle, el Valle del

Diablo, por habérsele aparecido el patas a uno de los soldados.

Sevilla no es el único patio de noticias. Llegan a Portugal las del Brasil. Holandeses y franceses se inician en las travesías. Los Enriques de Inglaterra fletan pilotos de Italia. En toda Europa empiezan a editarse cartas de marear. El Papa Alejandro VI señala una línea divisoria para que de ella, en un sentido, descubran los portugueses, y en el otro, los españoles: es el eje que primero divide las cartas de América.

Pero más que en la disposición del Padre de la Iglesia el destino estaba en la buena suerte de los buscadores. 1 o| españoles desesperan en las costas de Florida: hallan sólo inclemencia, poco oro, huracanes, hambres; el desquite esté en el Perú, en Castilla de Oro, en el Paraguay. Juan Caboto planta las banderas del Rey de Inglaterra al Norte. En el mapa de Juan de la Cosa, las islas descubiertas por Colón están señaladas con banderitas que tienen el león y el castillo de Fernando e Isabel. En la costa del Labrador pintan estandartes los ingleses que parecen fardos de mercancía, enastados.

Colón recomendaba a los reyes no dejasen pasar a las Indias sino españoles: Isabel, más extremosa, casi no da permiso sino a los castellanos. El Norte es de quien lo quiera. Un inglés dice refiriéndose al viaje que hizo Esteban Gómez de Florida al cabo Bretón:

«España no le dio importancia a lo descubierto por Gómez; desde luego que no eran tierras de oro ni de plata, y, afortunadamente para la causa de la civilización y del progreso, se confinó ella misma a los países del Sur...»

Europa renace en las cartas del Nuevo Mundo. Sobre el mapa de la América del Norte aparecen las tierras divididas en tres grandes provincias: Nova Albión, Nova

Francia, Hispania Nova. Puestos sobre las nuevas tierras, los viejos nombres europeos se hacen más bellos: Castilla ya no es Castilla, sino Castilla de Oro. España toda está remozándose en el Nuevo Continente: en todas partes se fundan ciudades que se llaman Sevilla, Salamanca, Córdoba; al norte de México se gana una nueva Granada para la cristiandad.

Y como un hilo de misterio, debajo de los nombres conocidos de antaño, la lengua de los indios se mezcla a la europea en el catálogo de los pueblos; México, Perú, Tamalameque, Tenochtitlán.

El afán de plantar estandartes, repartir dominios y bautizar, se lleva hasta las aguas del Océano; la carta de Petrum Adrenenck hace del Atlántico y del Pacífico una colcha de retazos Mare Canadense, Mare Mexicanum, Mare Brasilinium, Mare Paraguayae, Mare Magallanicum, Mare Chilencum, Mate Peruvianum, Mare Californiae...

Sobre esos mares se vuelca la codicia de Europa en un fluir de galeras, galerones y carracas. En la tierra, la muerte (unir en tinta firme el trazo por donde avanzan los ejércitos. 11m cartógrafos dibujan con fatal imperfección las líneas del nuevo Continente. La América del Sur, ánfora amasada puf los indios, con su cordillera del Oeste, que le da esbeltez y gracia humanas, y sus llanuras orientales entre la red de «púas vivas que se desprenden de la montaña... aparece en las primeras cartas más chata que una alforja: la Patagonia, .(imprimida, se mete dentro de las costas del Brasil, que forman un riñón; el fino arranque andino, que se alarga como una llama desde la Tierra del Fuego, no vino a preciarse sino cien años más tarde; en el siglo XVII. El Continente da risa; tiene más gracia la Australia del XX. Y no era sólo esto, sino la divertida distribución de las montañas. Se ignoraba la continuidad

de la cadena de los Andes y los cartógrafos regaban montes a discreción. Donde encontraban ausencia de datos dibujaban una montaña, trazaban un valle: inventaban alturas para quitar a las cartas monotonía.

Lo más estupendo es la distribución de las aguas. En 1570, primero, y luego en 1587, tres cuartos de siglo después de que Colón iniciara las navegaciones regulares a la América, Ortelius publica en Amberes unas cartas, fantasía de lagos y ríos. La América del Sur toma la forma de un helécho marino. El Amazonas y el Marañón son como una trenza —maraña, no: marañón— que se ata y desata infinitas veces. El Paraná, más extraordinario aun, sube hasta la raya de Venezuela, y es tan ancho, que raja como un mar, de Sur a Norte, el Continente. En la carta de Speed aparece sobre el Brasil el lago Parime, grande como un mar mediterráneo.

Las costas se estiran, recogen y tornan flexibles como hechas de una materia aún no endurecida. California es a veces una gran isla; otras, península tan ancha como Yucatán. Yucatán se alarga o se acorta, como ensayando tirarse al Golfo; sólo le falta el traje de nadador sobre el trampolín. Centroamérica no es el centro de oro que vuelca monedas en abundancia. La América del Norte, pesada, hacía que México y Guatemala, de una carta a otra, se recogiesen y anchasen. El Mississippi vertía sus aguas o sobre el paralelo 30, como hoy, o cerca de las costas que ahora son de Colombia y Venezuela. ¡América Central, desde entonces, a merced de los dibujantes!

¡Y las tierras desconocidas! Los polos no eran estepas de hielo solitarias, sino continentes desconocidos. Al Sur se colocaba la Nueva Guinea; la Islita de los Estados, que apenas divisó Magallanes, no se creyó isla, sino avanzada de un mundo fabuloso, más grande que la América misma:

iba hasta el océano Indico acercándose al cabo de Buena Esperanza. Era la *Terra australis incognita,* incógnita como las del Norte, donde los exploradores se congelaban.

¡El mapa de la América, cinematógrafo en pergamino! Para hacerlo, salieron de España y se confiaron al crujir de los navíos, frailes iluminados, carpinteros, picapedreros. Los expedicionarios eran griegos, holandeses, vascos, bretones, genoveses y sevillanos, dominicos y protestantes, letrados y astrónomos...

—La escuela de mareantes de Sevilla se hizo universidad. Los reyes la reconocieron así y colmaron de honores y prebendas. Carlos II la distinguía con estas palabras en las Leyes de Indias:

«La universidad de mareantes, formada por los dueños de navíos, maestres, contramaestres, guardianes, marineros y grumetes, es nuestra voluntad y mandamos que se conserve en la ciudad de Sevilla y se le guarden las preeminencias concedidas por los señores Reyes, nuestros gloriosos progenitores...»

Sevilla tiene lo que corresponde a la verdadera universidad: ansiedad o curiosidad de los descubrimientos, valor de emprenderlos, disciplina, encaminada a ensanchar los panol amas del hombre. De Sevilla a Salamanca hay un abismo. La gloria, decisión, y ardor de esos días de la gran gesta no está en las escuelas menores, sino en Andalucía, madre de «ventureros geniales.

En Sevilla se acoplaron, copio nunca después, dos términos: Universidad, Corporación. Dos palabras hermanas mágicas puestas en una balanza. Grumetes, maestros y pilotos; aprendices, compañeros y maestros: la misma escala tocada de dos maneras. Las mismas escuelas, y en ellas lindos de intereses comunes para sobrellevar la difícil existencia de aquellos días: contra los señores, que

empezaban a hacerse poderosos en el capitalismo naciente; contra la miseria, que se dilataba sobre las multitudes desposeídas.

La universidad de mareantes se hubiera podido llamar universidad de aventureros. Allí se juntaban perdonavidas, trúhanes, tipos azarosos y muchachos decididos. Las lecciones no eran sino horas de impaciencia frente a las naves, Todos los días regresaban de América gentes mordidas por el hambre o las bubas, mozos comidos por piojos o niguas, que habían errado meses y años alimentándose de raíces y platicando con los indios, aprendiendo dialectos e idolatrías.

Tallados de cicatrices contaban historias maravillosas. Valía la pena llegar al Nuevo Mundo aunque se actuara en escenarios de la muerte.

Se decían cosas terribles. De hombres que cercados por el hambre empezaban comiendo carne de caballos asesinados a espaldas de los capitanes y concluían comiéndose los unos a los otros. Los estudiantes repetían estas historias mientras jugaban a los naipes, tirados de bruces a la vuelta de una esquina. Para ellos, este relajamiento de la moral en América era cosa que por fuera provocaba a risa, y por dentro, cierta gana de estar allá, sin Dios, sin ley..



Los aventureros

Si amaestrase el búho al águila no la sacaría a desafiar con su vista los rayos del sol ni la llevaría a los cedros altos, sino por las sombras encogidas de la noche y entre los humildes troncos de los árboles.

SAAVEDRA FAJARDO

En las expediciones que se organizaron para llevar a cabo a. conquista de América iban juntos el capitalista y el estuante. Estas figuras se destacan con relieves más precisos en a aventura, moviéndose cada cual según sus impulsos pro- : ?s, poderosos y definidos. Dice el estudiante de Salamanca:

—En principio, la conquista fue empresa de capitalistas: a primera gran empresa del capitalismo en el mundo. La corona andaba en quiebra. Por tradición, se empeñaba hasta por sumas insignificantes. Prestó dinero la reina Isabel a Luis de Santángelo —¡su tesoro!— para equipar las carabelas de Colón y aun se dijo que iba a empeñar sus joya» como el rey D. Alfonso el Sabio gestionó el empeño de MI corona al rey de Fez. Prestó el

emperador Carlos Vahu banqueros de Augsburgo y les entregó en peña la Capitanli de Venezuela, lo que dio ocasión a la conquista por Spira, los Alfinger y los Federman. Los reyes no podían trabajar sino al fiado.

Tan apurada era la condición de la Corona y tan poco el cuidado que ponía en sus pagos, que a Alonso de Ojeda se dio licencia para que cortara hasta treinta quintales de palo brasil en la Española, con el objeto de satisfacer la deuda de un caballo vendido al fiado para la expedición colombiana ¡Una persona llega a los reyes Don Fernando y Doña Isabel con una cuenta por el valor de un caballo, y obtiene en pago licencia para cortar palo Brasil en América!

Los capitalistas tenían —ellos sí— dinero y crédito para hacer a su costa la conquista. Capitalistas eran los Pinzón, los Velázquez, los Bastidas: los comerciantes ricos de Canarias, Cádiz, y una media docena de puertos en donde el dinero circulaba por los canales de los mercaderes. Para armar tres carabelas que llevarían noventa hombres, los reyes tuvieron que acudir al prestamista; y Colón, que sin un maravedí debía pagar la octava parte de los gastos, se dirigió al empresario, a Martín Alonso Pinzón.

Los capitalistas se hicieron a una posición preponderante. Los Pinzones, que acompañaron en su calidad de ricos a Colón, regresaron a España para armar a su costa cuatro carabelas y hacerse célebres descubridores. Bastidas obtuvo por contrato la gobernación de Santa Marta: para realizarla compró una nao grande a Jerónimo Rodríguez y cuatro carabelas más; ocho mil pesos gastó en preparativos para armar soldados y proveer los barcos de «artillería y munición, escopetas y bombardas, lanzas y ballestas, espadas, rodelas y paveses. Las abasteció,

además, de pan, vino, carne, maíz, habas, garbanzos, aceite y vinagre. También llevó en provisión de la fortaleza que iba a levantar, cal, ladrillos, tapiales y herramientas de albañilería».

Don Pedro Fernández de Lugo era más rico que Bastidas. Obtuvo la misma gobernación, pero comprometiéndose a llevar de Castilla, o de las Islas Canarias, «mil quinientos hombres de a pie, escopeteros; y carabineros, ballesteros y rodeleros, y doscientos jinetes con caballos y yeguas de silla, armados y aderezados de todo lo necesario, sin que S.M. fuera obligado a pagar ni a satisfacer los gastos». Dieciocho embarcaciones llevaron el primer contingente de la expedición.

Las gobernaciones se daban al mejor postor en remates abiertos por la Corona. Luego, sacaban los reyes sus quintos celebrados.

De todos los capitalistas el más célebre fue Diego Velázquez. Sus arcas en Cuba fueron banco contra el cual se ruaron los gastos para la conquista de México. Diego Velázquez prestaba buques y cobraba réditos en oro y esclavos. Organizó primero una flota de cuatro navíos para descubrir a Yucatán, y luego otra, de diez, para la conquista confiada a Hemán Cortés. No mermadas por esto sus riquezas, armó nuevos ejércitos y flotas para perseguir al vencedor de Moctezuma y someterlo a su voluntad y servicio.

—Bajo el comando de los capitalistas fueron en las naves estudiantes huidos, licenciados, frailes, físicos: toda una avanzada desprendida de las universidades, que buscaba, en el mundo por explorar, horizontes más vastos que los de Salamanca.

Los capitalistas se movieron en un principio por el deseo de acortar las líneas del comercio con las Indias.

Más tarde por la ambición del oro. Los estudiantes marchaban por curiosidad.

En Salamanca las opiniones estaban divididas. Cada vez que llegaban noticias de nuevas expediciones, se tornaba a discutir el asunto. Siempre han existido entre los estudiantes cautelosos y acomodados, que miden y calculan sus pasos para acercarse los príncipes: es así como el mundo de los letrados ofrece larga cola de aduladores y mendigos, serviles y logreros. Al lado de éstos surge la minoría de los inconformes, que vio entonces una liberación en la aventura de América —manera de salir del sojuzgamiento de España como la que ahora, en el siglo XX, busca en la justicia soda o en otra utopía, cauce más ancho para sus ideas o mi» idealismos. Es la minoría, que siempre avanza hacia I* conquista de un nuevo mundo.

Llega a Salamanca, adolescente, Hernán Cortés, y Salamanca le carga. Dos años que pasa en la universidad, Ir pesan como dos siglos. Toda su ambición, su juventud expansiva, se sentía como en cárcel cada vez que los padres lo estrechaban con sus falsos silogismos. Cortés se rebela, da la espalda a los claustros, cruza el Atlántico, se exalta en la. ardientes playas de Cuba, irrumpe en México a la cabeza de un ejército, destruye confederaciones de indios, se hace su líder, sojuzga a Moctezuma, descubre ciudades de piedra que parecen flotar sobre lagos, amores que duermen en el corazón de las indias taciturnas, imperios más grandes que los de Carlos V, panoramas abiertos a su ambición y dominio. Cuando sus compañeros de la universidad, los timoratos que discutieron con él la locura de embarcarse a tierras desconocidas, estaban ya en las cátedras y aleccionaban para la prudencia y la privanza, empezó a circular el libro de sus hazañas, impreso en

Zaragoza. Y pronto él mismo llegó a recibir homenajes del emperador y rey de las Españas.

Sin embargo, frailes y doctores siguen diciendo tonterías. Para ellos, el Nuevo Mundo es diabólico. Se asegura que las islas están pobladas de súcubos, que las riquezas de que se habla son espejismos del demonio. Los mismos maestros que aporrearon a Cristóbal Colón, ahora se afirman en la crónica de que hay poblaciones de indios con hocico de perro, invitan a dejar la conquista en manos de rudos soldados y quieren alejar a los muchachos de la aventura.



De veras, el demonio figuró a diario en la conquista d< América. Arrastraba de los cabellos, por el aire, a los indios que pedían su ingreso al cristianismo; organizaba pedreas de duendes contra las iglesias; sembraba el desconcierto en las familias; recibía la veneración de los indios; sugería vicios que daban ocasión a los franciscanos para santiguarse a lo largo de las crónicas. Se mezclaba en todas las asambleas y perseguía a los soldados. Diego de Almonte tuvo que luchar cuerpo a cuerpo con un indio que tenía patas de gallo. Almonte gritó: "¡Jesús!", y el indio desapareció tragado por la tierra.

Estas leyendas —la historia de entonces—, hubieran puesto vapor en los estudiantes de Salamanca si no ocurriera en Europa algo semejante. O más grave: el diablo europeo del XVI no sólo atemorizaba a los ignorantes, sino a los propios padres de la Iglesia. De la misma suerte que un muchacho no estaba libre de trabar en la noche combates singulares con el enemigo malo, el sacerdote, al amanecer, podía encontrarlo hecho sapo en el fondo del cáliz...

Era cobardía de estudiantes cautelosos quedarse a la sombra de la casa salmantina esperando a que recogieran toda la gloria de los descubrimientos humildes oficiales que un día dejaban de picar piedra en la casa de los Maldonados para surgir doce meses después como capitanes en un vasto señorío americano. Los estudiantes tímidos quedaban como mujerzuelas temblorosas al lado de un Francisco Pizarro —porquero en su juventud—, o de Benalcázar, quien pasó de arrear pollinos a colgar un blasón en su propia ciudad de Popayán, o del poderoso Almagro, que en España sólo había sentado ladrillos y en América levantaba muros de oro. La juventud de las escuelas tenía derecho a escalar esas posiciones y otras

mayores, y debía recoger también su parte de oro, perlas, dominios, blasones.

—A la sombra de la amistad y en plan confidencial, un fraile nos daba sus consejos. Las Indias eran lo incierto: la fortuna y provecho estaban en España. Pero ¿no era el fraile un fracaso de la inteligencia, una cobardía del ánimo? En Salamanca la vida estaba llena de pequeñeces. Se profesaba tanto temor a las matemáticas, a la astrología. Las cosas más simples se tornaban magia, encantamiento, cabeza de expediente para la Inquisición. Los padres, con argumento querían destruir lo que los hombres afirmaban con experiencias.

Más que con consejos temblorosos, hubiera podido amedrentarse nuestro ánimo con los trabajos y padecimientos de la conquista. A veces una carta o la conversación con un recién llegado, o ver el aspecto miserable de los que desembarcaban roídos por las fiebres del trópico, nos dejaban ver los sufrimientos ultramarinos. Delante de nuestras ilusiones bien templadas bailaba el hambre su danza de la muerte.

Las tierras que Colón había pintado agobiadas de frutos exquisitos no servían para alimentar ni aun a sus primitivos habitantes. Alvar Núñez escribía de la tribu de Mal hado que por noviembre y diciembre se mantenía de raíces acuáticos y peces; de diciembre a febrero, sólo hallaba raíces; en lebrero las raíces no podían comerse y la tribu tenía que mudarse a otro lugar para alimentarse de ostiones hasta el fin de abril, en el mes de mayo de nuevo trasladaba sus penates a otro punto, y los fijaba por un mes, para alimentarse únicamente de moras: mes de la vendimia y la bacanal... Tal la vida de las tribus errátiles. No podían demorar su planta ni afirmar las piedras del hogar, brujuleando en busca de los frutos más mezquinos

que ofrece la Naturaleza.

Dentro de estos escenarios debían moverse los conquistadores, más extraños aun que los dueños naturales de la tierra. Las hambres que los diezmaban, cuando no llevaban la muerte, desataban la locura en los ejércitos. Los soldados rompían de pronto la línea de la conformidad, poseídos por el delirio de la selva. Se abalanzaban contra sus hermanos con furor de caníbales. El estallido era monstruosa revelación: el hombre venía a darse cuenta de que no andaba en tropa de amigos, sino en compañía de lobos; reía del engaño con risa que hacía añicos los paisajes y aserraba los huesos de los hombres; paseaba los ojos como dos esferas de vidrio que irradiaban furor sobre el ambiente y tiraba el cuchillo sobre sus compañeros resuelto a exterminarlos, con hambre de carne y sed de sangre.

Otras veces no era la locura, sino el cálculo frío, el crimen elaborado con perfecta mesura. Sabíamos de quienes habían asesinado a sus compañeros para hacerse a una ración de carne. Sobre las costas de México la tropa de Pánfilo de Narváez pierde el rumbo y se interna en la tierra miserable buscando víveres. Un tal Pantoja impone su superioridad y se le reconoce como jefe. Errantes, siguen los soldados bajo la dura barbarie de Pantoja, que a nada los conduce. Soto- mayor mata a Pantoja, y entre todos hacen tasajo del cadáver para mantenerse por unos cuantos días. Arrecia el hambre y se sacrifica una nueva víctima. Y así se sigue hasta que sólo sobreviven. Esquivel y Sotomayor. Esquivel mata a Sotomayor y se alimenta de su carne hasta que llegan los indios a socorrerlo...

El licenciado Quesada ahorcó a uno de los expedicionarios porque mató su caballo para darse el regalo de un asado. En esa marcha a través de las selvas

del Magdalena, cuando la carne de culebra era exquisito manjar, el conquistador ha podido perder toda su caballería si no reprime tan duramente este brote de indisciplina en los ejércitos del hambre. Díaz del Castillo decía: el triunfo de la conquista, después de Dios, se debe a los caballos.

Entonces era sopa un cocimiento de pedazos de cuero cercenados de arneses y botas. Los animales que se cazaban eran cocidos sin desprenderles la piel. Un soldado logró dar alcance a un perro tirándole un mineral tan rico que podía considerarse como ladrillo de oro; el perro quedó herido de muerte y el proyectil rodó al fondo del río. El cazador quedó bien pagado. Un bocado de perro valía más que un Potosí de oro.

Sobre los tormentos del hambre venían los de la sed. Recordemos un episodio de la conquista de Florida descrito i n la crónica de Alvar Núñez. Abandonados a la muerte, sobre la orilla del mar, pasaron los expedicionarios semanas construyendo una nave para regresar a la isla de Cuba. Mientras unos improvisaban herramientas para derribar arboles y acondicionar tablones, o fundían el poco metal de que se disponía para fabricar herrajes, o cosían pedazos de lela improvisando velas, otros, asechados por indios hostiles, recogían vil caza y miserable pesca para alimentar la expedición. Los últimos caballos sirvieron para alegrar las últimas cenas. Con la piel, todavía blanda y sangrienta, se hicieron botijas para llevar agua fresca a bordo de la nave. Se decidió la salida. La alborotada mar de las Antillas hacía crujir las tablas del barco, pequeño hospital o manicomio. De peces o raíces no quedaba nada en la despensa. Cada día que pasaba era una sombra que hacía más remoto el arribo a puerto seguro. Se pudrió el cuero de las botijas y el agua puesta en ellas se corrompió. La sed era fuego que destrozaba las gargantas. A los

soldados se les hacían grietas en las lenguas resecas. Algunos, urgidos por la fiebre, bebían en las manos agua de mar: buches de sal que en los estómagos vacíos apuraban la muerte...

Y así en infinitas ocasiones. Vencidos por el sol de América —Dios implacable de los indios— murieron centenares de españoles, incapaces de librar su última batalla contra el áureo guerrero. Sobre las aguas del mar, o en las costas del Caribe, o adentro, en el corazón de las provincias hostiles, pasaban los europeos humillados bajo arcos de fuego. Sobre la arena, dice una relación, vieron los conquistadores cuatro navíos despedazados y los cadáveres de los tripulantes intactos, sin señal de lucha: víctimas de la sed.

—La muerte llegaba de tan extraña manera como nunca la habían visto acercarse ojos cristianos. En las playas del Magdalena, sobre la arena, agonizaban mozos a quienes los mosquitos inyectaban paludismo...

Quienes buscaron la compañía de las indias placenteras fueron tocados del mal que luego circuló como maldición por el Viejo Mundo. Para curarse de las rasgaduras de las flechas envenenadas sólo hallaban medicina los heridos en cauterios de hierro puesto al rojo blanco.

Grandes ejércitos quedaban paralizados en medio de la lujuria de la selva. Los mozos de Andalucía, los capitanes que habían ido a Italia o a los Países Bajos, sembrando pavor en las aldeas de los Alpes o clavando estandartes victoriosos en las llanuras de Flandes, quedaban detenidos, muerta la voluntad, vencido el ánimo. Así vieron los capitanes Alonso de Olalla, Alonso Martín, y Diego Aguado a un grupo de expedicionarios en Macomite:

«Tendidos en sus hamacas, unos pocos enfermos,

estoicamente, aguardaban la muerte devorados por la fiebre. Los más habían perecido sin que nadie hubiera sido capaz de enterrarlos, y sus cadáveres, en putrefacción y presa de los gusanos, yacían en el suelo o en las hamacas, donde la muerte los había sorprendido. Los sobrevivientes hacía días que no pasaban bocado».

—Todas estas realidades no alcanzaban a pesar en el ánimo de los estudiantes. El ansia de liberación era una fuerza infinitamente más poderosa. España los oprimía, las cátedras no hacían sino cerrar horizontes al estudio y la curiosidad, los inquisidores andaban husmeando a los intelectuales para buscar tufillos de infidelidad.

El hombre de imaginación vivía «con tanto horror y miedo como el que está al pie de la horca esperando por instantes ser infeliz racimo de la afrentosa parra». Los estudiantes habían presenciado toda clase de ignominias. Las cátedras se peleaban con bajezas. Los libros se publicaban con humillaciones. Se vislumbraban tiempos en que ninguna de las grandes inteligencias de España dejaría de ser castigada o por la Iglesia o por el Estado, cuando el autor de los *Nombres de Cristo,* el primer maestro de teología, caería por cinco años en la cárcel, o D. Francisco de Quevedo sería perseguido a tal extremo que escribiría esta frase, epitafio de tu vida: «Yo soy aquel mortal que por su llanto fue conocido libe, que por su nombre». En que D. Diego de Torres tendría que recortar y rehacer sus obras por estar en entredicho con hi Inquisición.

Eran persecuciones inauditas, intromisiones de fuerzas oscuras y reaccionarias en todos los campos de la inteligencia. ¡La ignorancia sentando cátedra en la ciudad del saber! So pretexto de rigor en teología. Salamanca

condenaba la ciencia como obra del demonio. Torres Villarroel estaba llamado a hacer la pintura de nuestros días y afanes i liando, años más tarde, tomó a su cargo la enseñanza de las matemáticas. En 1726 —dice— fui a leer la cátedra de matemáticas en la universidad de Salamanca, «que hacía ti cinta años estaba sin maestro y vacante por más de doscientos».

«Hallé en esta Madre de la sabiduría —dice el maestro— a este desgraciado estudio sin reputación, sin séquito y en un abandono terrible, nacido de la culpable manía en que estaba el mayor bando de los escolares, así de ésta como de las demás escuelas, porque unos sostenían que la matemática era un cuadernillo de enredos y adivinaciones, como la jerga de los gitanos, las charlatanerías de los titiriteros y los deslumbramientos de Maese-Corrales, y que todos sus sistemas y axiomas no pasaban de los cubiletes, las pelotillas, las estopas y la talega con su Juan de las Viñas. Otros menos piadosos y más presumidos sospechaban que estas artes no se aprendían con el estudio trabajoso, como las demás, sino que se recibían con los soplos, los estregones, y la asistencia de los diablos; y del partido de esta impiedad eran los barbones jurisconsultos, apoyándose con ademanes de oráculos en las citas de su título mal entendido de Mathematicas et maleficis. Otros, finalmente, aseguraban que no podía el matemático poner con el compás sobre sus pliegos un ángulo, un óvalo o un polígono sin untarse de antemano todas las coyunturas con el adobo en que dicen que м remojan los brujos y las hechiceras cuando pasan por campos de Cirniegola, los desiertos de Varaona y el Arenal de Sevilla a recrearse con sus conciliábulos y zaramagullones».

Obrando dentro de semejante medio, quien tratase de

romper los alambrados de Salamanca dejaba su vida. No porque le propusieron los conservadores lucha franca y abierta, sino solapada y de sesgo. Las tierras de América eran, hasta cierto punto, una liberación. No habría ilimitada libertad de discurso, puesto que con los primeros conquista dores se embarcaron los primeros inquisidores, pero en cambio iban a ver lo que no se podía oír ni leer. En las selvas terminaban los títulos, y los hombres tenían que verse las caras frente a frente. Con manos libres iban a palpar el crecimiento de la tierra.

Quienes sentían ansia de auscultar la entraña palpitante de la humanidad en el Nuevo Mundo, buscaban un rincón en las barcas exploradoras. Así pasaron los estudiantes, así pasó a México Mateo Alemán. Y D. Miguel de Cervantes Saavedra rogaba el 21 de mayo de 1590 a S.M. el Rey por un nombramiento de contador en Santa Fe de Bogotá, del Nuevo Reino de Granada, o de gobernador de Socomusco, Guatemala, o de auditor en Cartagena, o de corregidor en La Paz. Lo esencial era ir a América. Tal el impulso del momento. En los ejércitos de la conquista, primero, y en las cortes virreinales, después, se contaban poetas y letrados en número mayor que nobles y capitanes.

Para el caso de Cervantes, Santa Fe ocupaba un lugar definido. Este ingenioso hidalgo nació en un pueblo de donde salieron los primeros varones que llenaron la historia de la naciente ciudad americana. Fue de los Fresiles de Alcalá de Henares de donde vino ese cronista pintoresco que trazó en las páginas *de El Carnero* la más colorida historia de Santa Fe. Y dos rectores de la universidad en Alcalá de tenures llegaron también a Santa Fe para dar gobierno eclesiástico y civil al nuevo reino: el presidente Dionisio Pérez de Manrique y el arzobispo Antonio Sanz Lozano. La remota capital de la Nueva

Granada, construida sobre una llanura silenciosa, en el tope de los Andes, por un conquistador que, más que guerrero, fue letrado, se ofrecía como refugio espiritual para los maestros de las juventudes castellanas y para el príncipe de las letras, que había pasado de naves vencidas a cautivo en Argel.

Todas estas circunstancias explican el hecho de que la primera edición de *El Quijote* circulara en América como no circuló en España y que su aparición diera lugar a que se cruzaran cartas de alborozo los virreyes de México y el Perú. A América iban las primeras ediciones de Gracián, Góngora. Santa Teresa, fray Luis de Granada. De Cádiz se enviaban con barriles de vino, paquetes de libros. Y así, hasta el fin de la Colonia: en el equipaje de Caballero y Góngora fueron para México y la Nueva Granada lienzos de Velázquez, Murillo, Ribera, Guido, Tiziano, Rubens, David Teniers... El ambiente literario de las nuevas colonias era tan fecundo que, ya desde la conquista, iban en los ejércitos mezclados poetas y militares, y hasta los que parecían apenas trashumantes desheredados de la cultura hacían brillar de pronto la chispa de su ingenio con fulgor que los siglos no han logrado enturbiar. Los dos cronistas más afortunados del primer siglo: Bernal Díaz y Rodríguez Freile, no fueron sino soldado oscuro el primero, y el segundo olvidado poblador de la colonia miserable. Los colonizadores llevaron epigramas de Quevedo, que rodaron de generación en generación perpetuándose en boca de campesinos y vaqueros, que tienen por propia y silvestre esa flor de la gracia castellana. La vida estaba en la otra orilla del mar. Curiosos y libertinos iban a buscarla. Grandes varones que hubieran sido maestros en España se consumieron en el fuego del trópico, cuando empezaba a fundirse una raza nueva.

—Por lo demás, Salamanca, ni siquiera materialmente, constituía un abrigo que invitara a recogerse. En todo sentí do, Europa era un continente de inseguridad. Nosotros podíamos reír del hambre y de la selva de América.

El magnífico rey D. Alfonso el Sabio había escrito en las *Partidas:*

«De buen ayre —decía— et de fermosas salidas debe ser la villa do quieren establecer el estudio, porque los maestros que muestran los saberes et los escolares que los aprenden viven sanos, et en el pueden folgar et rescebir el placer a la tarde cuando se levantaren cansados del estudio: et otrosí debe ser ahondada de pan, et de vino et de buenas posadas en que puedan morar.»

Nunca mayor irrisión se estampó en una ley. Nosotros teníamos que tirarnos por las ventanas de las escuelas para robar en los mesones algo que diera alivio a los estómagos. Las hambres estudiantiles se volvieron de todo: novela, proverbio, fama, cuento, leyenda. Nos seguían con fidelidad que daba ira. Don Francisco de Quevedo hizo de ellas un libro. El pan y el vino del Rey Sabio hubieran hecho morir de carcajadas al Buscón, ya que no murió de ayunos en casa del licenciado Cabra, de Segovia.

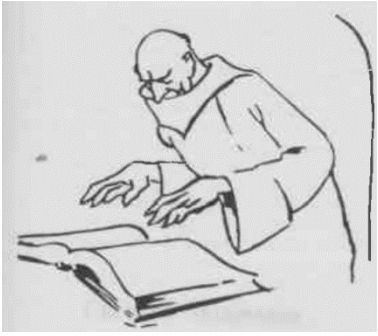
Pero esta hambre de anécdota, que acabó por hacer reír a los españoles, fue hambre de historia que abatió pueblos de toda Europa. El hambre universal del siglo XII apenas fue pálido anuncio de la que sobrevino en el XVI al reino de la Gran Bretaña. Al desaparecer el feudalismo, cuando los nobles se dedicaron a explotar las tierras para recoger dinero y gastar lujo en la corte, los campesinos, expulsados de sus huertos seculares, formaron racimos de miseria en las ciudades. Más morían de hambre miles de desocupados en Europa que exploradores en las selvas del Nuevo Mundo. Surgió el robo como amenaza constante y

universal. Cometer un robo en esos días de horca y cuchillo era peligroso: probablemente conducía a la muerte; pero no cometer el robo era morirse, seguramente, de hambre. La mayor suma de probabilidades de supervivencia estaba del lado de los salteadores.

Y no era el hambre sólo: el ambiente corrompido daba al mundo europeo clima de hospital. Los físicos decían que desde las excursiones a Tierra Santa se habían revuelto los humores de Europa. El baño era paganismo, cosa proscrita de la vida ordinaria: reyes hubo que murieron sin haber pasado por el martirio del agua; el terreno parecía abonado pura que las viejas enfermedades, y las que fueron llegando, circularan a velocidades desconocidas.

Las ciudades tenían vaho de pudridero. Los estudiantes salmantinos, platicando por las callejuelas que caen al puente romano, bajo cuyos arcos no suele llevar aguas el Tormes, encontraban esos aires deliciosos sólo en las páginas de las *Siete Partidas*...

Decididamente podíamos dar la espalda a Salamanca.



V

Clave de Salamanca

Quod natura non dat, Salamanca non proestat.

Hasta aquí hemos venido evocando historia; pero en este instante ocurre en la tertulia de la mesa redonda lo que empre en juntas o asambleas estudiantiles. Un mozo de la última generación, año de 1930 ó 32, surge con un discurso □oportuno. Sorprenderá a los lectores este desplante que rompe la secuencia de estas charlas. Pero ¿cuándo hemos sido los estudiantes sumisos a la disciplina? Vivimos de la precipitada interceptación de imágenes que nos asaltan y atraen. No sabemos callar sino en raras ocasiones. Y mucho menos los estudiantes de hoy, que disparamos peroratas sobre la conquista de tantas libertades.

Por otra parte, el mozo que ahora se levanta es el último europeo de nuestro convite. Luego, no hablarán sino americanos que sueñan con el alma puesta sobre la teoría de sus patrias. Pero el español de 1930 ó 32 está unido a nuestra cadena como el más íntimo de nuestros compañeros. Es el estudiante de la Revolución. Acaba de tirar por encima de la muralla de los Pirineos una corona, trasto viejo e inútil, y ahora pasea por las calles de Madrid carteles escandalosos anunciando un futuro imaginativo. A veces su mirada se detiene, taciturna, porque vive celoso de sus ideales y hace reservas que estallarán más tarde en la segunda etapa de la gran jornada. Pero tiene la certeza de haber llegado ni corazón del pueblo, y quemado las tramoyas de que se valió la farsa monarquita para saquear el tesoro vital de la raza

Este muchacho llegó a la vida en una hora de desencanto. Círculos de glosadores escépticos se reunían en torno suyo o en el café de Madrid, o en la plaza del pueblo. Ahora, él ha producido el milagro de prender en cada mirada —antes de esquivez y desconfianza seculares— una hoguera de fe o. cuando menos, un viso de esperanza. En él se hizo la historia espiritual de la Revolución. Su impulso, su sangre y su palabra fueron una triple fuerza que arrancó de cuajo la monarquía.

¿En dónde estaba antes el rey? El rey estaba en los campos de golf; el rey estaba en las playas; el rey estaba en el Casino de San Sebastián. Sus ministros cerraban escuelas, daban a los frailes licencias para fabricar títulos universitarios, desterraban a Miguel de Unamuno: después de haber producido el desastre nacional, querían amordazar la conciencia española. Sobre las piedras de Madrid, tlac-tlac-tlac resonaban las herraduras de la caballería. Como hordas bárbaras, los guardias del rey se derramaban sobre calles y plazas. Los caballos azotados por los sables, empujados por el aguijón de las espuelas, brillantes de sudor y bañados de espuma, aunque más airosos, eran casi tan salvajes como los jinetes: donde asentaban los cascos salpicaban sangre y dolor. Las frentes que se alzaban no veían sino fulgores de acero, pedazos de bandera que reventaba el viento, capitanes cobardes, gritos de triunfo de la canalla montada sobre el lomo de la devastación. Debajo se hacía un lodo bermejo, se picaba flor de corazones para acallar el ruido de las patas herradas.

Así pasaban los ejércitos del rey Alfonso por las calles de Madrid. Pero detrás de los ejércitos, otra vez las manos se imitaban, se alzaban las frentes. De los ojos desmesuradamente abiertos, salían mensajes que recogía,

complacido, el porvenir.

La censura tenía secuestrados los periódicos. ¡No importaba! Los muchachos ponían a circular hojas anónimas escritas en tabernas escondidas. Aparecían, mágicamente, iodos los días, sobre las mesas de los restaurantes en la calle de Alcalá. Las ideas, cerrada la imprenta, circulaban más rapidamente. Las noticias volaban por el aire, haciendo burla del marqués de Estella.

Pusieron los gendarmes su mano pesada sobre la flaca figura de D. Ramón María, los gañanes su mano torpe sobre la cátedra de Salamanca. ¿En dónde estaba el rey? El rey estaba en los campos de golf; el rey en las playas, o firmando contratos y robándose la riqueza de España.

Un día cortaron la cabeza del rey. ¿Quién cortó la cabeza del rey? Las muchachas de la universidad. Tomaron de su nicho la escultura vaciada por Benlliure y, con una sierra fina, aserraron el cuello de bronce. Los quejidos del rey destemplaban los dientes. Obra laboriosa, sólo pudieron realizarla manos de mujer. El marqués de Estella bramó de na. Las muchachas, confinadas a una cárcel inmunda.

Y así hasta que un día fueron desalojados los bárbaros. Entonces ya no se oyeron las pisadas de la caballería sobre las calles de Madrid. Las voces calladas estallaron en la Puerta del Sol, la universidad salió a la calle, el pueblo corría ronco de júbilo. Los muchachos, con las cabezas descubiertas, agitaban en el aire nuevas banderas. En las gargantas se hacían un solo nudo el himno de *Riego,* la *Marsellesa* y la *Internacional.* Los relojes marcaban sobre cifras de rebeldía horas de victoria. Los dependientes del comercio saltaban de las tiendas y ¡a la calle! Las mujeres esmaltaban de sonrisas la corriente de las manifestaciones. Los chicuelos se prendían de la multitud como guirnaldas

de flores. En las puntas de los bastones se izaban bonetes. Las insignias reales se cubrieron con banderas en el palacio de la Gobernación. En el monumento presuntuoso de Alfonso XII se dibujaron con brea tres letras enormes: R.I.P. De las cárceles del marqués salían las muchachas de la universidad bajo el arco triunfal de la hora.

La nueva generación levantaba la frente, sacudía al aire las manos, llevaba la gloria en la mirada; fue abriendo esperanzas, sepultando temores, despertando fe. Llegó a las puertas de la universidad cantando y las abrió. Levantó la clausura de las escuelas. Alzó himnos sobre la tumba del viejo Iglesias, paseó a Unamuno por la ciudad libre de Madrid.

El rey fue desterrado al olvido.

Este universitario de España, alma y nervio de la revolución, no es sorpresa de la historia. El rebelde de todos los tiempos, el encarcelado de todas las dictaduras que han querido afirmarse humillando el espíritu de España, ha pasado, tradicionalmente, de las cadenas y el destierro al bronce glorificador.

Este universitario reclama para sí la gloria de Salamanca. Al borde de nuestra mesa, dice:

—Hay una frecuente equivocación al hablar de la gloriosa Salamanca. La fama que parece desprenderse de sus claustros, no viene de ellos, adoctrinados por pusilánimes y frailes envidiosos. Esa fama se afirma en las minorías rebeldes, perseguidas, en juventudes que han vencido la hostilidad académica y pasado por sobre las pasiones del ambiente.

En los momentos decisivos de la historia de España, los maestros de la universidad han retado de sesgo a los precursores y se han opuesto al destino ineludible de la Nación. Sólo la muchachada ha mirado hacia el futuro;

sólo ciertos maestros excepcionales, que han desdeñado formulismos de cartón, y conservado en la cátedra el espíritu inquisitivo del estudiante: los que han sido libres: los pocos que estudiando han enseñado. Contra esos estudiantes y maestros la universidad ha descargado el peso y furor de las excomuniones.

Salamanca se ha engalanado con el equívoco: ha bautizado plazas y callejones con nombres de quienes fueron sus víctimas: la universidad les ha levantado estatuas, consagrado mármoles y honrado con retratos al óleo. Sobre esta confusión se han ceñido de laureles las escuelas.

Pero hay una verdad de fondonas escuelas, en los días decisivos de España, han estado en las juventudes, en los rebeldes del espíritu. La universidad ha sido el patio abierto donde han llegado las distintas generaciones: no la mentalidad de los rectores. Quienes ahora reclaman el derecho de las generaciones nuevas a la universidad, no han hecho sino volver sobre la historia. El espíritu, lo que no se vuelve polvo ni polvo es, lo que perdura y es inmortal, puede un día estar en los bajos fondos, en las fuerzas subterráneas, en la palabra que se condena, en los labios que sella la censura, en las frentes juveniles que se levantan bajo la mirada retadora de los maestros. En cinco siglos no han cambiado los conceptos corrientes sobre el loco desvarío de los estudiantes: ellos agüen siendo los inexpertos, los livianos, los indisciplinados. Y, sin embargo, son el espíritu de la universidad, lo que no es polvo ni en polvo habrá de convertirse.

El tiempo, sin embargo, se ha encargado de justificar a las minorías, ha premiado a los libres de espíritu, ha dado la razón a los maestros que estudiando enseñan, y de sus nombres ha formado España un catálogo de glorias.

—Hay tres instantes en que España se define y resuelve: la época de los descubrimientos, el siglo de oro de las letras y la Segunda República. Salamanca ha sido el escenario intelectual en donde se han movido tres hombres que simbolizan esas tres épocas: Cristóbal Colón, Fray Luis y Unamuno encarnan los tres momentos de la vida española.

—El incidente de Colón en Salamanca define las dos actitudes del siglo XV frente al problema científico más apremiante de entonces. Un libro guarda la emoción de esos días, a manera de espejo en donde quedaron cautivas las imágenes en fuga: *Imago Mundi,* de Petrus Alliaco, en el ejemplar que fue de Cristóbal Colón y se conserva en el Museo de Sevilla. Sobre sus páginas, apretando glosario en los márgenes, Cristóbal y sus hermanos fijaban con minuciosidad sus ideas geográficas. El infolio daba un resumen de lo que entonces se sabía. Colón anotaba lo que estaba por venir. Colón tenía no sólo la visión sino la experiencia. A bordo de naves portuguesas había conocido la ciencia que, con sigiloso cuidado, ocultaba la corte de Lisboa; supo así de los pilotos que estudiaban las corrientes, la posición de los astros, la fijación de los puntos geográficos, el trazado de las cartas de marear. Llevaba toda la cultura de los vagabundos para enfrentarla a la cultura de los enclaustrados.

Colón era firme hasta en sus errores. Decidido a comprobar lo que tenía por cierto, no se le puede negar penetración científica. Los sabios parten a veces de un prejuicio que les lleva a descubrir la verdad. Su catolicismo recién estrenado fue camino seguro para lograr el favor de la monarquía. Había que ser católico: esto no lo ignoró ninguno de cuantos quisieron sobrevivir a las asechanzas del medio. Pero cuando los Colones victoriosos

salieron del círculo de pobreza en que se habían movido, cuando la inquietud del almirante pudo definirse en la persona de su hijo, se vio a este inquieto gustador de las letras viajar de una ciudad a otra, por toda Europa, recogiendo libros raros hasta formar una de las mejores bibliotecas de su tiempo; fue amigo de Erasmo, de quien recibía los libros, cariñosamente dedicados; compró cuanto pudo sobre artes militares —que entonces cultivaban las inteligencias más exquisitas—, y libros de ciencia, y novelas y poesías, que le encuadernaban con primor los artesanos de España y él catalogaba, anotaba y resumía en sus cuadernos. Esos cuadernos, por su orden, y lo conciso y perspicaz de las notas, quedan como testimonio de quien amó los libros con rendida fidelidad.

Colón, intelectual, científico, es batido por los frailes. Musca entonces una precipitada y ocasional ilustración Evangélica. Lee las Escrituras para sacar de ellas textos que favorezcan sus proyectos. Lo ayuda un monje suministrándole argumentos, que saca con lupa de los escritos de los santos padres y las epístolas y libros sagrados. Colón recoge lie. citas en un cuaderno, catálogo de hallazgos en la ciencia teológica. Pero en este terreno (colón pisaba en falso: la tuerza de sus convicciones venía de otra parte. Los frailes llevaban siglos de leer infolios y en esto eran maestros difíciles de rendir. Colón es el primer gran vencido de Salamanca en el siglo XV.

—El segundo vencido fue Fray Luis de León. Aquí la culpa de la universidad es más sensible. Colón había pasado como un intruso: era un extranjero vagabundo que tocaba por primera vez en Salamanca, un navegante sin antecedentes. Fray Luis estaba en el espíritu y en la carne de la universidad. Su palabra reunía en el aula a nobles de

todo el mundo, discípulos de todas las naciones de Europa. Era el primer teólogo de su tiempo, y lo mejor en él no era el teólogo sino el artista. Tenía un amigo: Salinas, el ciego, el músico. Salinas le hablaba, sacando voces divinas con la caricia de sus dedos expertos, sobre el teclado del armonio. Fray Luis ponía la musicalidad en las odas. Aún se les oye.

El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada, Salinas, cuando suena la música extremada
por vuestra sabia mano gobernada...

Fray Luis, como el ciego, se recogía en sí mismo. Eran dos ausentes de Salamanca. Luis colocaba al estudiante en presencia del proceso que elaboraba dentro de su alma silenciosa. El veía las cabezas de sus alumnos en el borroso claroscuro del aula —aula: porque es para oír, no para ver, donde se desdibujaban las fisonomías. De dos peque ñas ventanas apenas llegaban filos de luz; la voz del maestro rasgaba un silencio profundo, sin turbar su delicia: apenas dando cierto impulso agradable a la emoción. Las horas que así transcurrían estaban henchidas, como versos, de música alada y discreta que nunca nadie pudo como él, medir mejor.

Fray Luis estaba rodeado de la admiración de los estudiantes y la hostilidad de los maestros. Cuando Fray Luis ganó su cátedra en limpia oposición, los estudiantes lo llevaron en andas y pasearon por la ciudad, y estamparon su nombre en letras rojas en las paredes de escuelas y conventos, y llenaron de cantos la ciudad, y encendieron luminarias y corrieron toros en la plaza. Pero mientras esta alegría desbordaba como nunca en Salamanca y llenaba de goce a los agustinos, afilaba rencores la orden contraria, vencida en la persona del

opositor.

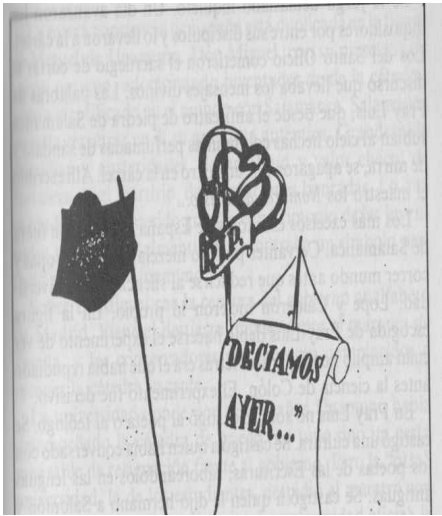
Rencor de frailes salmantinos no ha sido jamás rencor dormido. No una, sino varias veces, la Inquisición se acercó al maestro. Se le encontraba demasiado libre en el uso de las Escrituras. Fray Luis llegó, en la *Oda a la Ascensión,* a expresar el más profundo dolor y desconcierto:

Los antes bienhadados
y los ahora tristes y afligidos,
a tus pechos criados,
de ti desposeídos,
¿a dó convertirán ya sus sentidos?

Fray Luis alcanzó las mayores alturas de la expresión mística. ¿Pero podía tal sentimiento acercarlo a los señores del Santo Oficio? ¿No hay, en el fondo de aquellas palabras a Jesús:

Estando tú encubierto,
¿qué norte guiará la nave al puerto?

el sentido de infinita desolación que embargaba al propio Fray Luis en medio de las órdenes?



Se le juzgó demasiado inquieto. Un día avanzaron los inquisidores por entre sus discípulos y lo llevaron a la cárcel. Los del Santo Oficio cometieron el sacrilegio de cortar el discurso que llevaba los mensajes divinos. Las palabras de Fray Luis, que desde el anfiteatro de piedra de Salamanca subían al cielo hechas columnillas perfumadas de sándalo y de mirra, se apagaron por un lustro en la cárcel. Allí escribió el maestro los *Nombres de Cristo...*

Los más excelsos escritores de España se educaron fuera de Salamanca. Cervantes prefirió mezclarse en las tropas y correr mundo antes que reducirse al silencio de la universidad. Lope y Calderón hicieron lo propio. En la figura escogida de Fray Luis debía hacerse el experimento de ver cuán amplio hogar para las letras era el que había repudiado antes la ciencia de Colón. El experimento fue decisivo.

En Fray Luis no sólo se castigó al poeta o al teólogo. Se castigó una cultura. Se castigó a quien había conversado con los poetas de las Escrituras, saboreándolos en las lenguas antiguas. Se castigó a quien le dijo hermano a Salomón y unió su voz a la suya para cantar a la Sulamita. Se castigó el silencio de quien estaba lleno de canciones interiores. Todo en él era íntimo, discreto, y las escuelas enterradoras hubieran sepultado para siempre sus poemas si don Francisco de Quevedo no los saca a la luz años después de su muerte.

—Ya no es la época de los descubrimientos. Ya no es el siglo de las letras. Ahora España vuelve sobre sí misma, y va a afirmarse sobre su pueblo, a sacar a los campesinos de la servidumbre en que los mantuvo la nobleza. Después de haber errado por los mares y de haber divagado por las letras, la patria tiene un instante lúcido en que adquiere conciencia de su ser. Es necesario liquidar la monarquía,

que no comprende, no mira, no sabe. Hacer limpieza en la política y dar oportunidades a los hombres de ciencia y cultura. Abrir un campo de acción a las nuevas generaciones, adonde puedan llegar con dignidad. Sentir la voz de los pueblos. Repartir las tierras.

La nueva conciencia de España está duplicada en la figura de Miguel de Unamuno, Don Miguel, con su presencia de varón antiguo, adoctrinando juventudes desde la cátedra, corría identificado en el mundo con Salamanca. Salamanca parecía recobrar en él su grandeza auténtica. Grandeza de rebeldías y austeridades, de amplitud y valor cívico, de fortaleza en el martirio, de afirmaciones honradas. Lo que verdaderamente ha sido grande, el patrimonio de las juventudes y minorías salmantinas, encontraba un símbolo perfecto en el viejo Unamuno.

Sobre D. Miguel cae la censura del gobierno analfabeto de Madrid. Viene el destierro impuesto por el marqués de Estella, y los conservadores se apresuran complacidos a recoger la cátedra vacante.

La universidad donde por treinta años Unamuno había desempeñado la cátedra de griego, no tuvo sino un gesto miserable de resignación frente al gobierno. Pero la "otra" universidad, la de los estudiantes, despidió al maestro con lágrimas y lo vengó con victorias. La universidad oficial, la de los sumisos, recibió, para llenar la vacante de la cátedra, a un frailecillo anónimo e ignorante que llegó de sesgo a las aulas y cuyo nombre fue olvidado rápidamente por la historia.

Cuando Unamuno tuvo noticia del robo de su cátedra la reclamó, desde el destierro, con palabras que fueron la requisitoria de la inteligencia al régimen de la dictadura. Y D. Primo de Rivera, erigido en juez de los destinos de España por Alfonso XIII, sustanció el despacho con estas

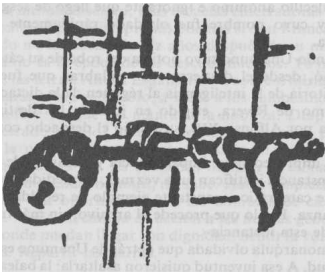
palabras:

«La improcedencia, impertinencia y términos de la presente instancia justifican, una vez más, las medidas tomadas con ese catedrático, constante ejemplo de rebeldía y mala enseñanza. Por lo que procede al archivo, sin más tramitación, de esta instancia».

La monarquía olvidada que detrás de Unamuno estaba la juventud. A esa juventud quisieron asaltarla: la balearon, la encarcelaron, pero no pudieron rendirla. El viejo lo dijo en su carta a los estudiantes:

«Que nos roben ,—ya lo está— el dinero; que entreguen España a la explotación de compañías extranjeras; que se repartan las acciones liberadas; que vendan la justicia; que subasten el favor; que arruinen a sus censores; que mantengan meses en la cárcel, sin proceso ni enquisa, a inocentes; que restauren la Inquisición y la tortura; pero que no nos roben vuestra alma, el porvenir, la juventud de España, hijos míos.»

—Sí, amigos: Salamanca es la nuestra. Salamanca no es la tradición conservadora, sino la rebeldía de los libres de espíritu. Salamanca es la juventud, es el alma de esos estudiantes que al atardecer se confunden con la multitud que da vueltas, discurre y dice disparates en la Plaza Mayor, y en el diálogo de dos miradas que se cruzan aprenden más las niñas y los mozos que en las lecciones de latín.





VI

Los conquistadores

Miren los curiosos lectores esto que escribo, si había que ponderar en ello. ¿Qué hombres ha habido en el Universo que tal atrevimiento

tuviera? Pasemos adelante.

BERNAL DIAZ DEL CASTILLO

Excusará el lector que en este libro se le zarandee llevándolo de un siglo a otro, como en arbitraria cinematografía, lora mismo dejamos el cuento de lo que venía pasando en Madrid hace dos años, y con el discurso siguiente retrocederemos a la historia de América de hace cuatros siglos. ¿Hará lógica en estos desvaríos?

Hay que advertirlo una vez más: nosotros, señores historiógrafos, contamos las jornadas por emociones. Esto no ene importancia. Que hable, pues, el universitario del siglo XVI.

—Yo soy el estudiante de la conquista. Salí adolescente de España y me crecieron las barbas en América: estas barbas se hicieron pasar por personaje fabuloso ante los ojos de los lampiños habitantes del nuevo mundo. En mis fugas de lo universidad había aprendido el manejo, bajo la capa, de la espada, Pero un fue sino al otro lado del Atlántico donde maduré soldado y me recibí de capitán. Mi mano vigorosa м hizo diestra para blandir la lanza y desgarrar las entrañas de quienes se opusieran al cumplimiento de mi destino.

¡Quién no fue entonces soldado o no supo del rudo trabajo de la guerra! Clérigos y obispos se batían conmigo en una misma línea, y daba gusto verlos matar enemigos y animal soldados con imprecaciones salvajes, con alaridos de combate.

Colgué a traidores y cobardes. A muchos bellacos de tormento y sometí a garrote, e hice cuartos a otros, distribuyendo brazos y piernas por los cuatro puntos cardinales, sobre la cruz de los caminos, reservándome la

cabeza para colgarla en la picota, en donde se bamboleaba como lámpara sin luz para iluminar la suerte de los aspirantes a conspiradores.

Obra de los tiempos. Ningún gran estadista dejo de ahorcar a unos cuantos. Para que guardasen su memoria y a su grandeza.

En medio de la selva fusilé a un soldado porque rompió la disciplina del ejército, y otro al día siguiente de una victoria, por haber robado a los indios unas bagatelas antes de señalada la hora del pillaje. La tropa encontró justas o necesarias es lo mismo, mis resoluciones, y me respetó más desde entonces Mi voluntad era la única fuerza que detenía la locura cuando por los ejércitos perdidos en la montaña circulaba el delirio de los trópicos

Usé el ingenio, como no podían hacerlo los burdos zagalones de mi patria que iban detrás del oro. Y lo use para hacer política y confederar a los indios con mis tropas. Fui sacerdote médico» dios o potencia infernal, siempre que las circunstancias me lo aconsejaron. Alguna vez, viniendo a conferenciar conmigo los indios, les hice pensar que los j caballos hacían las guerras por sí propios y las bombardas eran chispas del cielo venidas en mi apoyo. Tomé la yegua de Juan Cedeño, recién parida, hice que tomase olor de ella el músico, semental llevado a América por un Fulano Ortiz; luego un tiro, y cuando llegaron los indios se prendió en secreto la bombarda y se acercó el caballo a donde había estado la yegua. Los relinchos y el estallido de la pólvora hicieron creer a los indios que estaban contra ellos el fuego y las bestias, y debían unirse a mí para evitar la muerte.

A pesar de disponer de los caballos y la pólvora como si fueran Dios mismo metido en las tramoyas de la

Naturaleza, una ciencia no podía ser más rudimentaria. En toda una campaña no tuve, para curar a los heridos, sino el unto de un indio gordo muerto al principio de la guerra. Y era de verse como los físicos cargaban la preciosa pomada como un tesoro y con qué cuidado la ponían sobre las llagas, envolviéndolas en cadaverina.

Así, haciendo guerra con estratagemas que nos hacían reventar de risa y mezclando ciencia de brujas con voluntad de poder, fundé imperios más vastos que los de Carlos V en tierra desconocida, aliando o liando a mí pueblos que desde su lengua me eran desconocidos y ganando voluntades con astucia. Como si esto fuera poco, con los quintos del rey henchí de oro las cajas miserables de la hacienda de España.

—Los estudiantes que se embarcaban en las expediciones para América no iban de capitanes ni gobernadores, sino arrimados a las empresas de los capitalistas. Supuesto en las i ropas era el mismo que ocupaban carpinteros, pajes, soldados o grumetes. A veces, a lo más, iban con título de veedores o escribanos. De hecho, el amo era uno solo: el empresario que pagaba los gastos de la expedición. Pero para el objeto que los estudiantes perseguían aquello no importaba. Se trataba de salir al descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo.

Una vez metidos dentro de las naves esos muchachos, que habían leído algunos libros y podían escribir desde un romance hasta un soneto, que habían llevado aventuras más

espirituales que las de sus compañeros, empezaban a destacarse y adquirir prestigio. Las jornadas realzaban esta iniciación hasta convertirla en superioridad, en mando.

Los negociantes, que estaban menos cerca de la tropa y no llegaban con la misma gracia al corazón de los soldados, tenían luego que apoyarse en los mozos de letras y distinguirlos con mando, títulos y dignidades. Al demorarse las expediciones en tierra firme, quedaba establecida una nueva escala de valores, favorable a los letrados.

De estos estudiantes o letrados había algunos peritos en leyes. Teñían títulos de licenciados. Pero huyendo de la vida profesional y conservando ardor de juventud habían preferido seguir de estudiantes, de exploradores, mientras sus compañeros quedados envejecían en los bufetes.

—Instalado el capitalista gobernador en su gobernación, no tenía sino una sola idea: explotarla. Vieja costumbre de empresarios. Poco le importaba a él penetrar en las costumbres de los indios; nada descubrir el misterio de las selvas. Lo esencial era hacer repartimientos, tener cantidad de indios esclavos y arrancarles riquezas, sin que en este negocio tuviesen nada que ver ni sus vidas ni sus almas.

Los capitalistas eran terribles y sensuales. Habían comprometido sus fortunas en la conquista, con la esperanza de verlas multiplicadas en tierras salvajes, a donde no alcanzaba la justicia de los reyes ni la mirada de Dios. Carecían del impulso desinteresado de los exploradores curiosos. No procedían sino en función de extorsionadores. No medían las repercusiones humanas de sus actos. No tenían noción del prójimo.

El estudiante se hallaba colocado en plano distinto. Llegado a tierra, quedaba ocioso en la república de los

ricos. Los repartimientos favorecían a los tenientes del gobernador, a sus "socios". Era una vida en la cual "él" no desempeñaba función alguna. La aventura lo tentaba de nuevo. Como cuando estaba prisionero en Salamanca y escapaba en la noche por la ventana, ahora sentía la necesidad de la fuga.

La conquista del capitalismo: la de Diego Velázquez en Centroamérica, la de Bastidas o Fernández de Lugo en Santa Marta, se detuvo en las costas. Sólo Cortés estaba destinado a penetrar en el corazón de México; Jiménez de Quesada, a coronar la jornada de los Andes en la Nueva Granada.

El estudiante tenía de su parte a los soldados ociosos, a los que se quedaban sin repartimientos, pero que en las expediciones eran el empuje, la persistencia, el brazo y la lanza. Tenía de su parte a quienes, reducidos a la quietud de las ciudades recién fundadas, sólo distraía sus ocios con la idea de conspirar contra los gobernadores.

—La presión del ambiente obligaba a los gobernadores a poner, bajo el mando de licenciados, tropas ociosas. Los gobernadores no estaban para nuevas aventuras: no podían moverse del lugar en donde habían concentrado sus empresas y establecido su comercio. Había que dejar a otros que explorasen, pedirles que trajesen riquezas del interior y correr, claro está, el riesgo de que se alzasen, como fue caso constante en todas las expediciones y como pasó a Fernández de Lugo con su propio hijo.

Los nuevos adalides, al desprenderse de la influencia de los gobernadores, adquirían seguridad en su propio mando. La imagen del empresario, quedado en la costa, iba desdibujándose. La tropa no podía ver sino a un jefe: su capitán, fuera de su capitán, el rey y sólo el rey. Así dejaron de ser tenientes de Diego Velázquez y Fernández

de Lugo, Hernán Cortés y Gonzalo Jiménez de Quesada.

La nueva circunstancia ataba voluntades con mayor firmeza. A los intentos de conspiración sucedió entre los soldados un sentimiento desolidaridad cada vez más poderoso. La empresa se tornaba humana. Hasta los indios llegaban a juntarse a los ejércitos blancos capitaneados por la juventud.

El contraste es decisivo. Alfinger, banquero, devastó todos los pueblos a su paso e hizo sucumbir tribus enteras bajo el peso de la carga que echaba sobre las espaldas de los indios como si fuesen mulos. Pizarro, negociante, sólo una vez, cerca de Parcos, «tomó hasta ocho mil indios para carga y servicio, de los cuales escaparon pocos con el peso y el trabajo». Quesada, licenciado, en cambio, entró al reino de los chibchas como protector de los indios y ha pasado a la historia como el más humano de los conquistadores. Cortés, estudiante, entró a México, puede decirse, más que como capitán español, como caudillo indígena: guiaba los ejércitos de los tlascaltecas; confederaba las tribus, y en las batallas, a la cabeza de unos cuantos españoles y cuarenta o cincuenta mil indios, parecía el caballero venido del Sol que esperaban recibir los mexicanos, según la tradición de sus profetas. No hay que descontar los asesinatos judiciales practicados por Cortés en Coauhtemoc, por Quesada en Sacresaxigua. Era el estilo europeo y español de conquistar.

—El estudiante, con todo, tenía vida más rica y múltiple, no varaba su imaginación en la sed del oro, hacía agradables las jornadas, aun en medio de las mayores desventuras. El pensamiento único de enriquecer a un capitán no hubiera sostenido los ejércitos en la marcha de los Andes, ni levantado el ánimo a través de los pantanos, de donde surgían, como en los círculos de la comedia

infernal, insectos, reptiles, hambre, fiebre y locura. Una ilusión, más que un negocio, llevaba de la mano a las tropas y mantenía la disciplina después de las victorias. Se iba a la conquista del país de la sal, de las esmeraldas, de El Dorado, de las mariposas de Muzo y de los ritos exóticos que celebraban sacerdotes y reyes sobre la llanura gris de las lagunas inmóviles.

La tropa jugaba con sus desventuras. Milagros de los letrados. Travesuras. Un día se oyó un rebuzno distante. ¿Qué asno, no siendo caído de las estrellas, podía expresarse así? Edmundo Malatesta, soldado de Italia, dice a sus compañeros: no puede ser sino Sileno, rodado del Olimpo. El luego con la fábula hace reír. Avanza la tropa en busca del pollino, lo alcanza —ese burro era el último sobreviviente en una expedición de la que sólo se salvó su señoría— y se lo lleva como a un dios Momo, en un carnaval macabro. Se improvisan coplas mientras la muerte hace sorteos. No importa. El burro asiste a toda la conquista de los Andes. Sigue a la tropa sin descanso, por años, hasta hacerla llorar un día con su muerte en la llanura de Casanare. El sol le disecó y estiró las patas, entre revuelo de gallinazos.

Iban poetas y cronistas en la tropa. Iba fray Pedro Simón, que dejó una gruesa historia, y don Gonzalo Jiménez, de quien, si se han perdido libros y manuscritos, queda constancia de haber sido gran escritor de fino ingenio.

Pero el soldado anónimo, el pequeño letrado, el mozo juguetón que se agazapaba en el rincón de las tertulias, el buscón de la comparsa, no era menos feliz, ni menos ingenioso. Reía en verso. Que lo digan estas cuartetas cuya gracia ante la muerte hizo que no pereciesen en el olvido:

¡Sus! ¡sus! hermanos míos,
trastornemos y busquemos
algo así que confortemos
los estómagos vacíos.
Sacad de flaquezas bríos,
aunque estéis puestos de lodo
si no queréis que del todo
nos quedemos patifríos.

Los pasos que dais, oblicuos,
flojos, remisos y tardos,
se volverán en gallardos
en cebando los hocicos...

La preocupación capital de Cortés era "revelar los secretos de América" a su emperador. En la primera carta de sus relaciones censura a Grijalba porque no había hecho sino

bordear las costas sin penetrar el misterio del gran Imperio Mexicano.

«Aquella tarde —dice—, se embarcaron en las carabelas con su gente —los de Grijalba— sin entrar en el pueblo de los dichos indios y sin saber cosa de que a vuestra real majestad verdadera relación se pudiese hacer».

En otro lugar:

«El dicho capitán estuvo allí aquel día, y otro día siguiente se hizo a la vela, sin saber más secreto alguno de aquella tierra».

La actitud de Grijalba era absurda. ¿Para qué se viajaba si no era para ver, conocer nuevos árboles y nuevas frutas, entrar en contacto con los indios del interir, creadores de una civilización insospechada? Desde el primer día Cortés hizo de esa curiosidad la razón central de su expedición.

«Como el capitán Fernando Cortés esté tan inclinado al

servicio de vuestra majestad y tenga voluntad de hacerle verdadera relación de lo que en la tierra hay, propuso de no pasar más adelante hasta saber el secreto de aquel río y pueblos que en la ribera del están».

El conquistador olvida decir mil cosas suyas para detenerse a describir la ciudad de México, sus mercados, sus monumentos. Buscaba y anotaba el dato americano y hasta el alma de esa otra raza que pulsó con manos de amante y político.

La historia de toda la conquista acentúa más y más esta diferencia de criterios entre los exploradores. El del estudiante y el del capitalista son dos impulsos distintos que se extienden hasta las últimas derivaciones de la grande aventura. Hacia el Sur, el desarrollo era más vasto. La empresa incluía la audacia de voltear el Cabo de Hornos y poner un jalón que sirviera para medir la magnitud del continente y columbrar el Pacífico desde un nuevo ángulo que revelase toda su extensión.

Aquella empresa correspondía a los geógrafos portugueses por derecho propio. Ellos eran dueños de la Cruz del Sur.



Juan Díaz de Solís, el precursor, piloto mayor de España, pertenecía a ese equipo de investigadores que recogió y exaltó la inquietud de don Enrique el Navegante. Solís pasó de las escuelas lusitanas al servicio de los reyes de España. Como él, Magallanes, producto de la misma escuela. No llegó ante la Corona con pretensiones de gobernación. No iba a pedir licencia para robar oro a los indios y montar una empresa más en el Caribe. Perseguía un dato científico. Necesitaba hallar una solución. Le cupo la gloria de «quitar el mundo de los hombros de Atlas para dejarlo suspendido en el éter».

El contraste entre la aventura del estudiante y la del empresario se ve muy claro en las orillas del Plata. Solís parecía destinado a ser el explorador del Sur: sus ojos zahones descubrieron aquellos contornos, y el estuario del Plata se abrió como un mar de agua dulce para las naves que enderezaba su experto pulso. Al derramar su sangre en el interior, señaló así, con tinta firme, la ruta para los que luego hubieran de seguirlo.

Tras la huella de Solís llega Sebastián Caboto. Como todos los Cabotos, es navegante, y nada más. Lleva en la sangre el ánimo de su padre y viene a repetir en el Sur las hazañas que el viejo coronó en el Norte. Sus fundaciones son los cimientos de la conquista austral. Abre las puertas para que luego venga a sentarse el capitalista en la gobernación. La corona se la adjudica a Pedro de Mendoza. Pedro de Mendoza, a su propia costa, alista dos mil hombres y cien caballos, y se dirige al Río de la Plata, a la tierra argentina... Volvió en derrota. Incapaz de asentar gobierno, dejó la conquista para que, con el correr de los tiempos, otros abrieran la pampa cerrada, erigieran de nuevo ciudad en Buenos Aires.

—Las circunstancias hicieron de los estudiantes grandes políticos y estadistas. Quien se alza con un ejército sin tener un centavo para sostenerlo ha de ser muy hábil, y tener tacto exquisito en el manejo de las voluntades. Y aquellos mozos alzados iban a aventurarse en empresas que exigían la disciplina más fuerte, en guerras que sólo podrían ganar con diplomacia, enemistando unas tribus con otras y haciéndose a federados y amigos en la discordia de los contrarios.

Nadie como Cortés pudo reunir nunca a las gentes de México. La Corona de España vivía celosa de él. Su presencia en el país de los aztecas determinaba un estado de cosas que sólo podía enderezarse por su gracia y voluntad. Jamás los indios tuvieron un rey tan resuelto, ni los españoles se vieron frente a un poder tan decisivo.

No menos hábil fue don Gonzalo Jiménez de Quesada, el Licenciado. Su obra política más admirable es la entrevista con Federman y Belalcázar. Quesada estaba sobre el tope de los Andes, a un año de la costa del Caribe, con una tropa miserable de cien desvalidos, resto de los seiscientos jayanes salidos de Santa Marta. La ciudad de Santa Fe de Bogotá, apenas fundada, era un nido de paja mal defendido contra el viento del páramo. Los derechos de Quesada como capitán eran ningunos: legalmente seguía siendo subalterno del gobernador de Santa Marta. En estas circunstancias se le anuncia la llegada simultánea de las tropas de Federman y Belalcázar.

Belalcázar venía enhebrando victorias desde Quito. Dejaba atrás ciudades nuevas, ejércitos vestidos de paño y seda y un equipo militar —puente tendido entre el imperio de los Pizarros y la gobernación de la costa del Caribe—. Federman, a su turno, venía con sus fieras de Venezuela y representaba el espíritu germano, el "atilismo" de la

conquista: el Pacto de Carlos V con los Belzares fue carta de propiedad para que llegaran los banqueros como a tierra propia. Quesada resuelve la situación, congela el conflicto, con un par de discursos. Recibe, con palabras, las dos expediciones, y, con palabras, las concierta con la suya. El choque que pudiera producirse entre las ambiciones y los ejércitos se disuelve oyendo hablar al licenciado. Y afirma así su derecho fundándolo en la propia materia que le sirvió para hacer la conquista: discursos.

Bogotá, dialéctica, que en el curso de cuatro siglos ha seguido esta política, de tan milagrosos efectos, tiene disculpa histórica para ser como es.

—El tercer gran político de la conquista, al lado de Cortés y Quesada, es el licenciado Gasea.

Hay que convenir en que los Almagres y los Pizarros que se lanzaron a la conquista del Perú no eran sino unos analfabetos enriquecidos en Panamá. La codicia de unos y otros no podía resolverse sino por guerras entre españoles. Los indios las contemplaban como espectadores estupefactos. Se decía que el humor de la tierra podrida de oro daba ese carácter bélico a los hombres. La codicia era un aguardiente que emborrachaba a aquellos descamisados cuando vagaban por las vertientes del Potosí.

¡Francisco Pizarro! López de Gomara lo retrata en pocas palabras:

«Era hijo bastardo de Gonzalo Pizarro, capitán de Navarra. Nació en Trujillo y echáronlo a la puerta de la iglesia. Mamó una puerca ciertos días, no hallándose quien le quisiera dar leche. Reconoció lo después el padre y traía lo a guardar los puercos, y así supo leer. Dio les un día moscas a sus puercos y perdió los. No osó tornar a casa de miedo y fuese a Sevilla con unos caminantes, y de allí a las

Indias. Fue grosero, robusto, animoso, valiente y honrado».

Perú se torna cueva de bandidos. No puede arribar ningún cristiano. El virrey Blasco Núñez tiene que huir de una banda a otra del país, amenazado por las huestes de los Pizarros. Se le niega al emperador Carlos V todo derecho de dictar leyes para el Perú. Hasta en el púlpito se trata como bellaco al rey, porque quiere quitar a la Iglesia sus esclavos. La pandilla de Pizarro instiga a su jefe para que se proclame rey.

En estas condiciones se viene el pálido licenciado Gasea, sin tropas ni dinero, con unas cartas del rey. En Panamá resuelve devolver a España la conquista del Perú. No sabía de armas, ni tenía continente militar. «Era hombre de muy mejor entendimiento que disposición y que se había mostrado prudente en las alteraciones y negocios de los moriscos de Valencia». Tenía genio político.

La primera hazaña de Gasca fue usar de su discurso mondo y lirondo para devolver al servicio del rey la flota de Pizarro, mandada por Pedro de Hinojosa. La conquistó con palabras. Ganó la primera mitad de la partida sin haber salido de Panamá.

Pasado al Perú, volteaba los partidos y los acomodaba en torno de él con tanta maña y acierto, que en poco tiempo, sin dar batallas de sangre, fue tirando a Pizarro hacia las serranías de Chile con una manera de vencer que, ciertamente, no usaron los Aníbales. Su obra maestra fue la batalla de Xaquixaguana, que más parece batalla de humorista que de hombre de Estado. Iba Gasca a enfrentarse con un ejército de más de mil soldados, cada uno de los cuales debía varias vidas y había desafiado a la muerte en muchas ocasiones. Los ejércitos se avistaron

furiosos, gritándose los unos: «¡Traidores! ¡Desleales!», y contestando los otros: «¡Abatidos! ¡Esclavos!» Gasea empezó a predicar desde la trinchera cosas agradables a los enemigos. Se los fue ganando, e incorporándolos a sus tropas. En este, el más grande combate que se preparó en el Perú, murieron doce hombres por Pizarro, uno por Gasea.

Sólo sobre la obra del licenciado Gasea pudo organizarse colonia en el Perú. Pagados los gastos de la guerra, se presentó ante el emperador con un millón trescientos mil castellanos de plata y oro. No tomó para sí un real. Dejó compuesta una república donde sólo existía un criadero de conspiraciones.

—Se cree comúnmente que estas victorias y largas empresas son obra de corazones livianos. Que el sacrificio del hombre que sabe reír tiene la gracia de quienes miran sólo el visto fugaz de la vida.

Nadie sabe de tristezas que suelen ser más hondas en los espíritus cultivados. Nadie asiste a los monólogos de infinita desolación, cuando el hombre se recoge y retira al amor de las estrellas.

Allá está, doblado bajo el árbol de la noche, don Hernán Cortés. Acaba de descubrir un desconocido imperio. Ha despertado la admiración de sus tropas enseñándoles ciudades de piedra que emergen del fondo de los lagos; ha tenido en sus manos, prisioneros, a los príncipes de la Iglesia mexicana y a los reyes; ha dejado, como inútiles remedos de la gloria, allá en las Antillas, a los primeros exploradores de América; ha dirigido al emperador Carlos V la relación de sus victorias, que estará en esos momentos leyéndose en las cortes con júbilo, y ha ofrecido ceñirle una nueva corona bajo cuyo fulgor se agrupan pueblos más numerosos y ricos que los que el emperador cautivó en

Alemania y Flandes. Hernán Cortés repasa todas estas consideraciones de grandeza, una a una, lentamente, por el anillo sensible de su última derrota.

En su mente alternan y se contrastan visiones de grandes triunfos con la matanza de sus caballos. Le llega al alma el último relincho de las bestias cuyas patas se quebraron en los puentes rotos de la gran calzada. Los lagos se han poblado de barcas hostiles. Es ignominiosa su salida de México bajo lluvia de flechas y piedras, entre la gritería de los salvajes enardecidos por el triunfo. Mira a sus soldados más leales, a sus compañeros, que nunca cedieron bajo el aguijón de su mirada, cubiertos de sangre y lodo, despedazados por los indios vencedores. Los príncipes que creyó humillar reirán ahora con sus dientes de loza. En torno de él no hay sino lamentos, sangre, sudores, sed, cansancio, pavor.

La cabeza de Marina —la entregada, la traidora a su raza—, se dobla abrumada por el hecho inexplicable; sus ojos, que han acariciado el rostro del hijo del Sol, del soldado invencible, se ahondan, interrogando el abismo de silencio en que se unen sus almas.

Cortés no tuvo para ella sino promesas de triunfo. Aquella mujer, hija de príncipes aztecas, conductora de pueblos, siguió la ruta del conquistador, poseída por el fuego de sus palabras. Y todo esto para venir a acariciar el dolor de la derrota entre las montañas heladas de plata, bajo la luna triste, que se mira en las aguas, ahora bermejas, de sus lagos sagrados.

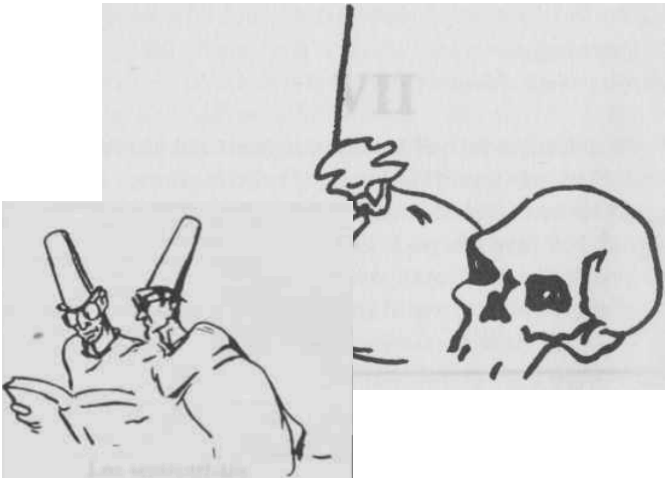
¡Capitán Hernán Cortés: es aquí donde, por fin, te encuentro, desolado y callado, mirándote, hijo del Sol, en los espejos de la Luna!

¡Capitán Hernán Cortés, vuelve a la vida y a la guerra, mira que ya el cielo es una campana rosada y se tañen en

ellas la hora del amanecer!

¡Capitán don Hernán Cortés, a la marcha!

¡Capitán don Hernán Cortés, estudiantino de Salamanca que vienes en derrota, levántate, que ya es hora de vencer!



VII
Los seminaristas

El día le comienzan muchos diferentemente, porque los egipcios y hebreos le comienzan desde que se pone el sol, y dura hasta la misma hora. Los persas y griegos y el vulgo le comienzan a mediodía: y este es el tiempo en que menos se yerra. Los eclesiásticos comienzan el día desde hora de víspera hasta otras vísperas, y de este principio

JUAN PEREZ DE MOYA
Arithmética práctica y especulativa.

El paso de los conquistadores fue un espasmo de sensualidad que conmovió las potencias interiores de América. No o choque de dos razas desconocidas, sino destrucción de dos los valores indígenas. Los dioses, los hogares, las riquezas, los caudillos, las mujeres, todo se deshizo bajo el galope de la locura. Los españoles se consumían en la más enfrenada de las ambiciones o en el desarrollo de vastas empresas nunca soñadas. Los indios quedaban perplejos frente a un cataclismo inexplicable. Cada cual dejó fluir su vitalidad para llenar de proezas ese fugitivo instante de la vida. Después, sólo quedó un vasto paisaje de silencio.

La conquista pasó a ser leyenda, poema épico o crónica de sucesos inauditos.

América calló como nunca había callado. Se hizo más profunda que antes del descubrimiento. Se recogió como jamás volvería a recogerse. Las partidas de españoles que descargaban las carabelas en Veracruz, Buenos Aires, Cartagena o Panamá, se incorporaban sin ruido en la vida colonial.

A los exploradores audaces que llevaron los estandartes del emperador hasta el corazón de las naciones gentiles, a los estudiantes vestidos de capitanes, sucedieron abogados, profesionales que no venían a descubrir cosas, sino a llenar pliegos de papel, a residenciar, a hacer trabajo de escritorio. Esos no eran hombres: eran empleados.

Los empresarios capitalistas fueron reemplazados por

nobles y caballeros de la Orden de Santiago, que caían, como virreyes, con lujosos o lujillos de cortes rudimentarias y algunos detalles de galantería.

Después de los capitalistas y los estudiantes, después del empresismo y la universidad libre, tocaba su alternativa al Estado. Este fue el tercer personaje de la América española.

Apenas en las costas quedaron débiles rumores de combates. La piratería oficial, amparada por la reina de Inglaterra, y marinos de Francia, Holanda, Dinamarca, acometía a las enclenques ciudades del litoral. Pero estas escaramuzas estaban a meses, a años de distancia de ser oídas y sentidas adentro, en las capitales interiores de la colonia.

Aquellas mujeres formidables que se metieron en las naves para alimentar la lujuria de las tropas bárbaras, fueron apaciguándose a medida que se sentaron las ciudades, y al final eran ya matronas virtuosas, a cuyo alrededor los hogares crecían como matriarcados bíblicos; santas abuelas, (roncos virtuosos, buenas frondas de la naciente genealogía.

Al lado de ellas se arrimaban las recién llegadas, que España trataba entonces de enviar en cantidad suficiente para equilibrar la población.

Los curas disolutos, los frailes agresivos, fueron amansándose así que el Estado echó la raya entre las prerrogativas de civiles y eclesiásticos. Aquellas escenas en que los de la Audiencia mandaban a sus alguaciles a bajar a puntapiés a los predicadores en la misa mayor, hiciéronse cada vez más remotas. Entre las nuevas remesas de clérigos que hizo la madre patria, empezaron a venir gentes laboriosas, buenos curas colonizadores.

Los capitalistas que se radicaron en América y lograron

sobrevivir a su codicia, fueron engordando en el marco de la plaza y adormeciéndose con el trabajo ajeno y el bochorno del trópico.

Los indios se convencieron pronto de que estaban a merced de un poder infinitamente más grande que el suyo y doblaron melancólicos las espaldas para que sobre ellas cayeran las servidumbres, los impuestos, todas las cargas que acumulaban la Iglesia, el Estado y el encomendero.

Los negros que llegaban a servir de esclavos, según la piadosa receta de fray Bartolomé de las Casas, entraban a minas y haciendas y eran herrados como bestias. Incorporados en la nueva república, apenas si dejaban oír a la orilla del río o en el rincón de la cocina su canto nostálgico y salvaje, con ternura de perros abandonados.

En las ciudades crecían los conventos hasta ahogar las casucas de los profanos. Las gentes se recogían al toque de oración. Se apagaban las luces. Crecían enormemente las noches. Los días no traían nada que decir. Nunca llegaban los correos. Las noticias circulaban gracias al chisme.

Un imperio dormido. Apenas en los seminarios algunos estudiantinos soñaban o ponían el oído atento para percibir las palpitaciones de la vida.

América nacía por segunda vez.

—Yo soy el estudiante de la ciudad en donde no pasa nada. He llegado en la infancia al seminario y he salido, con mucha bambolla y maravilla de mis padres, a los dieciséis años, graduado de doctor y sabiendo todo lo que ocultaban con solícito cuidado las universidades.

La ciudad boba, con sus iglesucas blanqueadas y un par de ojos abiertos donde entra la luz del sol y el bronce llama a misa, rosario y oración; la plaza con sus concilios de burros y sus concilios de aldeanos, me educaron con avemarías y padrenuestros, me llenaron la memoria de

latines y cánones.

Los maestros tenían muy poco que decir. Cubrían ese poco con muchas capas de misterio para que al salir de la escuela la gente me mirase, lela, como a un iniciado y la fábrica resplandeciese de poder.

La escuela tenía algo puesto al revés. Para instruirme en las cosas de la vida se me iniciaba en las del cielo. Para hacerme maestro en los asuntos del mundo se me llevaba a las nubes.

Mezcladas ciencia y religión, haciéndose con la enseñanza un mundo esotérico, se sublimaba lo insignificante. Yo veía todo con asombro. Y cuando se acercaba el momento de salir al mundo y de que me saliesen las barbas, a mí mismo me daban deseos de reverenciarme.

Como los que han tragado ciencia a rodo, era yo pálido y enfermizo, en medio de una población de señoras que arrugaba la oración. La vida de la universidad no era para criar colores. En las constituciones del fundador estaba estatuido que, a perpetuidad, debería rezar cada seminarista cincuenta y cinco avemarías y cinco padrenuestros por su intención; que los lunes debería hacerlo por la intención de sus sucesores; que haría todas las mañanas un cuarto de oración mental y que espulgaría mi conciencia todas las noches. Monten ustedes sobre esto ayunos, cilicios, sobresaltos de conciencia y ciertas comidillas que da hambre recordar, y me verán como espejo de la necesidad y escrúpulos del alma.



En aquellos días no sólo las mujeres; los varones se desmayaban ante el cuadro del infierno.

En lo tocante a ejercicios de piedad y devoción, estaba determinado que quien no confesase o comulgase mensual mente sería castigado con expulsión de la universidad. Y, para mayor seguridad, las sabias ley$_{es}$ de Su Majestad Católica determinaban el juramento que prestarían los gradúa dos sobre Nuestra Señora. Decía D. Felipe IV:

«Mandamos que en la universidad que así lo hubiere votado —y todas lo votaban— ninguno pueda recibir grado mayor de licenciado, maestro ni doctor, en Facultad alguna, ni aun de bachiller en Theología, si no hiciere primero juramento en un libro misal, delante del que ha de dar el grado, y los demás que asistieren, de que siempre tendrá, creerá y enseñará de palabra y por escrito haber sido la siempre Virgen María Madre de Dios y Señora Nuestra, concebida sin pecado original, en el primer instante de su ser natural, el cual juramento se pondrá, como lo hizo, en el título que del grado se despachare; y si sucediere haber alguno, lo cual Dios Nuestro Señor no permita, que rehusare el juramento, le será por el mismo caso denegado el grado, y el que se atreviere a dárselo incurra por el mismo caso en pena de cien ducados de Castilla, para la Caja de la Universidad; y en privación de oficio el secretario de la Universidad que no lo denunciare ante el rector. Y fiamos tanto de la devoción de todos para con la Madre de Dios, que nunca sucederá el caso de obligar a la ejecución de estas penas.»

—Vivían los maestros atemorizados de que con estas estrecheces puestas a la vida de quienes llevaban en su sangre la de aquellas españolas formidables que fueron las aventureras de los aventureros y la de aquellos capitanes

que regaron de hijos la América, se abriesen camino engaños y vicios. Y esta duda robaba la tranquilidad de sus conciencias.

En las constituciones de San Bartolomé se ordenaba a los seminaristas: que nunca andaría ninguno por la calle sin compañero, quien debería delatarlo en caso de infringir algún mandato; que no tomarían tabaco ni dormirían dos pintos; ni se hablarían en horas de estudio y que, si lo necesitasen, debían hacerlo en latín... Y para terminar se agregaba:

«No entrará mujer alguna en el colegio, por principal que sea, ni por respeto alguno, ni a coloquio o fiesta alguna, so pena de excomunión mayor *ipso facto incurrenda.»*

Así se cerraban al diablo las puertas del colegio. Al diablo, es decir, a la vida. Y como si aquello fuese poco, se nos obligaba a llevar faldas que nos hacían aparecer como bajados de un retablo. Muy tristes figuras hacíamos al lado de los jinetes corajudos que conquistaban amores sacando candela en los caminos de piedra con el galope de sus bestias herradas.

¿Qué podía ser para el padre Rada la mujer sino una tentación? Desde el punto de vista eclesiástico era un estorbo, una cosa sin utilidad; más aún: el aparato que había trabajado la desdicha del hombre.

«Mujer: deberías andar siempre en duelos y en harapos, ofreciendo a las miradas tus ojos llenos de lágrimas de arrepentimiento para hacer olvidar que has perdido al género humano.»

Y el padre Rada nos mataba exteriormente para las mujeres con estas órdenes de sus Constituciones:

«Los estudiantes usarán traje clerical. No se les permite que traigan que dejas, zapatos picados, medias de otro

color que no sea negro, pardo o morado, y que los aforros de las sotanas y otros vestidos hayan de ser de los mismos colores: ni traigan mangas de ropilla o un gamita que se vean con guarnición ni abotonadura, ni jubones, coletos o armadores de colores, ni con guarnición.»

El padre Rada nos hizo cautelosos, prudentes. Y lo demás, ¡qué diablos! ¡Lo que podrán las constituciones de un colegio en competencia con la vida!

—¿Y qué? Aquéllas eran las ideas de la época. Con ellas no se impedía nada, ni se detenía el movimiento de los astros. La universidad era espléndida como edificio, y uno de los adornos más lujosos de la Iglesia y el Estado. Salir de la universidad era coronarse.

A la universidad llegaban también gentes cultas. Entre los fundadores de la de México figuraba un maestro de Artes de la Sorbona, Alonso de la Veracruz, quien regenteaba la cátedra de Sagrada Escritura; fue un erudito polígrafo que dejó muchos libros en latín. Los rectores de las nacientes escuelas no quisieron que fuesen menos que las de Ultramar. Obtuvieron de la Corona las mismas preeminencias y privilegios de que gozaba Salamanca.

La nueva institución necesitaba solemnizarse con ceremonias magníficas, y tuvo elaborado ritual. Esto quedaba incluido dentro de la necesidad del mayor misterio que compensara la escasez de contenido. El rector no salía a la calle sino escoltado por dos esclavos negros, con galones y arandelas de lacayos. Los claustros plenos se celebraban en el palacio virreinal o en la sala del capítulo de la iglesia catedral. Los maestros eran elegidos con los votos del arzobispo, el oidor más antiguo, el más antiguo inquisidor, el rector de la universidad, el maestre-escuela y el deán de la iglesia, el maestro de primera de la facultad y el decano, reunidos en conspicua asamblea. En las fiestas

alternaban en dignidad los maestros con los inquisidores: era la mayor gloria a que podía aspirarse.

Las votaciones para calificar eran otra ceremonia de protocolo que contribuía a dar ambiente al instituto. Se hacía dentro del mayor secreto, muchas veces de noche. Un secretario repartía las balotas —las AA y las RR—, poniendo más que de costumbre, a trabajar la flexibilidad de su espinazo. Cruzaban el salón uno a uno los maestros, con los puños cerrados y la frente enigmática, para depositar el voto en jarras de plata. Luego, el secretario, sonriendo a la manera de los sacristanes, desde sus ojillos amarillos, que asomaban entre párpados de tomate, tomaba con sus manos heladas la jarra del veredicto y la sacudía para que golpeasen contra las paredes los votos y las habas, como huesos de ajusticiado.

En esta ceremonia el estudiante era sometido a sutiles padecimientos. Se le hacía sentar delante de un reloj de •nena, por donde iba viendo correr el tiempo del examen. Trataba de sonreír y sudaba frío. Temblaba como ante la primera experiencia de amor. Luego, por fortuna, la suerte le llegaba por el camino regular de la blanda mano de los examinadores y de la ignorancia general. En el corazón le daba botes el sobresalto de una alegría que sus amigos le harían resonar en las espaldas y los padres pagaren comuniones. De allí en adelante iría a ver que el mundo es de los audaces.

—Nada comparable a las emociones del grado. En ese momento se iniciaba para el estudiante la vida del excepcionalismo. Al día siguiente iría a dejar las faldas y entraría en los salones de sus primas hecho un animal latino incomprensible, sabio y joven, capaz de ser abogado de la Audiencia. O se retiraba ensimismado, persiguiendo

las altas dignidades que ofrecía la carrera eclesiástica.

Desde la víspera del grado la ciudad se agolpaba a las ventanas para conocer al doctor en cierne, exhibido por las calles en procesión. Adornaban su casa con luminarias, y banderas y escudos que proclamaban la unión de la familia y la universidad. Al amanecer, los maestros llegaban, vestidos con todas sus galas, a caballo; los empleados de las escuelas batían estandartes; se desataba música de atabales y chirimías, y con toda esta bambolla se sacaba en triunfo al muchacho y llevaba a través de la ciudad. Las campanas se echaban a vuelo. Las mozas hacían lo propio, flechando sonrisas y miradas que se cruzaban sobre los ojos, sobre los labios, sobre el corazón del seminarista. Al salir de la esculla, el mundo le daba un volantín, y miraba las cosas al revés.

El día del grado se repetían las fiestas, o se concluían, de manera más grave. El grado se confería en la Iglesia. El estudiante, atortolado sobre un proscenio, veía girar en torno de él curas, arzobispo, abogados de la Audiencia, inquisidores, multitudes que se le metían por el embudo del espíritu en desmayo. Sobre platos de plata brillaban las insignias doctorales: el anillo, el bonete, el *Manual de las Sentencias* de Pedro Lombardo. Y luego, juramentos, bendiciones, besos, regalos y otra vez a caballo, con bedeles que relumbraban entre sus mallas de metal, y cohetes y repiques y aplausos y gritos. Y el trajín de la casa, y las vueltas del sarao, y la botella de vino, y las cuatro lágrimas de los padres, y el palpitar de las primas.

—¿Acaso supe en el momento de recibirme doctor lo que había pasado en mí? La vida se me partía en dos: todo lo de antes, historia, lejanía; lo que venía, misterio, dificultad, problema. Los ilustres maestros no habían querido jamás que mirase adentro de mi ser, para

decidirme por mí mismo. Era el confesor quien debía decidirme: yo sería como un barquichuelo que se pone a flotar en la corriente; el padre tomaba el remo y daba golpes al agua; yo obedecía ciego, ponía la voluntad blanca y me entregaba a la pericia del boga.

Era idealista. Me interesaba la metafísica, me seducía el destino último del hombre: la neonatología o ciencia de la sustancia espiritual. No porque el mundo fuese más culto entonces. No porque las universidades tuviesen un concepto más alto de su misión. No porque entonces el espíritu fuese caballeresco o sentimental por estar construidas las almas, según la neonatología, de una sustancia diferente. En las estrellas residía la única ciencia posible. Henry Ford hubiese sido allí un Santo Tomás de Aquino. Para lo único que tenían aplicación las invenciones era para el dogma.

Había fenómenos económicos, sí, pero la economía no había alcanzado, no hubiera podido alcanzar a organizarse como disciplina. No había el número de hechos suficientes para sentar un principio; ni en dónde recoger datos, ni cómo recogerlos y ordenarlos para montar una teoría material de la vida.

Tal vez Europa hubiese podido adelantar algún concepto, v aun creo que lo hizo. En América, habría sido absurdo. Yo era el estudiante de la ciudad en donde no pasa nada.

Tenía herencia, tierras, indios, esclavos, casona inmensa. No sentí la necesidad de un lujo que entonces no existía. La tierra producía frutos en abundancia como para no constituir la escasez problema ni inquietud. No había que pensar en empresas: España no las permitía en las colonias. Las minas fueron perdiendo importancia. La administración pública se redujo a cobrar impuestos. La

ciencia del cuerpo no ofrecía campo de estudio: la medicina seguía haciéndose por magia o porquerías. Para el estudiante no quedaba otro camino que idealizar. No tenía sustancia inmediata a que dedicarse. Con saber montar a caballo, quedaba comprendido cuanto el hombre necesitaba para abrirse partido en la vida.

Por eso idealicé, fui poeta sin continencia, me abracé a la metafísica. Todos, hombres y mujeres, lo hacían. Cuando Góngora surgió, en América se gongorizó más que en España. Sor Juana, la décima musa mexicana, hizo prodigios de elaboración retórica. La monja del Castillo dejó en Tunja, de la Nueva Granada, manuscritos que reflejan una imaginación cultivada y fértil hija de la doctora de Ávila. A un concurso literario se presentaron, en la capital de la Nueva España, trescientos poetas.

Ese era el panorama que me enseñaba la vida, el impulso que me daba la escuela. En medio de esas dos fuerzas apenas podía decirme. El estupor de ver surgir un mundo mueve al hombre a dejarse arrastrar por cosas que están fuera de sí. Las tres artes del bachillerato: la gramática, la retórica y la filosofía, es decir el latín, el arte del discurso y la lógica, habían señalado el primer rumbo. De doce a catorce años salí iniciado para estudiar leyes, letras o teología. El paso siguiente no podía ser sino la cátedra sagrada o la academia.

—En la noche, desvelado, hacía ejercicios espirituales de introspección. Sobre la voluntad puesta en blanco, se proyectaban las admoniciones del confesor, pero se insinuaba, dentro de mí, una fuerza, mi sustancia más íntima, como un poder extraño. Algo que miraba con horror, pero que no podía dejar de ver; que no era malicia, que me dictaba palabras sueltas, pecados que se movían a tener una determinación propia. Me encaminaba, no sé

como, hacia una liberación.

Con los grandes recursos creados por los maestros de la Iglesia para escarmenar la conciencia, no alcanzaba a explicarme el hecho. Era un pecado distinto de los demás. No de los que perdona el confesor. Algo me hacía sentir que mi cabeza era mía, y la fijaba sobre mis propios hombros.

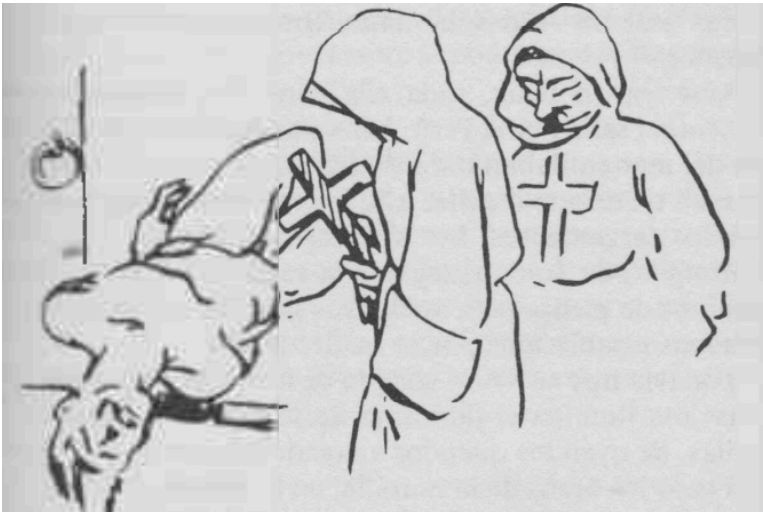
Místico, crédulo, idólatra, lo refería todo, aun las más menudas acciones, a un punto lejano, ultraterrestre: a una estrella remota, que era mía. Debajo de las barbas del confesor —hombrote que conocía de pies a cabeza— conversaban mis voces interiores con la estrella. El padre era humano: trascendía a cebolla; era intrigante: había hecho suciedades para disputarse la cátedra. Esto quiere decir que, siendo católico, me hallaba familiarizado con lo santo: lo tocaba como casulla de raso. Padecía delante de Dios, me recogía en el confesionario; pero robaba vino de consagrar y me ponía en secreto estolas y roquetes.

Iba así creciendo la ambición. Yo, americano, también podría llegar a maestro con mejores títulos que los otros. Estaba en mi tierra, con mi pueblo. Jamás hubiera llegado a pensar en la emancipación política; ése fue otro huevo; extraño al nido intelectual de aquellos tiempos. Pero tenía conciencia de estar más cerca que nadie de mis gentes. Podía aventajar al español, cuya ciencia y mañas me eran conocidas. Pensando de este modo, iban conmigo Bernardino Almanza, que, nacido en Lima, ocuparía el arzobispado de Santa Fe; fray Juan de Arginao, también de Lima, o Arias de Ugarte, natural de Santa Fe, que coronaron la misma ambición.

Tomaban cuerpo las “muy nobles y leales” villas y ciudades. Las casucas blancas, de techo de palmilla, cedían el campo a mansiones de calicanto y teja. Las calles se

iban alargando, convidando a las gentes del campo a venir a la plaza. Yo sentía ese creer mudo, ese desbrozarse de las campiñas, ese desenvolvimiento urbano que iba modelando una sociedad nueva. América era barro mojado de alfarero, semilla, carne morena de sol y viento, anuncio, promesa, levadura, harina amasada, descubrimiento, vida, hora de la alborada.

¡No en vano estaba una juventud al borde de esta génesis! ¡Qué de rumores más secretos! ¡Qué de músicas con anhelo de desatarse en canciones! Yo sentía esto como una revelación, desde mi celda, al recogerme después de la cena y el rosario. Los padres me ajustaban dentro de una vida formal; solicitaban todas mis horas para los ejercicios de su educación, atestada de ritos, palabras, repeticiones; ceremonias que reducían almas e inquietudes a un mismo denominador de actos comunes. Todos, en apariencia, nos sumábamos como cifras de un valor igual; hacíamos las mismas venías. "Ellos" no tomaban las horas. Nosotros salvábamos los minutos. Minutos de claridad desusada, cuando, en vez de dormir, velábamos sobre el filo de un rayo de luna. Como la tierra que empezaba a removerse, me preparaba para la vida. La vida fecunda, activa, creadora. ¡América iba a ser mía!



VIII
Los inquisidores

Del abuso con que se introducen en el Reyno los libros extranjeros sin la precaución correspondiente, por no observarse como conviene la ley hecha por mis antecesores los Reyes Católicos, de gloriosa memoria, se han seguido los inconvenientes y perjuicios que acaban de tocarse en la nueva "Enciclopedia metódica", impresa en francés: y para atajar por punto general el desorden experimentado en dicha introducción de libros extranjeros he resuelto: ...

DON CARLOS III

Sobre las costas del Caribe —mar que sacude entre sus alas mariposas del Muzo— edificaron los españoles una ciudad de piedra: Cartagena de Indias. Piedra rubia y brava, donde se rompía la quilla de las goletas piratas y se

¿usuraban los horizontes de América.

España no podía tener puertos en América: necesitaba puertas. Puertas de fuertes para tirarlas contra las narices de los marinos ingleses, para que los americanos vivieran bajo llave. Era el control absoluto que hacía sentir, hasta en < I corazón de los Andes, la mano firme del gobierno central español.

América no tenía, toda ella, sino dos o tres puertas Argentina salía por el Perú. Las velas dispersas en las Hanu ras del mar enfilaban todas hacia un mismo sitio y se recogían en un mismo muelle. Allí, los censores del rey espulgaban los cargamentos. Los arrieros de Chile, del Potosí, de Antioquia, de Sonora, seguían la raya interminable de los caminos de piedra para vaciar sus sacos en las tres o cuatro aduanas establecidas por la madre patria.

Todavía hoy se oye el vocerío de las carabelas, cuando la luna alta ilumina el fantasma de piedra de Cartagena de Indias. Se oyen los quejidos apagados de los negros vendí dos bajo los arcos de la muralla, en la Puerta del Reloj; los rezos de los frailes, que hacían sonar las cuentas de hueso de sus rosarios; las palabrotas alegres y groseras de los mari nos, que pedían agua fresca para humedecer la garganta; el hervir de las mujeres, que sentían las primeras caricias de la playa ardiente y sensual.

Esclavos, mujeres frailes, marineros, oro, libros, quinina, cacao, contribuciones y pasaportes —lo que entraba y lo que salía— pasaban por la puerta estrecha, escrutados por ojos suspicaces y miradas agudas.

Cartagena era una de las tres puertas en la fortaleza que dominaba un mundo cuyos límites se perdían en el panorama de la imaginación. Estaba cubierta de almenas,

defendida con cañones y soldados. Surgían castillos —islas de piedra y pólvora— mar adentro.

El rey no quería controlar sólo los bienes materiales, sino las ideas, los libros, las conciencias. La aduana sería, además, espiritual. Cartagena, imponente, se resumía en la puerta bien labrada de un palacio.

Una puerta como entrada de catedral, con viñeta de piedra, serpentinas de piedra, escudos de piedra. Las palmas de la plaza mecían la sombra de sus abanicos sobre la fachada. Debajo estaban, en la cantera de la arquitectura, los relieves firmes que vaciaba el sol. ¡Sol de Cartagena, mocetón rubio que aprieta entre el puño de su mano azul un cincel de fuego!

Puerta dura. Puerta señera.

Puerta del palacio de la Inquisición.

—Nos sentíamos oprimidos. La rebeldía interior desbordaba en palabras que no podíamos mantener prisioneras. Unos a otros, andábamos confiándonos descubrimientos, adivinaciones, secretos. Vivíamos vigilados bajo un régimen de terror. A una palabra libre, espontánea que se nos oyese, se le buscaban raíces de blasfemia. Había amenazas, espionajes, cosas prohibidas, resplandores de llamas purificadoras.

Al lado del temor estaban los secretos de la tierra solicitándonos. Estudiar era desafiar a los clérigos que usufructuaban el poder. La investigación de los fenómenos elementales de nuestra vida y nuestro mundo sólo podía hacerse en plano de heroísmo. Esto nos redujo a minorías. Luchábamos en íntimos refugios. La legión de los prudentes se recogía en posiciones menos expuestas.

La filosofía de los maestros del seminario no servía para el nuevo paso que íbamos a dar en el descubrimiento de América. Necesitábamos métodos nuevos, que nuestros

mentores miraban como desconocimiento de su ciencia, como renegación que desafiaba el orgullo de sus ignorancias. Y para darnos susto, al caer de la tarde, se paseaban por el atrio de la catedral en amistoso coloquio maestros de la universidad y agentes del Santo Oficio.

—Recuerdo cuando llegaron los inquisidores. Ese día se vistieron de gala las ciudades. Los cañones tronaron salvas de bienvenida. Las campanas echaron a vuelo sus más alegres anuncios. Virreyes y gobernadores se dirigieron en carrozas a recibir a los recién llegados. El arzobispo hizo lo propio a la cabeza de las órdenes y la clerecía. Los oidores asistieron con traje de golilla y esclavos. Los oficiales del Santo Oficio debían recibirse con todo el ceremonial prescrito por Felipe III.

Estábamos en el deber de alegrarnos, y nos entusiasmó aquel bullicio inusitado. El nuevo tribunal venía para que mar brujas y desterrar esclavos berberiscos, moriscos e hijos de judíos; gentes que no nos importaban y que mirábamos desde antes con fastidio. Necesidades políticas y sociales de la época. No entrábamos a discutirlas. Son cosas que ahora hacen las leyes de inmigrantes, los jueces en materia penal.

En la Iglesia mayor se celebró el *Te Dum,* con largo sermón elogiástico. Las Indias Occidentales daban gracias al Creador y a la Corona española, por haber enviado policía tan necesaria. Sobre la paz de todos los días, éste que la Corona declaraba de fiesta y era de alboroto y bullicio en la colonia, había de pesar luego sobre nuestra memoria como la alegre bienvenida que dimos a uno de nuestros grandes estorbos del futuro.

—Como todos los hombres providenciales que llegaban de España, y que en la misa mayor tomaban asiento con

prosopopeya en sillas de oro y terciopelo, los inquisidores mostraron bien pronto ser individuos de la misma sustancia corporal de que estamos amasados nosotros. Eran de carne y hueso. Tenían estómago. Eran empleados con salario, a órdenes de la Corona. Peleaban sus jurisdicciones con los rectores de la universidad, con los abogados de la Audiencia, con las dignidades de la Iglesia. Eran trabajosos para pagar sus cuentas. Tenían vagas ideas sobre el respeto a la propiedad ajena. Y comían carne de res.

Eso es así: comían carne de res. Don Felipe IV lo había dispuesto y ellos lo habían aprovechado. Estaba escrito en las leyes:

«De las reses que se mataren en las carnicerías para el abasto común, se den a los Inquisidores y Ministros todas las semanas los despojos de diez reses, con los lomos de ellas, repartiendo a cada uno de los inquisidores dos despojos; al Alguacil mayor y Notario del Secreto, uno; al Receptor y Notario del Secreto, otro; y lo demás para los pobres presos de las cárceles secretas de la Inquisición; y sólo a lo referido, y no a más, tenga derecho el tribunal, lo cual se les ha de dar por sus precios, como a los demás, sin dar lugar a que sus criados tomen los despojos para revenderlos.»

—La hoguera fue una de las posibilidades en que corrió peligro de caer el hombre libre. Pero no era esto lo ordinario. La hoguera se encendía de manera casi metódica para extranjeros y brujas. Nosotros teníamos el catolicismo registrado, pegado a los papeles de familia, colgado a la cabecera de la cama, afirmado con misa y comuniones. Pero si la hoguera no tocaba con nosotros, en cambio sentíamos la opresión espiritual. Empezábamos a comprender que esa puerta cerrada de Cartagena detenía

muchas cosas de las que queríamos conocer. Nuestras ideas mismas, nacidas en el recogimiento y el silencio, eran estorbadas, perseguidas.

La Inquisición, en ese sentido, no era sólo el Tribunal del Santo Oficio. La Monarquía, la Iglesia, la Universidad, todos los organismos sociales conspiraban contra nosotros. Los frailes del Santo Oficio obraban como instrumento de las fuerzas reaccionarias. No eran ellos quienes formulaban las amenazas, sino los rectores que nos amenazaban con ellas. No eran ellos los espías, sino las masas conservadoras, que se hacían mil ojos para prestarle al tribunal un servicio zahori; servicio que el tribunal mismo no solicitaba. Los inquisidores se hallaban cara a cara con un pueblo adolescente, sin vicios, ingenuo, lírico. No tenían trabajo. Sus expedientes resultaban insignificantes al lado de la Inquisición europea o de las quemas de brujas en Estados Unidos. Pero, como organismo subalterno del espíritu conservador, la institución era el peñasco suspendido sobre la pendiente: podía rodar en cualquier momento al impulso de un puntapié y aplastar al incauto desprevenido.

Dos veces fue acusado José Celestino Mutis, a cuyo alrededor se agrupaba la juventud independiente de la Nueva Granada, por enseñar el sistema de que la Tierra se mueve alrededor del Sol. Dominicos y agustinos atacaban al profesor porque sus palabras eran contrarias a la fe católica. Mutis anduvo a corta distancia de ser condenado por el Santo Oficio. En públicas demostraciones el tribunal lo ponía frente a las dos órdenes y lo obligaba a una peligrosa defensa de teorías bajo el ataque furioso de los silogisticadores. Después de Mutis, cuando Juan Francisco Vázquez intentó desde su cátedra enseñar las teorías de

Copérnico, el rector lo hizo callar, porque el sistema era «contrario abiertamente a varios expresísimos textos de la Sagrada Escritura y estaba condenado por la Sagrada Congregación».

A todo lo largo de América se repetían las mismas dificultades. España no aceptaba el sistema de Copérnico. Y esto, que apenas suscitaba escaramuzas en la Península, en América adquiría proporciones de tragedia. En América se estaba "haciendo" la ciencia geográfica con más asiduidad que en Europa. Los estudiantes del Nuevo Mundo trabajaban en un terreno más propicio para apasionarse en investigación semejante.

En Salamanca el profesor de Matemáticas, en la mitad del siglo XVIII, negaba de plano el sistema de Copérnico. Diego de Torres, quien leía el curso, decía en su libro de *la Anatomía de lo visible e invisible de ambas esperas'.*

«No faltan filósofos que les han dado tres movimientos al globo de la Tierra, además de los raros y frecuentes que padece con la violencia de los terremotos. Nicolás Copérnico puso dos movimientos: el uno, anuo, como si fuese uno de los planetas, diciendo que se movía alrededor del Sol, por la elíptica, según el orden de los signos, desde Aries a Tauro, cumpliendo su entera rotación en el espacio de un año, conservando lo paralelo de su eje en cualquier grado de la elíptica; el otro movimiento dijo que era diurno movimiento sobre su centro, y con respecto a la equinoccial, desde Poniente a Levante en espacio de veinticuatro horas».

A esta exposición de don Diego:

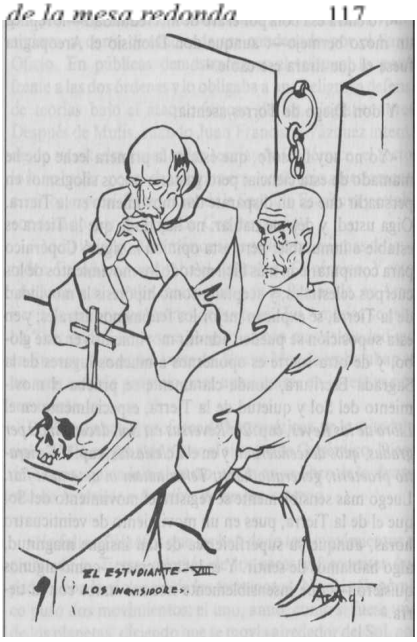
«No entra esa bola por el aro de mi credulidad —le replica un mozo bermejo—: aunque don Dionisio el Areopagita fuese el que tirara ese cable.»

t

Y don Diego de Torres asentía:

«Yo no soy filósofo, que ésta es la primera leche que he mamado de esta ciencia; pero gastaría pocos silogismos en persuadir que es un disparate dar movimiento en la Tierra. Oiga usted, y déjeme hablar: no hay duda que la Tierra es estable e inmutable; pero esta opinión la siguió Copérnico para computar con más fácil método los movimientos de los cuerpos celestiales; y aceptada como hipótesis la movilidad de la Tierra, se explican mejor los fenómenos astrales; y en esta suposición se pueden admitir movimientos en este globo, y de otra suerte es oponernos a muchos lugares de la Sagrada Escritura, donde claramente se prueba el movimiento del Sol y quietud de la Tierra, especialmente en el *Libro de los Reyes,* cap. 20: *Reversas est Sol, decent Uncís per gradus, quos descenderant',* y en *e\Eclesiastés,cap.* I: *Generado praeterit; generatio habit; Terra autem in aeternum fiat.* Luego más sensiblemente se registra el movimiento del Sol que el de la Tierra, pues en un movimiento de veinticuatro horas, aunque su superficie sea de tan insigne magnitud, algo habíamos de sentir. Y es locura creer —como algunos quisieron— que insensiblemente nos movemos con la tierra.»

Hasta aquí el insigne maestros de la Universidad de Salamanca. Pero a tiempo que a los estudiantes de la Península no les entraba la bola de Copérnico por el aro de su credulidad, a los de América ya no les cabía en la cabeza Ptolomeo.


EL ESTUDIANTE - VIII
(LOS INCONSIDERADOS)

—Adoptó la Inquisición, o la Corona, o el conservadorismo, el programa mínimo de impedir la entrada de ciertos libros a las Indias. Libros corrientes en España no podían leerse en el Nuevo Mundo.

Para que se aprecie la gravedad de esta prohibición debe pensarse que en América había ya gran acopio de libros, traídos por virreyes y arzobispos, frailes y oidores, y aun algunos aventureros y comerciantes que solían gustar de lecturas liberales, o libertinas. Las bibliotecas privadas eran en las colonias tan grandes como las de España. Se había formado la costumbre de leer, entre gentes de cierta educación. El ocio en que la vida pobre y retirada sumía a las gentes estimulaba el amor a los libros. Entonces, la Corona, los inquisidores, el conservadorismo, empezaron a dosificar el papel impreso.

Al llegar un buque de España era inspeccionado minuciosamente para evitar que entrase ningún libro de contrabando. No era sólo filosofía o política lo que estaba prohibido. Hasta las novelas se condenaban:

«Porque de llevarse a las Indias libros de romance, que traten de materias profanas y fabulosas e historias fingidas —se ordenó desde tiempos del emperador don Carlos—, se siguen muchos inconvenientes: mandamos a los Virreyes, Audiencias y Gobernadores que no los consientan imprimir, vender, tener, ni llevar a sus distritos, y provean que ningún español ni indio los lea.»

Editar un libro era empresa más difícil que descubrir América. Los manuscritos tenían que viajar muchas veces hasta España y se perdían pasando de mano en mano por tribunales y censuras. Cuando se daba licencia para

editarlo ya el autor había fallecido. Así desaparecieron preciosos manuscritos, se puso coto al deseo de escribir, se convirtió la imprenta en inútil tentación o anhelo.

Se ha dicho que si Cervantes hubiese hecho el viaje a América, como fue su deseo, quizás hubiera escrito *El Quijote,* pero no se habría publicado. Comido de la polilla, como los *Ratos de Suesca* de Quesada, se hubiera vuelto polvo el manuscrito. La juventud intelectual que salió de España hacia América, y que en muchos casos representaba lo mejor de la Península, poco dejó: buena parte de su obra se la tragó la maquinaria política de la colonia.

Algunos manuscritos, como *El Carnero,* de Rodríguez Freile, tardaron dos siglos en publicarse. Otros, como los famosos álbumes botánicos de Francisco Hernández, que en dieciséis volúmenes encerraban la más preciosa descripción de México, quedaron arrinconados en El Escorial hasta que el fuego dio cuenta de ellos una noche. La obra de Mutis hace siglo y medio está inédita en los archivos de Madrid.

—No se permitía la publicación de romances o historias fabulosas; los trabajos científicos quedaban condenados al papeleo de la administración pública, y sobre todas estas circunstancias pesaba para los trabajos geográficos la política de mantenerlos en secreto. España estaba contagiada de la idea de la época: no revelar nada a las potencias extrañas. No se dejaba llegar a extranjeros. No se publicaban las relaciones. Cualquier rey gotoso del Escorial se reservaba el derecho de poner fuera del comercio de las ideas mundiales un continente más extenso que Europa y poblado en buena parte por gentes de su propia raza.

En resumen: la universidad nos presentaba una

perspectiva falsa de la ciencia, nos desligaba de las ideas en que se organizaba el pensamiento europeo; la colonia, en seguida, seleccionaba los libros al gusto de la Inquisición, y finalmente, la obra de búsqueda personal, la del propio ingenio, o carecía de estímulos o era castigada de plano.

La historia de cómo volaron las juventudes por encima de esta triple muralla se confunde con la revolución que definió el espíritu de América.

Los sabios

Sin embargo de lo dispuesto en la Real cédula de D. Carlos III, habiendo acreditado la experiencia que el celo infatigable de los Ministros del Santo Oficio no alcanza a contener los irreparables perjuicios que causa a la Religión y al Estado la lectura de malos libros, porque la multitud de los que se introducen de los Reynos extranjeros, y la codicia insaciable de los libreros hace poco menos que inútiles sus tareas en este tan importante punto; y urgiendo poner remedio a este desorden, he resuelto para atajarle...

DON CARLOS IV, en Aranjuez

La universidad española fue creciendo hasta formar un verdadero Estado dentro del Estado. Detrás de sus murallas, Salamanca constituía un mundo aparte, con intereses distintos, desligada —por sus fueros— del gobierno de España.

No era sólo mundo aparte para escasos intelectuales que buscaran las letras por vocación y placer, sino refugio de gentes bajas o simples artesanos que se acogían a las escuelas para eludir la justicia ordinaria.

Mozos y adultos que se hallaban cargados de deudas o a quienes se perseguía por abusos y escándalos volaban a Salamanca a matricularse como estudiantes para gozar del privilegio de ser juzgados por el juez de estudios. Sastres,

boticarios, encuadernadores, zapateros de Salamanca, se registraban, si no con el mismo objeto, al menos para quedar a nivel con los demás en caso de disputas. En el siglo XVI, de cincuenta mil habitantes de Salamanca, ocho mil eran estudiantes.

La universidad, en medio de estos atrasos, era formidable laboratorio humano.

Cuando la Corona advirtió el hecho y quiso reaccionar, se encontró con intereses ya creados que no se dejaron vencer de primer momento. Se impusieron limitaciones a la justicia escolar, que por los términos en que están concebidas muestran el extremo de tolerancia a que se había llegado. Para que los demandados por los universitarios no tuviesen que responder en Salamanca por sus actos, debían vivir a más de cuarenta leguas de la ciudad. Sólo podría el estudiante acogerse a la justicia de la universidad después de haber asistido a las clases por espacio de un año.

Reflejos de esto, en reducida escala, se proyectaban sobre las escuelas de América. Habían sido trazadas según anteproyectos en que los fundadores parecían legislar para plan- tales destinados a la plegaria, pero las circunstancias hicieron que se desarrollaran como todas las empresas movidas por intereses humanos. Las cátedras —uno de los empleos mejor remunerados en la naciente burocracia—daban ocasión a oposiciones en que se apelaba al soborno y a las más imprevistas componendas. Don Felipe III reaccionó contra la costumbre de los sobornos en una ley de 1618.

«Porque es justo —decía— desarraigar tan perjudicial vicio como sobornar votos en oposición de cátedras: mandamos que antes de que se dé la cátedra por vaca, ni

comiencen a leer los opositores, nuestros virreyes de Lima y México nombren un persona que de oficio averigüe quiénes son los que cohechan, o son cohechados, o los que dan o reciben, aunque sean cosas de comer o beber, en poca o mucha cantidad, de forma que así los opositores como los votos tengan entendido la averiguación y castigo; y asimismo hagan que se averigüen y castiguen cualesquier monopolios —y que de éstos también había mucho, porque cada Orden trataba de acaparar el mayo/ número de cátedras o salarios—, conciertos o ligas que se hicieren entre los opositores a fin de acomodarse y dar lugar los unos a los otros...», etc., etc.

El personal era demasiado arisco para que pudiera sujetarse fácilmente. Una cátedra se definía como culminación de la intriga.

No son tan dramáticos los esfuerzos que hizo la Corona para devolverle su prestigio a la universidad como los de ciertos mozos empeñados en buscar nuevos fundamentos del saber. Estos son los precursores de la revolución universitaria en América. Su obra marca la primera etapa de nuestras inquietudes.

Ellos, en esta jornada, no tratan sino de salvar los derechos de la ciencia. No persiguen reformas sociales o políticas. No discuten la monarquía. No se lanzan a la liberación de los pueblos. Siguiendo los impulsos de su tiempo, necesitan comprometerse en causas trascendentales, vecinas a la metafísica del Seminario. Van a apoderarse de América por el conocimiento de su naturaleza. Van a escribirla historia natural del Nuevo Mundo.

El estudiante de la colonia, siglo XVIII, evoca:

—Los maestros de nuestro tiempo afirmaban su

sabiduría en el discurso, minuciosamente trabajado para asentar equívocos y mentiras que nosotros no podíamos tolerar. Estábamos aburridos de divagaciones. Buscábamos algo más sólido para nuestras verdades. A la metafísica opusimos las matemáticas: reacción directa y agresiva. Quisimos reducirlo todo a medidas exactas. Comprobar experimentalmente afirmaciones gratuitas, acabar con el embuste y la superchería.

No podíamos romper dentro de la escuela las estrechas disciplinas a que se nos sujetaba sin piedad. Francisco José de Caldas, de Popayán, fue remitido adolescente al Seminario de Santa Fe para que estudiara leyes. «Me encerraron —decía— en uno de esos colegios en que no se veía otra cosa que desatinos de *materia prima;* me pusieron a Vinio en las manos, pero yo no había nacido para jurisconsulto; a pesar de los castigos, reconvenciones y ejemplos, no le pude toma i gusto a Justiniano, y perdí los tres años más preciosos de mi vida. Así que recobré mi libertad por medio de un grado quino exige conocimientos, me restituí a mi lugar». Su lugar eran las ciencias: levantamiento de mapas, datos astronómicos, ¡medir la altura de las montañas!

Los estudiantes salían al campo, armaban telescopios, se hacían sabios. Caldas fue el de la Nueva Granada. Tuvimos sabios en toda América, y quienes venían de Europa nos encontraban poseídos de un deseo dramático de saber, armados con métodos, herramientas y disciplinas de nuestra propia invención.

Aquello tenía algo de ingenuo. Deambulando solos en la noche blanca, por las aldeas que eran nuestras ciudades, o tirados sobre la falda de los montes, contraíamos rústicamente teoremas, y cada descubrimiento nos dejaba la sensación de haber hallado claves desconocidas para

descifrar el mundo. Urdíamos con nuestros propios recursos una ciencia que podía ser antigua de Europa, pero que para nosotros tenía el valor de una invención. Nos creíamos predestinados. La simple capacidad de descubrir por nosotros mismos una fórmula matemática determinaba nuestra carrera para el resto de la vida. El deseo de saber nos acercaba a los viajeros y libros de Europa.

En la época de la conquista los estudiantes tenían la curiosidad de encontrar el secreto que ocultaba un mundo apenas descubierto. En nuestro tiempo la curiosidad nos movía a encontrar el secreto de una ciencia quizá ya conocida, pero que nuestros profesores no podían enseñarnos. Esta barrera humana fue tiñendo del matiz más vivo nuestra rebeldía.

El misterio, la puerta cerrada —resorte sentimental en que las juventudes se han apoyado para lanzarse a la investigación— nos ha hecho más inquietos que a los estudiantes de países en donde el libre examen es ya institución civil. La curiosidad frente al misterio es, en la provincia de la sabiduría, femenina sutileza que pone a trabajar la mente sobre lo incierto y escondido, escudriñando intimidades apenas visibles para una pupila sagaz.

Siendo estudiante, o niño apenas, yo solía mirar de reojo al sacerdote en el momento de la consagración, con la esperanza de ver la llama del Espíritu Santo sobre su cabeza, como aparece en las pinturas místicas. Sentía el deseo de conocerlo todo: hata de ver a Dios y encontrarme cara a cara con el diablo. Las cosas misteriosas siguieron persiguiéndome en la adolescencia, en la madurez misma. La curiosidad científica era anhelo; más que anhelo: apetito de penetrar en el aposento prohibido, de descorrer velos.

El estudio de las leyes no ofrecía sorpresas: ya no tenía secretos. En la geometría, en la cosmografía vedada, sí, nuestra inquietud podía ejercitarse dentro de perspectivas sin término. Las grandes soledades en que se dilataban nuestras horas vacías eran molinos de viento en que íbamos moliendo ideas. No teníamos distracciones, ni espectáculos, ni periódicos, ni noticias: nada que nos alejara de nosotros mismos, nada que nos apartara del paisaje inmediato. Para ir de un pueblo a otro, a lomo de muía, reventando lodo en los canjilones de caminos que se doblaban sobre el espinazo de las montañas, se gastaban días y días, durante los cuales mirábamos y repasábamos el lejano perfil de las montañas y levantábamos mapas en la imaginación.

Nos creíamos individuos providenciales y suponíamos que el Seminario, al robarnos tres o cuatro años, había estafado a la república y privado a la ciencia de capacidades quizá únicas. Nos entregábamos con tal devoción al estudio, que producíamos en poco tiempo trabajos innumerables en geografía, agrimensura, astronomía, aritmética... y botánica, zoología, mineralogía. Parecíamos alelados en medio de nuestras investigaciones, zurdos en el amor, más incapaces en la vida de sociedad que los seminaristas, enredados en la impedimenta de las faldas.

—América, como materia de estudio en el siglo XVIII, era más interesante que en los propios días del descubrimiento. Sus riquezas estaban derramadas sobre Europa, pero seguían siendo desconocidas sus tierras. Los sabios querían tener copias de las flores, los árboles y los minerales; necesidad científica de escalar sus montañas, de sorprender los particulares de esa fauna de que se hablaba

en las relaciones de los cronistas, de buscar los orígenes de las razas de América y de mirarlas trabajando a la luz de una civilización cristiana.

América era un centro de interés.

España tuvo que ceder al impulso de esta curiosidad europea. En la propia Península se iniciaba un renacimiento bajo la influencia del conde Aranda, Campomanes, Floridablanca. La expulsión de los jesuítas impuso la necesidad de nuevos planes de enseñanza. La crítica que se había hecho a las escuelas de Loyola ponía de relieve la pobreza de los altos estudios en España y América. El resurgimiento se produjo a pesar de la desaprobación de Salamanca. La Corona, para no quedarse corta de iniciativas, organizó expediciones científicas. Se sumó a la corriente europea.

Entonces vino a América Alejandro Federico, barón de Humboldt. La llegada de Humboldt produjo una revolución espiritual. En torno a él se agruparon los jóvenes naturalistas del Nuevo Mundo. Se desarrollaron las Academias. Era el contacto europeo, la revelación científica. México, Perú, Nueva Granada, fueron escenario único para el genio del barón. No menos sorprendente que el espectáculo de la Naturaleza era el de aquellos muchachos que ofrecían al investigador sus carteras cargadas de anotaciones, datos, teorías.


EL ESTUDIANTE - II
LOS SABIOS

Pero si la Corona se resignó a permitir las investigaciones de Humboldt, los empleados que se habían formado en un régimen de temor y recelo temblaron ante la presencia del profesor extranjero. Por algún tiempo se imaginaron que el rey, al expedirle pasaporte, se había vuelto loco. Obedecieron las órdenes reales, pero enviaron espías que vigilaran al viajero. El gobernador de Cartagena lo dejó entrar bajo la promesa de que se presentara al virrey de Santa Fe. El virrey lo acogió con muestras de melosa hospitalidad, pero en seguida se dirigió a Madrid, poniendo de presente los peligros de una visita semejante. Decía el virrey en carta reservada:

«Como en los tiempos que alcanzamos sea de cualquier modo asunto delicado la internación a estos países de unos extranjeros hábiles e instruidos que en las mismas operaciones e investigaciones científicas, aunque las ejecuten con sincero fin, deben adquirir conocimientos que tal vez convendría reservar; sin negarme yo al cumplimiento de lo tan expresamente mandado por S. M.... me he propuesto estar a la mira de todos sus pasos y prevenir reservadamente a los gobernadores de los territorios por donde transitare ejecuten lo mismo, dándome aviso de cualquier cosa que observen digna de mi noticia; o tomando desde luego la providencia que tengan por precisa el mejor servicio del Rey, a cuya soberanía me ha parecido conveniente participarla.»

El pobre virrey tenía razón, estaba en lo cierto.

—Los estudiantes americanos se retratan en sus obras. Al llegar a México encuentra el barón a Velázquez, Gama y Álzate.

Álzate es animador de juventudes. Periodista, desde las

páginas de su *Gazeta* induce al estudio de las ciencias físicas. Hombre de actividad impetuosa, no pone límites a su trabajo.

Gama es un desconocido que se dedica a los más duros trabajos para no sucumbir al peso de la miseria. Surge, sin embargo, del fondo de sus afanes, con obras de la más fina calidad científica. A sí mismo se hace astrónomo, a sí mismo se instruye. Publica memorias sobre los eclipses de luna, los satélites de Júpiter, el clima de México. Hace un estudio sobre el almanaque y la cronología de los aztecas para devolver a la vida el genio de aquellos sabios astrólogos —más exactos en su tiempo que los europeos—, cuya obra fue quemada, sembrada de sal y maldecida por los sacerdotes cristianos de la conquista, que así, ingenuamente, pensaron servir a Dios.

Velázquez, es decir, don Joaquín Velázquez Cárdenas y León, es de todos el que más llena de admiración y pasmo a Humboldt. Su vida es, por sí sola, una novela. En él confluyen la ciencia de los aztecas y la de Newton. Su iniciador en astronomía es un indio: Manuel Asentzio. El nombre de este maestro oscuro, que dos siglos después de aniquilada su raza mantiene vivo su espíritu y lo pasea como llama para alumbrar la conciencia de lo más selecto de la juventud mexicana, debería conservarse en el libro de los símbolos de América. Asentzio instruye a Velázquez en todas las ciencias de su patria, le revela la historia de los aztecas, su mitología. Es la última iniciación en el culto de la nación vencida. El mozo, así impulsado, llega al colegio Tridentino de México. Allí no encuentra nada. No hay profesores, libros, ni instrumentos. El azar pone luego en sus manos las obras de Newton y Bacon. Velázquez vuelve con ellas sobre su propia ruta. Hace él mismo sus instrumentos de trabajo, construye su observatorio de

Santa Ana. Cuando el abate Chappe llega de Francia, se encuentra frente a un sabio que le predice los eclipses con exactitud, ha fijado los puntos del mapa, hace la más precisa observación del paso de Venus sobre el disco del Sol en 1779, confundiéndolos no sólo a él, sino a los astrónomos españoles Doz y Medina, con la perfección de sus trabajos.

Humboldt recuerda con emoción estos nombres. Con ellos, al publicarlos, afrenta el orgullo europeo y descubre la América humana, que seguía siendo, para los del Viejo Mundo, simple teoría de salvajes.

—Estos grupos de sabios que el barón sorprendía en México, los hallaba también en Guatemala, Venezuela, Perú, Nueva Granada; adondequiera que le llevaba su curiosidad le salía al encuentro la de sus discípulos en expectativa. Un mismo meridiano regía para todos los jóvenes de América.

En Santa Fe dio con José Celestino Mutis —príncipe de los botánicos americanos, le llamaba Linneo—, quien llegando a los Andes se colocó a la cabeza de un equipo selecto de muchachos. Estos muchachos realizaban las más estupendas labores. Eran todos mozos de América venidos de Quito algunos; otros, naturales de Santa Fe, Mariquita, Popayán. Es decir, de villorrios perdidos entre los pliegues de la cordillera ignorada. Unos trabajaban en la flora de Bogotá: otros, en la fauna cundinamarquesa. Jamás —decía Humboldt— se ha hecho colección alguna de dibujos más lujosa, y aun podría decirse en más grande escala.

Allí estaba Francisco Javier Matiz, pobre como el Gama mexicano, a quien el barón dio el título del "mejor pintor de flores del mundo". Lozano que, en cambio, dejaba de

lado una vida regalada de riquezas, para dedicarse a la clasificación de la fauna; Valenzuela, el discípulo predilecto de Mutis. Y Zea y Caldas.

La presentación de Caldas a Mutis es incidente ejemplar para describir a los sabios de entonces; no se sabe si mueve a risa o pasma por lo extravagante y significativo. «El resumen de mis trabajos —dice Caldas— se reduce a un herbario respetable de cinco o seis mil esqueletos disecados en medio de las angustias y de la velocidad del viaje; dos volúmenes de descripciones; muchos diseños de las plantas más notables, hechos de mi propia mano: semillas, cortezas de los útiles; algunos minerales; el material necesario para formar la carta geográfica del Virreinato; los necesarios para la botánica, para la zoografía; los perfiles de los Andes; la altura geométrica de las montañas má£ célebres; más de 1.500 alturas de los diferentes pueblos y montañas, deducidas barométricamente; un número prodigioso de observaciones meteorológicas; dos volúmenes de observaciones astronómicas y magnéticas; algunos animales y aves. Con este material, contenido en diez y seis cargas, me presenté a Mutis.»

—Humboldt no vacila en hacer los mayores elogios de nuestros sabios. Fueron sus elogios justos y sinceros, y en el alma de aquellos oscuros estudiantes vibró la ambición con intensidad rayana en la locura. Se prepararon generaciones que desbordarían por sobre los diques de la colonia. El receloso virrey tenía toda la razón...

Por otra parte, los éxitos de las misiones botánicas eran una realidad. Mutis descubrió las quinas de la Nueva Granada; José Pavón e Hipólito Ruiz, las del Perú y el Ecuador, y las quinas fueron riqueza imprevista que llenó las cajas reales. Un nuevo Dorado nacía bajo las manos

con ojos de los sabios. Durante años no se habló sino del prodigio. Ruiz publicó en Madrid su *Quinología.* Pavón la *Nueva Quinología;* Caldas *Chinchona.* «Mi grande obra en que la Quina se presenta bajo los aspectos más nuevos y grandiosos». Las juventudes quisieron leer en el alfabeto de las hojas. Se acercaban a los indios para incorporar a la nueva ciencia sus rústicas verdades. Alguno supo por ellos de cierta hoja que servía de antídoto contra el veneno de las serpientes. No dudó en experimentar el prodigio en sus propias carnes. Toreó a una serpiente, se hizo morder y delante de sus compañeros restregó las hojas sobre la mordedura.

Para hacer estudios sobre la Naturaleza había que proceder con valentía. Algunos de los sabios eran ásperos, silenciosos. Otros, alegres e impetuosos. Todos capaces del sacrificio. Ninguno temeroso del peligro. Los europeos más intrépidos llegaban al trópico y encontraban la muerte a cada dos pasos. A los estudiantes de América nos divertía La Condamine hasta hacernos desternillar de risa cuando, al resumir la suerte de los astrónomos europeos que habían tomado parte en las medidas de la tierra, usaba de los más fúnebres términos, o al referirse a los viajeros que lo acompañaron al Ecuador, decía:

«Couplet, el más robusto, fue arrebatado de fiebre maligna en Quito; Seniergués fue asesinado por la multitud en una corrida de toros; Bourger se quedó frío eh un acceso del hígado; Gourdin, al regresar a Europa, no lo sobrevivió dos años; Morainville se cayó de un andamio cefea de Riobamba, y se mató; del señor Hugo "hacía más de quince años que no tenía noticias".»

—Lentamente se avanzaba hacia el nuevo conocimiento de América. Los sabios hallaron otro continente por descubrir. Se ignoraban las distancias. De su población se habían hecho cálculos fabulosos: los primeros cronistas presentaban naciones de indios con millones de habitantes en unas leguas cuadradas; los que vinieron luego apuntaron cifras tan miserables, que nadie acertaba a explicarse la disminución. A la aritmética política se agregaron razones y leyendas que permitieran justificar tanto los cálculos primitivos como los más recientes. Se le dio un valor más grande del justo a la viruela o al vómito negro. Aún hoy se atribuye a la mugre de los conquistadores efecto de vaho mefítico capaz de exterminar en proporciones geométricas imperios chinos.

En ninguna parte del mundo se había contado bien. Parece que los censos andaban desprestigiados desde tiempos de Herodes. En los países nuevos aquello era apenas creíble. Cook dio cien mil habitantes a la isla de Tahiti; los misioneros protestantes, en seguida, 49.000; luego 16.000 el capitán Wilson, y Turnpull pudo probar, momentos después, una cifra cercana a 5.000. Es posible que al descubrir un pueblo, la sorpresa, el contacto inmediato, colocaran demasiado cerca del observador la población, y, vista en un primer término, apareciera más numerosa de lo que realmente era. Asunto de foco visual, de perspectiva.

No menos incierta era la posición geográfica de los lugares. Velásquez decía que antes de su carta todo México había venido poniéndose en el Mar del Sur. Caldas dijo:

«Tengo la satisfacción de haber fijado de un modo preciso la longitud absoluta y relativa de Quito y de haber sacado, por decirlo así, de sus antiguos quicios la carta de la Nueva Granada.»

Con la necesidad de precisar las cosas, que fue haciendo de nuestros sabios otros tantos matemáticos, vino la preocupación por los problemas abstractos. Se hicieron trabajos finos de astronomía que condujeron a eruditas disquisiciones. Esto, cuando la generación anterior y los grupos que ella había inspirado erraron entre un cúmulo de ignorancias, tenidas ahora por increíbles.

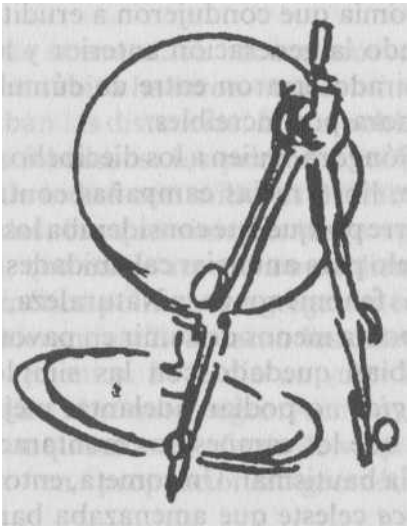
Sigüenza y Góngora, quien a los dieciocho años era matemático notable, libró recias campañas contra el flamenco Martín de la Torre porque éste consideraba los cometas como enviados del cielo para anunciar calamidades. En un mundo perplejo ante los fenómenos de la Naturaleza, la aparición de un cometa no podía menos de sumir en pavor a los pueblos. Quienes se habían

quedado con las simples luces de la *Summa Theologica* no podían adelantar mejor opinión sobre estas cosas que los campesinos montaraces, apenas pasados por la pila bautismal. Un cometa, entonces, no podía ser sino *vacaloca* celeste que amenazaba barrer las esferas superiores.

El combate más difícil de Sigüenza debió ser aquél en que tuvo por adversario a José Escobar. José Escobar, armado de sabiduría española, afirmaba que el cometa de 1680 se había formado de «la parte exhalable de los cuerpos muertos y del sudor humano.»

—El pueblo seguía con creciente curiosidad —y con temor— estas luchas. Los astrónomos escribían en periódicos de combate, se atrincheraban en las academias. América se fue llenando de academias, sociedades literarias, tertulia', científicas. La universidad conservaba la bambolla, las chirimías, los atabales. La academia tenía ambiente trascendental; era cenáculo de sabios, escuela de altos estudios.

Los estudiantes llegábamos a la academia orgullosos de nuestra ciencia joven y campechana, asidos de las verdades trascendentales, incorporados al cosmos, así se nos viera el helécho de los montes y la zurda rusticidad de la provincia.





X

Los obreros

Se habla de revolución y de que eso se debe desechar. Señor: yo siento no el que haya de haber revolución, sino el que no la haya habido. Las palabras revolución, filosofía, libertad e independencia *son de un mismo carácter: palabras que los que no las conocen las miran como aves de mal agüero, pero los que tienen ojos juzgan: yo, juzgando, digo que es un dolor que no haya en España revolución.*

JOSE MEJIA, diputado de Quito a las Cortes de Cádiz.

La reforma universitaria de América al finalizar el siglo XVIII, no fue calculado anticipo de estadistas ni de rectores visionarios. No indica que ellos hubieran previsto los desarrollos materiales de América. Sencillamente, se sometieron a la presión de las circunstancias.

Sólo sobre la base de una nueva economía podría sostenerse el imperio colonial. Ya no se contaba con rentas

regaladas, albricias del descubrimiento, ni la naciente burguesía se inclinaba a ceder sus ventajas al Estado. Era preciso fundar otra cosa, es decir, repúblicas que produjesen por el mejor aprovechamiento de sus recursos naturales.

A la Corona distante e incomprensiva sólo podía ocurrírsele montar impuestos sobre impuestos. Estancos, pechos, tributos, alcabalas, no eran sino manifestaciones de una política fiscal en bancarrota. El oro vició de pereza a la república española. Desaparecido el oro, no se pensó en soluciones por medio de trabajo, sino en hacer con el ocio un capital.

En la suma de las rentas coloniales valían diez millones el estanco de tabaco; y veinte millones y medio la alcabala, el almojarifazgo, los tributos y los derechos de pólvora, naipes, aguardiente, etc.; mientras que la amonedación y los impuestos a la minería apenas llegaban a ocho millones y medio.

¿Qué le importaba a la monarquía que las nueve décimas partes del oro y la plata del mundo saliesen de América, si esto no aprovechaba al Estado, si sólo enriquecía al duque de Monte Leone, al conde de la Valenciana o al obispo de Sonora? El estado estaba en la inopia, y si de un lado recogía un obispo ciento treinta mil piastras al año, del otro andaba un virrey como limosnero por las calles de los mercaderes, colectando donativos graciosos para movilizar a unos descamisados y defender a Cartagena de los ingleses.

Los virreyes que entraban en contacto con esta realidad comprendían la urgencia de buscar soluciones diferentes. El recargo de los impuestos no conducía sino a la revuelta. Los pueblos amenazaban insurreccionarse. Era preciso abrir nuevos canales al comercio, inventar nuevos géneros

de exportación.

Los sabios habían revelado que un estudio de los productos naturales de América podía conducir a resultados imprevistos. Las quinas ejercieron influencia milagrosa. De otro lado, los matemáticos, hechos ingenieros, eran capaces de abrir caminos, y emprender obras de aliento que redimirían la industria.

Si los virreyes se contentaban con apretar el tornillo de los impuestos, estallarían las colonias. Era preciso intentar algo distinto, y aceptar la reforma universitaria. Con silogismos y materia prima filosófica no se iba a ninguna parte.

—Sólo con una técnica adecuada, con aproximación científica, podían resolverse desde los menudos problemas de la administración hasta los proyectos más vastos en que empezaba a proyectarse la ambición de los gobernantes. La necesidad y la ilusión hicieron surgir preocupaciones definidas, como abrir un canal, trazar un camino que uniese los dos océanos. Los caminos se hallaban en tal grado de abandono, que para los exportadores de cobre de Chile, de quinas del Perú, pero más señaladamente para sacar de Guayaquil setenta mil fanegas de cacao, resultaba más barato dar la vuelta por el Cabo de Hornos que atravesar el istmo de Panamá, donde ni siquiera se encontraban bestias de carga en número suficiente para cruzar el istmo y llegar a las Cruces.

El virrey del Perú envió con todo sigilo una expedición a Chile para estudiar la proyectada comunicación entre los dos mares; el virrey de México la planeó por el istmo de Tehuantepec o el lago de Nicaragua, y los neogranadinos por el istmo de Panamá o el arrastradero de San Juan.

Geógrafos y estadistas alentaban la idea. Humboldt la

discutió con la más perfecta visión del porvenir, no sólo mostrando las conveniencias de Panamá, sino adelantando los pormenores técnicos de la obra y poniendo de relieve los peligros de que el canal quedase en manos de una sola potencia. Pedro Fermín Vargas presentó un plan para unir los ríos Atrato y San Juan por medio de un canal, y, más positivo que él, un cura hizo abrir de hecho el canal, de media legua de extensión, por el cual transitaron canoas hasta el año 1806, en que fue cegado. Así se pasó del Atlántico al Pacífico, por agua, ciento y pico de años antes de que Roosevelt cometiera su baladronada.

—La universidad colonial estaba vencida por las circuir, tandas. Los virreyes procedieron a la reforma y se la enmendaron a los únicos que podían hacerla: a los americanos.

Antes del nacimiento de la República, los americanos vinieron así a modelar la nueva universidad. Fue su primer obra. Y ellos tuvieron por primera vez, la sensación de presidir la formación espiritual de estos pueblos. Surgieron obreros competentes, que tenían la experiencia de sus hi chas, que habían captado en el ambiente juvenil la rebeldía, el espíritu de los números en oposición a la morfinomanía dc- las palabras.

Velázquez presenta a la corte el proyecto de la Escuela de Minas de México. Una escuela experimental, en donde se instalaron laboratorios, envidia de los viejos institutos de Europa. Los estudiantes construyeron aparatos de precisión. El sentido de la revuelta era tan hondo, que se denominó a la Química “la nueva filosofía”. Al amor de ese ímpetu se editó en la colonia la primera traducción de Lavoisier y se publicó la mejor obra de mineralogía de la literatura española.

De aquí, una vez más, Humboldt tomó pie para decir a

Europa que América tenía un valor científico tan grande como el suyo: América, es decir, la América nativa, cobriza, incógnita, en donde se estaba formando el fermento de la revolución.

La Escuela de Minas era escuela popular. La ciudad la amaba como no había amado a las otras, es decir: la amaba con hechos. Los ricos la dotaban de un palacio, hacían espléndidas dádivas para la compra de laboratorios, y regalaban dinero para adelantar investigaciones científicas. Los pobres le consagraban sus cerebros y sus vidas.

—No quiere esto decir que los americanos triunfasen fácilmente. Dice López de Gomara que, cuando se proclamaron en el Perú las leyes de Indias, los españoles "bramahan leyéndolas". Así ocurría en los viejos planteles filosóficos cuando los americanos, favorecidos por los virreyes, presentaban sus planes de reforma.

Don Francisco Moreno y Escandón era uno de estos obreros de la reforma, con cuyos proyectos no se avinieron los maestros de la derecha. A él correspondió hacer el nuevo plan de estudios para Santa Fe de Bogotá.

Don Francisco había nacido en el ardiente valle del Magdalena, turbia vena que recoge la savia de la República. Un cielo de porcelana, con nubes de armiño, había sido el campo azul por donde volaron sus pensamientos infantiles.

Mariquita —palabra de hoja de lata, juguete de palabra— era el nombre del pueblo. Estaba sentado sobre rocas. En la plaza se cruzaban indios que llevaban parejas de piñas, racimos de plátanos. El almíbar de las naranjas manchaba sus camisas de algodón. Los pies de las mozas elásticas caminaban sobre piedras que quemaban como candela. Afuera, en los senderos, culebras de anillos de

plata y coral, de cascabeles de hueso.

Aquélla era América. Allí no había virreyes ni audiencias; ni golillas ni pleitos. Allí don José Celestino Mutis sembró su jardín de plantas; Gonzalo Jiménez de Quesada tiró sus huesos; los pintores de Quito dibujaron la flora de los Andes.

Con este paisaje dentro del alma, Francisco Moreno entra al colegio de Santa Fe. Triunfa en concursos literarios, certámenes y provisión de cátedras. Asiste al debate en que Mutis derrota a los dominicanos y demuestra la teoría de Copérnico. En su mente cuaja una nueva fórmula para educar juventudes.

Se le nombra oidor. Cumple órdenes de Carlos III y expulsa a los jesuítas. Ante él se forma la tropa de los padres desterrados, que salen ya pensando en el regreso en torvo silencio. Cargados con morrales ligeros, de dos en dos, hacen formación en el patio del colegio, mientras las carabelas del rey los esperan tirando amarras en el puerto de Cartagena. Parten.

Amanece. El colegio conserva el encogimiento de las sombras. Las campanas de San Ignacio no llaman a misa Don Francisco Moreno y Escandón deja un vacío en las aulas, pero se promete llenarlo. Las beatas se santiguan, escandalizadas.

Lentamente se reajusta la sociedad cristiana y monarquita. Aunque haya vaticinios, supersticiones, escrúpulos en el pueblo, la sociedad se siente más libre a medida que las carabelas se pierden de vista en la bahía de Cartagena. Llega otro virrey, y con él se inicia la nueva universidad.

—Venga usted, don Francisco —le dice el virrey a don Francisco—. Usted tiene el sentido de América. Usted ha escuchado las enseñanzas de Mutis. Usted sacó de esta

tierra a los jesuítas.

Y don Francisco avanza, presenta su plan de estudios, abre las aulas bajo el signo del álgebra, paraguas que le resguarda del chubasco de silogismos, réplicas, distingos, insultos. Bramaron los rosaristas. Bramaron los teólogos. Bramaron los tomistas. El bramido se oyó hasta én las cortes de Madrid. Llegaron órdenes regias para suspender el plan de don Francisco. Pero de las aulas remozadas surgía ya una juventud hecha a las matemáticas, cuando se perpetró el triunfo de los bramadores.

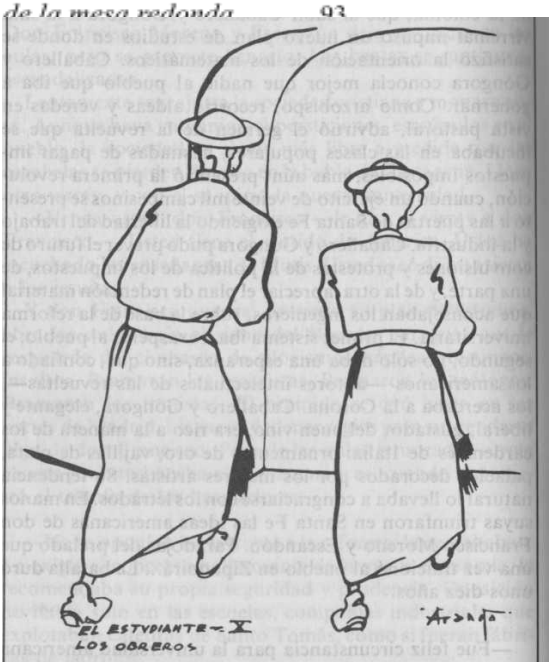
—No se oponían los virreyes a la reforma: la necesitaban. La exigía el concepto balbuceante de la nueva economía, la recomendaba su propia seguridad y prudencia. Oposición no había sino en las escuelas, compañías industriales que explotaban cátedras de Santo Tomás, como si fueran fábricas de ladrillos.

Contra Moreno y Escandón se pronunciaron los rosaristas en los términos más ásperos porque querían hacerse a las cátedras vacantes de los jesuítas. En las memoriales al rey dijeron horrores del oidor, increpándole hasta que fuese casado y tuviese hijos. «Las cátedras para los clérigos»: tal era la divisa de los escandalizados.

Pero tan indispensable juzgó la reforma la autoridad civil de la colonia, que al subir Caballero y Góngora a la silla virreinal impuso un nuevo plan de estudios en donde se satisfizo la orientación de los matemáticos. Caballero y Góngora conocía mejor que nadie al pueblo que iba a gobernar. Como arzobispo, recorrió aldeas y veredas en vista pastoral, advirtió el germen de la revuelta que se incubaba en las clases populares, hastiadas de pagar impuestos imposibles; más aún: presenció la primera revolución, cuando un ejército de veinte mil campesinos se

presentó a las puertas de Santa Fe exigiendo la libertad del trabajo y la industria. Caballero y Góngora pudo prever el futuro de convulsiones y protestas de la política de los impuestos, de una parte, y de la otra, apreciar el plan de redención material que aconsejaban los ingenieros, sobre la base de la reforma universitaria. El primer sistema iba a exasperar al pueblo; el segundo, no sólo daba una esperanza, sino que, confiado a los americanos —autores intelectuales de las revueltas—, los acercaba a la Corona. Caballero y Góngora, elegante y liberal, gustador del buen vino, era rico a la manera de los cardenales de Italia: ornamentos de oro, vajillas de plata, palacios decorados por los mejores artistas. Su tendencia natural lo llevaba a congraciarse con los letrados. En manos suyas triunfaron en Santa Fe las ideas americanas de don Francisco Moreno y Escandón. Paradojas del prelado que una vez traicionó al pueblo en Zipaquirá... La batalla duró unos diez años.

—Fue feliz circunstancia para la universidad americana que hubiese coincidido la fecha de la reforma, a raíz de la expulsión de los jesuitas, con la crisis económica de las colonias. Se impusieron planes de estudio positivos inspirados en el pensamiento americano. El Estado y la juventud triunfaron sobre un organismo conservador que en otras circunstancias no se hubiera dejado vencer.


EL ESTYDIANTE = X
LOS OBREROS

La universidad colonial era retardataria, inactual. Decir esto, y que era miope, no es rebajar sus méritos, no es usar términos agresivos, no es insultar al espíritu que ella personificaba. La universidad colonial era como todas las de su tiempo. No constituía una excepción en el mundo. Llamarla conservadora es describirla.

Dentro de las circunstancias, las escuelas coloniales no podían, no debían ser otra cosa. Reflejaban el espíritu de la Península, de Salamanca, de Europa: de la burocracia de la cultura.

Las universidades enseñaban la verdad corriente; la verdad corriente era, por ejemplo, que el Sol giraba alrededor de la Tierra. Verdad de siglos, que saltaba a la vista y podía fundamentarse no sólo en el sentido común, sino en los textos absolutos de la Sagrada Escritura. ¿Por qué la universidad iba a asumir la obligación de enfrentarse contra la ciencia probada y sabida, para meterse en aventuras inciertas, tal vez impías?

Los estudiantes de hoy se asombrarán de que la universidad estuviese empeñada, en México, Santa Fe, Lima o Córdoba, en demostrar que el Sol giraba alrededor de la Tierra. Pero no se detienen a pensar en que lo contrario era entonces una aventura de la inteligencia, en la cual no podían comprometer su autoridad quienes tenían conquistada fama de sabiduría. Es demasiado reciente el cambio de que se haya puesto a girar la Tierra alrededor del Sol: no tiene doscientos años. Ni en América ni en Europa iba a ocurrir en 1700 un trastorno tan grande en las ideas.

Apenas la juventud temeraria, sin nada que perder, se adelantaba a tantear nuevas hipótesis y trajinar con teorías que venían de Francia. La juventud, o esos raros maestros

que estudiando enseñan. La universidad, como organismo corriente, no estaba organizada para revisar conceptos: no podía hacer otra cosa que repetir verdades probadas por el tiempo, ideas antiguas, para llevar la antorcha del saber de las generaciones pasadas a las que apenas surgían. La universidad podía lavarse las manos y decir a los nuevos: lo que viene queda por cuenta de ustedes.

Para revisar conceptos era preciso establecer contactos con la vida. La universidad no los tenía. El usufructuario de la inteligencia se aislaba en los claustros para proyecta i afirmaciones ajenas. La ciencia, en tanto, adquiría movilidad pasmosa. El éxito de una investigación justificaba las demás. Los buscadores de verdades nuevas vivían de hallazgo en hallazgo, envalentonados con triunfos sucesivos. Toda comprobación incidental daba a las rebeldías anteriores consistencia de legítimas afirmaciones. Desde entonces, no hay nada que envejezca tan pronto como la universidad. Las universidades entran en senectud que siempre parece prematura. Son los organismos sociales más accesibles al artritismo. Apenas ahora las juventudes han querido remozarlas, anticipadamente, creando dentro de ellas organismos de revisión.

—El ciclo de la universidad colonial queda cerrado a fines del siglo XVIII y la universidad americana surge antes de que en las colonias se proclame la independencia política. La universidad de la colonia queda definida en sus fundadores: fray Critóbal de Torres, fray Bartolomé Lobo Guerrero, fray Tomás de San Martín, fray Fernando de Trejo y Sanabria. Estos nombres son variaciones de un mismo santoral y aparecen como símbolos del criterio de castidad y sumisión que se proyecta a todo lo largo de doscientos años bien medidos. Desde el alba hasta el

anochecer, las campanas de las escuelas mecían las sombras de fray Fernando o fray Cristóbal sobre los seminaristas.

El nuevo ciclo se inicia con Joaquín Velázquez y Francisco Moreno y Escandón; con Toribio Rodríguez de Mendoza, que hace la revisión en Lima desde el rectorado del convictorio carolino; o con el deán Gregorio Funes, autor del plan que transformó la Universidad de Córdoba, en la Argentina.

Es esta historia tan pareja, que de ella podría sacarse una ley: la de la identidad o simultaneidad en el proceso histórico de nuestra América. El pensamiento que inspiró la universidad colonial puede resumirse en esta fórmula: poner la vida al servicio de la filosofía. El pensamiento que preside la nueva etapa se podría fijar en esta otra: poner la filosofía al servicio de la vida.

Cuentos del alba

Los campesinos, camellón abajo, retornan silenciosos del trabajo como un problema sin definición...

LUIS C. LOPEZ

Jóvenes estudiantes, caballeritos de la mesa redonda: ¡atención! Un momento, que aquí viene la señorita Madrugada. Detrás de cada monte una lámpara. ¡Y las estrellas disolviéndose en su propio azul! El candor —paradoja de estas horas— sacando el relieve de las cosas.

Muchachos, vamos hacia el infinito a lomo de cordilleras. Sobre los Andes se cruzan saetas de frío. Los gañanes salen del rancho, silbando, a recoger la majada: el rocío se les cuaja en las barbas, en la lana de las monteras, en los cueros de cabra con que se cubren la espalda. Encienden el botón de una hoguera en la punta del tabaco. O hacen correr por la garganta una emoción de fuego que ha pasado por filtros de sol y vasijas de barro: aguardiente

de olla, aguardiente de caña. ¡Contrabando!

Duro es el frío en la altiplanicie. Los gañanes hacen chirriar la escarcha con los pies descalzos. El agua se cubre de cristales en los charcos. Grillos y esposas de hielo se añudan a tobillos y muñecas. Los peones tempraneros salen al campo montados sobre esqueletos de reumatismo. Los alfileres del alba se clavan en los huesos.

Los gallos abren los relojes con sus anuncios eléctricos. Silban, dando vueltas en el aire, las zurriagas. Las canciones melancólicas de la raza son interceptadas en la garganta de los vaqueros: primera antena espiritual de nuestras radios rústicas. Bajo la ubre caliente de las vacas cantan los ordeñadores indecencias de don Francisco de Quevedo, mientras chorros de leche llenan de espuma las botijas. Remota, perdida en la distancia de los paisajes en bruma, se oye la campana del pueblo.

El aguardiente es aguardiente de alambique oculto en el monte. Canción es la única ventana abierta que tiene el espíritu. Los indios sufren la esclavitud del tributo, el diezmo y el estanco. Sobre paisajes de escarcha se desnudan las almas.

Caballeritos de la mesa redonda: todos éstos son mensajes de dolor. Debajo de cada canción hay una lágrima, una queja que se pierde en la cadena oscura de las generaciones. El pueblo, doliente. Las manos se rajan de frío, las almas de tristeza.

¡Ya se yerguen contra el paisaje aquellos indios desnudos, cubiertos de oro, que mansamente copiaba el espejo gris de las lagunas!

¡Pero qué grillos ni esposas de hielo! ¡Esposas y grillos los de José María Durán! a cada vuelta del potro que ordena el verdugo, los "rejos" van cortando la piel, la carne, la sensible urdimbre de músculos, hasta ceñir los huesos. José María Durán recogió un día, sensible en su

amor juvenil, el grito de dolor que se ahogaba en la garganta de los gañanes.

Campana de rosa, campana matinal que golpea y hace vibrar un corazón bermejo, un puño de sangre. Banderita roja del canto de los gallos. Candor que dibuja el relieve de las cosas: acuarela de púrpura. Fuego de la madrugada en el aguardiente de contrabando. Que todas las cosas lo digan muy claro: camino del martirio avanza el estudiante don José María Durán...

Habla el cronista de la madrugada:

—El muchacho supo una noche que se le había destinado. Traído de la penumbra, en donde unas veces se dormía soñando y otras se desvelaba por oír, y puesto al borde de la rueda blanca que trazaba en los manteles la luz de la vela, se le dijo que iría a Santa Fe, al colegio, a la universidad.

Así era entonces. La familia meditaba sus planes en concilio y los chicos recibían órdenes. Eso le ocurrió a José María Durán. Y antes de que la luz aclarara sobre San Juan de Girón, ya el muchacho estaba a horcajadas en la silla jineta, envuelto en el vaho de las muías, metido en la caravana. Los arrieros estaban listos desde la madrugada. Mientras acomodaban las cargas el muchacho echaba una última ojeada a la casa maternal. Extraña aventura, dejar a la madre —el regazo en donde recogía sus soledades— para marchar a la ciudad de los virreyes, famosa y problemática, en donde hallaría amigos iniciados en muchas cosas y viejos entumidos entre bayetones azules y rojos, bajo un sol tan bobo y frío a las doce del día como a las tres de la tarde. ¡Clima de Santa Fe de Bogotá!

Ahora, el asunto era marchar. Dejar las vegas en donde el Río de Oro se quiebra como una quebrada, para seguir

los caminos de herradura en donde también la tierra se quiebra y deshace. Montar en la muía mansa y andar, andar, andar hasta pelarse las nalgas en la larga travesía. Caminos eternos jornadas inacabables, días de sorpresas y cansancios.

Los primeros amigos, los arrieros. No era José María un niño, pero "el Niño Pepito" le decían, y este nombre se cruzó en el aire con ramas verdes y pájaros rojos del camino. Tirando de los árboles limas, mangos y guayabas, el niño se quedaba rezagado con los indios arrieros, oyéndoles historias y picardías. Sobre la pantalla de su vida inexperta se fueron proyectando las emociones del pueblo, que él recogió con estupor y curiosidad. La vida de aquellos peones tenía sabor humano, tras una careta de bestia. Los diálogos se hicieron confidenciales: eran historias clandestinas contadas al pie del fogón, en las posadas, en las encrucijadas de los caminos.

En los pueblos había huellas de sangre. En la plaza de San Gil se había colgado la cabeza de un indio: en los pueblos vecinos se exhibían brazos y piernas. En el Socorro se ahogaron gritos del pueblo con órdenes de carceleros. El muchacho preguntaba. El arriero hacía historia. Así, andando por esa escuela soleada de los caminos, el estudiante fue instruyéndose en la vida de unos campesinos rebeldes a quienes se traicionó ante los Evangelios por abogados y oidores y ¡por el arzobispo! Así supo el cuento de los comuneros.

—Un día, los indios irrumpieron altivos en las plazas, quemaron los edictos oficiales, arrestaron a los alcaldes y organizaron marchas guerreras. Habían sido, por dos siglos, sumisos y resignados. Eran ahora tres veces siervos: del Estado, de la Iglesia y de sus amos. Nacían para el

vasallaje: debían pagar tributo desde los diez años hasta doblar los cincuenta. Pagaban a la Iglesia una doble contribución: la que le correspondía por derecho de potestad religiosa y la llamada de ofrendas voluntarias: cargos de cofradías, responsos, misas para sacar ánimas del purgatorio. A sus amos prestaban el servicio real. Al Estado pagaban impuesto de alcabala y servicio personal.

La tierra se estrechaba para ellos, que la habían poseído como naciones. Los blancos iban dilatando sus dominios, extendiéndolos hasta donde la mirada caía sobre el horizonte, y apretaban, oprimían, asfixiaban los pueblos, en donde el siervo no alcanzaba a tener sino acciones hipotéticas, "derechos de comunidad".

Los indios eran menores, incapaces ante la ley. No podían tratar, ni contratar. El dinero de sus comunidades lo administraba el Gobierno: se metía en cajas cubileteras. Ahí caían los ahorros, luego la mano del administrador cerraba el puño y se quedaba con ellos. Ni los propios gobernantes sabían qué hacer con esa plata: siendo de los indios, los indios no la podían disfrutar. ¡Gazmoñería, remilgo y rompecabezas del derecho colonial! El intendente de Valladolid resolvió una vez mandar a la Corona doscientas mil piastras de la caja de la comunidad, con este recado: «Regalo que los indios de Michoacán le hacen al rey de España para que mantenga la guerra con los ingleses.» En su perplejidad, el intendente había resuelto interpretar así el pensamiento de unos indios que no decían nada porque no tenían nada que decir.

Una vez tuvieron los indios derecho a comprar. El sistema se organizó de esta manera: el alcalde mayor obligaba a que le tomasen al fiado bestias, zarazas, o herramientas, y luego los tenía por vasallos de sol a sol, por años, pagándole el capital debido, con sus réditos. Así

se formaron unos caballeros que tenían aire medio de capitalistas, medio de caciques.

Entre semejante moldura de tres capas de oro: la de los amos, la del Estado y la de Iglesia, quedó enmarcado el lienzo que luego se ha llamado de la melancolía de la raza indígena.

—Sobre este pueblo esclavizado, comprimido a la más alta presión, donde la desolación empezaba a teñirse de rojo, cayeron los visitadores. Traían la misión de imponer nuevas cargas para levantar fondos de guerra en una contienda internacional.

¿Qué era Inglaterra para unos montañeses que no sabían lo que es un mapa? Los cuentos de los piratas ingleses, que en torno al fogón narraban negras esclavas, se confundían

con historias fabulosas. Nada tenían que ver, desde el fondo de su miseria, unos infelices con las flotas de Drake ni de Vernon.

Pero España estaba en la ruina y carecía de medios para defender sus dominios. ¿Qué se habían hecho las riquezas de América? «De la inocencia de los indios las compramos —decía Saavedra Fajardo—, por la permuta de cosas viles; y después, no menos simples que ellos, nos las llevan los extranjeros, y nos dejan por ellas el cobre y el plomo.»

Frente al peligro de la guerra, España no encontró, a manera de remedio inmediato, sino sacar la última gota de sangre de los indios de América en el lagar de las contribuciones. Así florecieron los estancos: para aguardientes, naipes y sal; para coca y pimienta. La alcabala se extendió a todos los frutos de la tierra y la industria: jabón, panela, carne. Tenderos, matarifes, buhoneros, y hasta las mujeres que un día a la semana ocupaban un puesto de dos varas para vender en el mercado; todos, todos pagaban alcabala. «El regente puso

pecho hasta del hilo y huevos: de medio real que se vendiera se habría de dar una mitad; de un real, un cuartillo.» La vida se pagaba a precio de muerte. La colonia ofrecía a los indios y las clases humildes un programa de hambre, a nombre de las necesidades de la Armada de Barlovento.

El mundo estaba vuelto al revés. Todos los canales por donde naturalmente corren las riquezas y la actividad del hombre fluye y se extiende, fueron cegados. Todo debería conformarse dentro de una norma absoluta y arbitraria. Se copiaba en la organización de las sociedades el ritual de ciertas tribus que metían la cabeza del recién nacido entre dos tablas para que creciese en la forma de una V invertida.

En Córdoba Argentina se habían establecido puertos secos, cerrando las bocas del Plata: todo pasaba por la aduanilla de tierra y se le daba una vuelta a América buscando salida hacia Europa. Los puertos secos correspondían a la idea de concebir los caminos de los Andes como mares en donde los indios y las muías navegarían a toda vela, mientras el océano se tornaba montaña prohibida, arenal, guarnecido con muralla de códigos, y cañones de guerra.

El Atrato neogranadino, como río, estaba clausurado al comercio. Quien lo transitara, lo haría a riesgo de sufrir la pena capital.

La revuelta se dibujó en alboradas de fuego. Hubo levantamientos en el Perú, donde un indio intentó coronarse reviviendo el Imperio de los Incas; en Quito se organizaron ejércitos independientes; en Buenos Aires los comerciantes asumieron funciones de Estado en la guerra con los ingleses. Los insurrectos de Sopetrán escribieron al Gobierno en estos términos, que son dignos de un discurso

de los de París en 1789: «¡Ya vale más morir que aguantar a los recaudadores; no hay más remedio que sucumbir de necesidad y desdicha: nosotros nos ofrecemos a los cuchillos, y protestamos traer a nuestras familias y en la plaza pública cortarles las cabezas, para que sobre su sangre caigan nuestros cuerpos a manos de verdugos y con el fin de nuestras vidas se termine todo y quede el valle vacío para los guardas y forasteros!»

La historia fue dejándose a merced de factores materiales. Quienquiera que atravesase tierras de América no tenía sino que no cerrar los ojos para ver. El estudiante que iba de San Juan de Girón para Santa Fe encontraba tierras teñidas en sangre de revolución: habían pasado los batallones de los comuneros.

—Dramática historia la de los comuneros. A los gritos de «¡Abajo el mal gobierno!» brotaba gente de la cordillera, se descolgaban montoneras por valles y quebradas, se oscurecían las llanuras, y en las plazas, nudos de la protesta se desataban en clamores que rompían un silencio dos veces secular. Las mujeres arrancaban avisos fijados en las paredes del Cabildo, batían tambores concitando a la revuelta. Los niños eran arrastrados por las madres en el turbión del populacho.

Nunca, desde los días de la conquista, se habían visto muchedumbres semejantes. Brotaron indiadas que antes se tragara la tierra. El espectador desconcertado se preguntaba de dónde habían surgido. La explicación estaba escrita en la novela de unas vidas oscuras perdidas en los Andes. Los Andes son montañas de pliegues innumerables.

La única actitud de los indios frente a la tiranía de los impuestos y al rigor de las leyes, había sido huir. Huir a las

montañas, como vagabundos o aventureros, mientras la justicia los motejaba de criminales y forajidos: vasallos que se sustraían a la esclavitud. De allí salieron las legiones de los comuneros.

El virrey-arzobispo trazó con mano segura un croquis de las vidas de estos vagabundos en su relación de mando cuando dijo:

«Se ven fertilísimos valles cuya abundancia pide la mano del hombre más para coger que para trabajar, y sin embargo están yermos y sin un solo habitante, al mismo tiempo que se pueblan las montañas caperas y estériles de hombres criminosos y forajidos escapados de la sociedad por vivir sin ley ni religión. Bastaría delinear un abreviado mapa de la población del Reino para que se conociera la confusión y desorden con que viven estos montaraces hombres, eligiendo a su arbitrio, y sin intervención del gobierno ni de los jueces subalternos, el lugar de su retiro, tanto más agradable cuanto más apartado de la Iglesia de su pueblo. A excepción de las pocas ciudades de primer orden que tal grado merecen respeto de las de segundo, de mera apariencia en sus infelices edificios y de las de tercero, de puro nombre por la memoria de sus minas y vestigios; a excepción también de algunas parroquias, todas las demás poblaciones son un reducido y pequeño conjunto de miserables ranchos, chozas o bohíos que apenas constituye la vigésima parte de los habitantes adscritos a sus respectivos lugares. Esto nace de la antigua y arraigada libertad de huirse los unos a los otros para poder vivir a sus anchas y sin recelo de ser notados en sus infames y viles procedimientos. Los hombres medianamente acomodados se llaman aquéllos que por falta de providencias pre cautivas de la demasiada

agregación de tierras en un solo sujeto, han podido, a viles precios, adquirir inmensos terrenos, en que por lo regular tienen como feudatarios a los de menor fortuna. Los primeros perseveran más arraigados a sus posesiones, por la ganancia que reciben de sus esparcidos domésticos; pero éstos, qué forman el mayor número de habitantes libres, hacen propiamente una población vaga y flotante, que obligados por la tiranía de los propietarios transmigran con la facilidad que les conceden el poco peso de sus muebles, la corta pérdida de su rancho y el ningún amor a la pila en que fueron bautizados. Lo mismo tienen donde mueren que donde nacieron, y en cualquiera parte hallan lo mismo que dejaron, comen poco y con imponderable grosería; pero no corresponde la misma templanza en sus bebidas. Están prontísimos y siempre dispuestos para sus juegos, bailes y funciones, entregados a la ociosidad, a que ayuda la fertilidad del país, bastándoles muy poco trabajo para satisfcer sus cortas necesidades; sus hijos, criados en esta escuela, van imitando fielmente a sus padres, se van propagando unos mismos pensamientos y un mismo porte y rusticidad, y a pesar del aumento de población en general, sólo crece el número de tan inútiles vasallos que a largos pasos se han precipitado en la misma barbarie de sus primeros habitantes.»

—Los comuneros invadieron las plazas de los villorrios. Eran mil, cinco mil, diez mil, veinte mil personajes enloquecidos que buscaban un autor: un hombre de ésos que el pueblo paga para que se ilustre, uno de ésos que saben manejar y dirigir. Reclamaban un vocero, una lengua que dijera sus angustias. Y los profesionales, los abogados, los jurisconsultos temblaban de miedo frente a las hordas suplicantes.

Pensad en la tragedia del pueblo que busca su conductor. El pueblo presiente sus derechos, habla la lengua de sus desventuras, tiene la grandeza de una raza que despierta a la justicia y mendiga de puerta en puerta por un letrado. El pueblo sabe que su lengua es torpe, y ruega por un intérprete educado en las escuelas de Santa Fe.

El impulso de la masa fue más grande que la cobardía de los letrados. Arrollados, vencidos, tuvieron éstos que encabezarla, siguiéndola.

Salieron así los comuneros en busca de libertad. Iban hacia la ciudad del virrey. Volaban de boca en boca cantos agresivos. Redondillas mal pulidas, guijarros honderos, en donde ellos ponían toda su amargura y su fe. Por los caminos nublados de la altiplanicie se veía la marcha confusa de los campesinos blandiendo machetes y azadas, palas, picas y garrotes.

La sombra gigantesca de este ejército sin brillo, avanzando por un paisaje en donde el sol no saca relieve ni color, se proyectaba como visión ultraterrestre de los pueblos desolados, comprometidos en la gesta heroica.

Así llegaron hasta la antesala del palacio virreinal. Tembló el Gobierno y con pálido ademán ofreció a los pueblos rebajar impuestos, reconocer derechos a los americanos, entrar por caminos de benevolencia y piedad. La mano lívida de los oidores prestó los juramentos de la capitulación sobre el *Libro de los Evangelios*. El arzobispo asistió como inventor de la farsa, testigo y mediador de la Iglesia. Hubo repiques de campanas, *Te Deum*...

Cuando se disolvieron los ejércitos y los confiados montaraces entraban alegres, de regreso, a la plaza del pueblo, llegaron las justicias, los metieron a las cárceles, rajaron en cuartos a los dirigentes, colgaron a la entrada de

cada pueblo una cabeza, apretaron las contribuciones y sembraron de dolor los campos que una hora antes se doraron de alegría.

El Gobierno estuvo hábil. Antes de dar su falso juramento sobre los Evangelios, había declarado, en recinto secreto, que no era su voluntad la que iba a obrar, sino la fuerza de los pueblos, extraña a su ánimo. Y el notario había copiado esta declaración, que luego se izaría como bandera de venganza sobre los campesinos burlados.

—El colegio es enorme como un convento. En los patios, de baldosas, no levantan eco las pisadas de los estudiantes. La disciplina y un calculado espionaje vigilan. Los corredores se oscurecen en los arcos romanos. Silencio y murmullo se dan la mano en los claustros. Conversando, los estudiantes fingen estudiar.

Allí están José María Durán, Luis Gómez y Pablo Uribe evocando, a la hora del paso corrido, imágenes que dejó escritas el viaje en la pantalla virgen de sus inteligencias. La indignación va subiendo el tono de sus meditaciones. Todo los induce a rebelarse, a buscar justicia por caminos subterráneos: a conspirar. La conspiración es la manera de atentado que acaricia el mozo de la izquierda cuando se ve oprimido, se siente vigilado y no dispone sino de exiguos recursos para volcar un sistema que reposa en calicanto de siglos.

Entonces se conspira en toda América. Santa Fe era un foco de conspiraciones. Los ejércitos del silencio se pasaban las armas; se tramaba la revolución; se hacían correr planes ingenuos al amor de la noche. Los estudiantes consagraban el domingo a la conspiración. Todas sus horas libres eran para ponerse en contacto con letrados que leían de contrabando y hacían oposición desde

tertulias secretas o en academias disfrazadas bajo la equívoca carátula de convivios filosóficos.

Cada semana entraban al colegio nuevas ideas que circulaban clandestinamente y enardecían los ánimos.

La juventud estaba dispuesta. Las quejas oídas a los arrieros se hacían más profundas bajo los arcos romanos del claustro. La fabla oscura del pueblo repercutía en el alma de las juventudes. Había lenguas que no sabían reprimirse.

Los muchachos buscaron una salida a sus sentimientos en la conspiración de los pasquines.

—El pasquín era un medio natural de expresión. Sin tribunas, ni periódicos, la hoja que se escribía en alta noche y se pegaba en la esquina de la plaza, en la mañana se abría burlesca, hiriente, desafiante. Era el grito mejor plantado para despertar a los pueblos.

Sí: el pasquín era un grito de alborada. Una ventana para mirar adentro en el alma del pueblo. El único vehículo —aunque pobre y maldecido como camilla de leproso— que se prestaba a conducir las palabras de los de abajo.

Emocionados, los estudiantes, desde los pupitres, esperaban recoger, como eco mágico, el rumor de su hazaña. Habían plantado el pasquín para iniciar la revolución. Gozando la hora en que la confianza anda desprevenida, el virrey estaba de ocio en sus haciendas. Su vida en ese instante era de faenas campestres y cacería: reses que bramaban contra los botalones, hogueras, venados que hacían silbar el raso del viento rasgado con sus pezuñas cortantes, lomos de ternera asados al aire libre... La ciudad, en manos de los oidores. Los oidores, jugando naipe en la sala de la Audiencia.

Afuera el pueblo y los lectores de la Enciclopedia —que ya los había— esperaban, estaban alerta. Los primeros pasquines fueron augurios que presagiaban algo funesto, y se leyeron en las frentes preocupadas de los oidores.

Los pasquines cayeron en una hora propicia.

Si no quitan los estancos, si no cesa la opresión...

Así comenzaban los versos fijados en las paredes del Cabildo. Palabras de amenaza, claves siniestras. Granadas de mano. Granadas de guerra arrojadas sobre la sabana risueña de Nueva Granada.

Se conmovió la Audiencia. Saltaron —vengadores— los del Gobierno. Regresó el virrey reventando cinchas. Se corrieron bandos amenazadores. La justicia de la colonia se movilizó hacia los colegios.

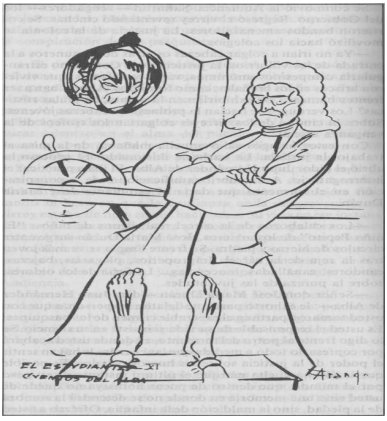
—Ya no irían a colgar cabezas oscuras de comuneros a la entrada de los villorrios; la justicia de la Corona no estrangularía campesinos anónimos, vagos y volantes, que vivieron ariscos en los breñales, como forajidos. Ahora iban a ser frentes blancas. ¿Se exhibirían en la picota, en jaulas rústicas? Los verdugos se hacían la promesa de cabezas jóvenes. Sobre la ciudad de los virreyes colgarían los trofeos de la venganza oficial.

Con estos halagos salió aquella mañana, de la misa al trabajo, la justicia. La barbarie ilusionada. El proceso lo abrió el oidor Juan Hernández de Alba. Él iba a practicar el interrogatorio. A descubrir ramificaciones de la conspiración en el tormento que daría al estudiante José María Durán.

—Los calabozos de la cárcel real, llenos de niños. “El niño Pepito” de los arrieros. José María Durán surge entre círculos de hierro y piedra. Su frente limpia se ve más

joven tras la reja de la cárcel. Improperios, plegarias, bajezas, candores, canalladas, inocencias... La furia de los oidores, sobre la pureza de las juventudes.

—Señor don José María Durán —dice Juan Hernández de Alba—: le exhorto para que delate a las personas que con usted tomaron parte en el execrable crimen de los pasquines. Es usted el responsable de su vida si insiste en su silencio. Se lo digo frente al potro del tormento, en donde usted acabará por confesarlo todo a medida que las cuerdas le hagan sentir el poder de la justicia sobre los huesos pelados. Es posible que la última vuelta marque el último instante de su paso por el mundo, que dentro de pocas horas ya no quede de usted sino una memoria en donde no se detendrá la sombra de la piedad, sino la maldición de la infamia. Ofrezco a usted una oportunidad para que se salve en el perdón, la gracia y la benevolencia de los representantes del rey si desata su lengua. Elija usted entre servir a Su Majestad o abrir por su propia voluntad el capítulo de sus suplicios.



Así habló por tres veces el oidor:

—Señor —contestó el prisionero—, ya he dicho a usted la verdad, y es inútil que pretenda obligarme a delatar cómplices que no existen. —Y apartando del oidor sus palabras imploró—: «Dios mío, dadme fortaleza para sufrir estos trabajos en descuento de mis pecados.»

Sobre el potro del tormento han desnudado a José María Durán. El frío envuelve en tintas su centro adolescente. Los carceleros preparan la máquina. Las muñecas y los tobillos de la víctima quedan ceñidos por cordeles. Todo está listo para empezar las vueltas. Son las nueve y veinticinco minutos de la noche. La ciudad está dormida, la ciudad ignora. Las últimas campanadas se fundieron en las sombras. Un silencio helado traza círculos al paso de la luna.

—Pueden ustedes empezar —dice el oidor.

Para José María Durán, el Niño Pepe, desnudo en la noche, solo entre sus verdugos, precursor como las cabezas cortadas de los comuneros que miran con ojos de vidrio desde los pueblos remotos, ha llegado la hora del tormento.

Las vueltas van ciñendo la cuerda cada vez más hondo en las muñecas, en los tobillos. Sobre el dolor que se extiende por todas las fibras del cuerpo, caen las palabras asesinas del oidor:

—¡Diga usted, confiese usted, delate; no me haga perder el trabajo de la máquina!

Y el muchacho:

—Señor, Dios de mis padres, que dijisteis a tus siervos sufrieran los trabajos en remisión de sus pecados, recibid los que ahora sufro. ¡Tened, Señor, piedad de mí, que me

faltan las fuerzas!

—Tuerzan ustedes —apunta el oidor. Y clava los ojos hambrientos en José María como para arrancarle en un instante de flaqueza un indicio por donde puedan dilatarse los horizontes de su venganza.

Pasan los minutos. El cuarto de hora. Se hunden las cuerdas mojadas de sangre. El estudiante reza a gritos una plegaria. Invita al escribano que registra los detalles del proceso, para que ruegue con él:

—¡Señor don Felipe, pida usted a Dios que me dé valor! —O dice el verdugo—: Hermano, tenga piedad de mí. —Y agrega—: Dios mío, Dios grande, que disteis sufrimientos a varios mártires, dadme paciencia para sufrir estos trabajos antes de incurrir en la falta de falso juramento.

Ha pasado media hora. Los cordeles obran sobre los huesos desnudos. Hay una sutiliza de dolores que se afina en el nervio de la juventud maritizada. El oidor se queja de que no haya elementos más perfectos para dar a la máquina mayor eficacia. José María Durán se desmaya. Su cuerpo es un gajo florido en el árbol del dolor. Sobre la carne abierta muerden los perros del frío. La juventud que salió erguida del calabozo retorna doblada, hecha un despojo en brazos del carcelero.

—A las prisiones del África van a pagar sus culpas los estudiantes. Se pidió su muerte, pero la Corona convino en enviarlos a Melilla, a Alhucemas, a Ceuta. Desterrarlos para siempre de América. Confundirlos con la canalla en cárceles remotas. Quebrarles la familia, romperles la amistad, descontarles la patria.

José María Durán, Luis Gómez, Pablo Uribe, aquellos muchachos que, livianos y sensibles, dialogaban en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario, hurtando minutos

a la vigilancia de los claustros, están ahora pintados de llagas, oscurecido el rostro por una barba sucia y un dolor infinito, dibujado en los labios un gesto de amargura. Han ido a parar al fuego del Africa, cumpliendo la condena infamante.

Sus palabras no pesan en el mundo que los rodea. Nadie las oye, nadie las acoge. Sus ruegos no llegan al oído de la Corona. Nadie se atreve a juntárseles porque llevan la lepra de la conspiración sobre el cuerpo envilecido. Ellos no saben de su madre. En el rincón de la provincia la mujer solloza. Donde crecen las soledades.

Pidiendo limosna por los caminos de Dios, sintiendo en el cuerpo la prolongación de los suplicios que se abren brecha a través del tiempo sobre las llagas, estos estudiantes pasan como sombras que se dan la mano con las de los comuneros.

Estudiantes de la alborada, campesinos del amanecer, sobre el filo de las montañas de América las horas danzan como rosas al viento.





XII

La revolución

Bolívar dijo en el Monte Sacro: «Te juro, Rodríguez, que libertaré a América del dominio español y que no dejaré allá ni uno de esos carajos.» Eso fue todo...

FERNANDO GONZALEZ

El nacimiento de la universidad americana tuvo una consecuencia feliz: puso a la juventud en contacto con el pueblo. La nueva ciencia no podía practicarse en las bibliotecas: la historia natural tenía que escribirse en las montañas, la ingeniería que desarrollarse en los campamentos. Por primera vez los sabios convivieron con la masa anónima. De ese encuentro casual se desprendió una maravilla: la liberación del continente. Surgió una nueva economía, se organizaron —improvisadas— veinte repúblicas. En el Nuevo Mundo hizo su aparición un mundo nuevo.

Los pueblos encontraron lo que nunca habían hallado, lo que habían perseguido en la más dramática de las insurrecciones: un grupo de letrados se identificó con sus ilusiones.

Los sabios se movieron hacia una meta para ellos mismos insospechada: la revolución política.

Caldas reúne en los salones del Observatorio a los directores intelectuales de la revolución; es allí donde, convertido el gabinete de estudio en oficina de periódico, se redacta el *Diario Político* de la revolución, que circula por los pueblos de toda la colonia y lleva a los insurgentes mensajes de aliento.

Caldas comprende que ya no es la hora de proseguir

estudios sobre posiciones geográficas o climas, sino de constituir la República de América, independiente y responsable de sus propios destinos. El *Diario* no es sólo un registro de acontecimientos locales: es la historia del movimiento libertario de América como fenómeno integral, teoría política aplicable a todo el continente hispánico.

Pero no se detiene en esto su actividad. Las revoluciones deben llevarse hasta sus últimas consecuencias. El país necesita prepararse para la guerra, y lo encontramos en Bufú, levantando fortificaciones y alistando batallones, y en Medellin fabricando pólvora y fundiendo cañones hasta equipar una tropa con artillería ligera de montaña.

—La Revolución francesa adquiere en América resonancias inesperadas. Los asuntos que liquidaron los revolucionarios del 89 eran casi idénticos a los que preocupaban la mente americana. Los enciclopedistas no hicieron sino convertir en filosofía un problema de impuestos excesivos, latifundios y mal gobierno, y con esa filosofía levantar el ánimo en las barricadas a los amotinados de París y al populacho arrastrado desde Marsella. Los sabios de América ponían lo de la alcabala, el tributo y los estancos sobre la gama lírica de Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Hidalgo aplica a los problemas de México la filosofía revolucionaria de Francia. La exposición de las ideas francesas que hace en el colegio de San Nicolás queda sembrada en el espíritu de un estudiante, que se encargará de purificarlas en el crisol de la guerra: José María Morelos. Lo propio ocurre con los discípulos de Pablo Moreno: de sus enseñanzas de filosofía, Andrés Quintana

y Loreno Zavala hacen capítulos para la proclama de la revolución.

De Sur a Norte, los estudiantes se proponen una tarea de divulgación que prepara intelectualmente la guerra de Independencia. Belgrano, bachiller de diecinueve años, emprende la traducción de Voltaire, Rousseau, Montesquieu. Antonio Nariño, más maduro, hace la impresión clandestina de los *Derechos del hombre.* Encarcelado por su delito, escribe para defenderse un documento por donde mañosamente pone a circular todo el espíritu subversivo de Francia revolucionaria y de los republicanos de Filadelfía.

—La suerte de América estaba fijada al iniciarse el XIX. El momento de decidirse no podía darlo sino ese elemento explosivo a quien no retiene la parálisis de la tradición: la juventud.

Mercaderes, campesinos y estudiantes, se hallaban acordes en la crítica al gobierno y al régimen colonial. El descontento estaba definido, y había una vaga idea de lo que debería hacerse.

Comerciantes y hacendados respiraban por la herida de los impuestos. No solamente pagaban la alcabala, el almojarifazgo y toda suerte de contribuciones legales o improvisadas, sino que con motivo de la guerra internacional se les fijaban cuotas por cabeza para sostener los gastos del ejército. Pero lo más indignante de todo era que los colectores de rentas —empleados llegados de España por arte de brujería, sin escrúpulos ni arraigo en la colonia— se las arreglaban para quedarse con parte del dinero destinado a la guerra. No podían los comerciantes o hacendados abrigar razones más sentimentales. Pero se sentían oprimidos, sin libertad para desarrollar sus

empresas. Se prohibió la siembra del tabaco, se destruyeron por orden del Gobierno plantaciones en flor y fueron quemadas las semillas. El aguardiente se bebía

"estancado". Había núcleos de vitalidad pujante, como Buenos aires, metidos entre camisas de fuerza.

La revolución, sin embargo, como medio de expresarse, no era oficio de nuestros burgueses. Ellos la alentaban, la deseaban, contribuían a sostenerla; veían con satisfacción el proyecto de dejar en América las rentas que reclamaba la Península, pero sólo en casos sublimes y momentos fugaces llegaban a enrolarse en el ejército.

Los campesinos, por sí solos, más revueltos y mejor compenetrados de la urgencia de la revolución, habían fracasado en sus intentos. Se ofrecían como masa bien dispuesta; pero estaba escrito que en ese instante preciso de la historia social no correspondería a ellos adelantar una iniciativa destinada a la victoria.

La revolución iba a ser obra de campesinos y estudiantes. No tenían unos y otros idénticos motivos, pero sí se veían sobre el plano de un mismo anhelo.

—El estudiante tenía arranques líricos: sus memoriales de agravios estaban llenos de motivos intelectuales, de cuestiones jurídicas. Tenía una librería en la cabeza y con ella se lanzaba a la revuelta. Pero este fervor literario era, en el fondo, atizado por las lecciones aprendidas de boca de los arrieros.

El campesino veía en el español un amo odioso que exigía vasallaje, que lo había despojado de sus tierras y le robaba el fruto de sus ahorros. El estudiante contemplaba esta situación y advertía, además, que el español era un intruso. ¿Quién era ese fulano Piñeres para venir a dictar leyes a los americanos? ¿Quiénes esos zánganos que salían

de las naves en Veracruz, en La Habana, en Cartagena para venir a cerrarle horizontes a la juventud criolla? Don Diego de Torres había pintado la América desde Salamanca en una sola frase: allí están las Audiencias que han hecho ricos y ladrones, de España. Contra esta pintura va a levantarse la afirmación juvenil. La competencia entre españoles y americanos surge en todos los incidentes de la vida. El americano se siente tan blanco y capaz como cualquier visitador de la Corona, y se cree con mayores derechos para gobernar.

Humboldt dice que después de la paz de Versalles, y particularmente después de 1789, se oía decir con orgullo en América: «Yo no soy español: soy americano.» Todos los puestos de responsabilidad, todas las distinciones, iban a manos de la minoría española, mientras los americanos, más hábiles y capaces, quedaban en los últimos términos.

La apreciación estadística del problema está condensada en estas palabras de Humboldt:

«En la capital de México existen, según el censo del conde de Revillagigedo, sobre 100 habitantes, 49 españoles criollos, 2 españoles nacidos en Europa, 24 indios aztecas y otomitas y 25 individuos de sangre mezclada. Es difícil calcular exactamente cuántos europeos hay entre 1.200.000 blancos que habitan en la Nueva España. Como en la propia capital de México, donde el gobierno ha reunido el mayor número de españoles, sobre una población de 130.000 almas no hay sino 2.500 individuos nacidos en Europa, es más que probable que todo el Reino no contenga más allá de 70 a 80.000. No son, por consiguiente, sino la setentava parte de la población total, y la proporción de los europeos con relación a los criollos es como de 1 a 14.»

Para el estudiante la cuestión estaba en decidir si ese uno contra catorce, si ese uno intruso y deshonesto, debía continuar al frente de los destinos de su América.

—La honradez intelectual de los estudiantes exigía un nuevo derecho que sirviera de base a sus ideas. Este nuevo derecho vinieron a ofrecerlo Francia y la recién nacida República de los Estados Unidos. La censura no permitía introducir libros, pero bajo un régimen de prohibiciones que se extendían a todas las actividades de la vida social, el contrabando surgió como sistema que todo lo preveía y buscaba, y casi todo lo alcanzaba.

Este contrabando hechía las bibliotecas clandestinas y les daba riquísimos matices. Había gacetas, como el *Espíritu de los mejores Diarios,* que suministraban, en una sola colección, la artillería necesaria para el equipo de urgencia de los precursores. Los muchachos se juntaban en logias o en casa de los abogados independientes para escuchar las nuevas doctrinas.

En las logias, porque la masonería estaba más que indicada para florecer en una atmósfera de secreto y conspiraciones. Nunca como entonces se vieron sus templos más concurridos, ni a aprendices, hermanos y maestros tan entusiastas y resueltos. Bien defendidas por los guardatemplos, que respondían con sus vidas de la seguridad de sus hermanos, las logias reproducían el ambiente de los clubes políticos de París en días de la revolución. Frailes y obispos amigos de la independencia se daban la mano en las tenidas con los hijos dilectos de la inteligencia y los hombres de armas.

Toda junta en donde se reunían americanos era para conspirar. Y cada conspiración que se descubría y castigaba dejaba una nueva memoria que clamaba

venganza de los insurgentes.

Los muchachos, por el hecho de recibir el grado —adjudicado en la adolescencia—, no perdían el contacto con la revolución: al contrario, demoraban su estada en la capital y quedaban en acecho de los sucesos. En las manos mal adiestradas de Ambrosio Pisco murió la ilusión de restaurar en él al señor de Chía y príncipe de Bogotá; el buen Ambrsio Pisco, a quien los comuneros ingenuos habían coronado con el ritual de los chibchas. Túpac Amaru, que había sido estudiante de Lima, llevó más lejos el intento y puso por primera vez en duda el poderío de España en América. Ahora, las juventudes universitarias llevarían al triunfo los propósitos de autonomía política. Se apoyaban en la inteligencia organizada que persistía a pesar de las represalias de la Justicia y no se refugiaba en una sola cabeza que pudiera cortarse, como en el caso desventurado de los caudillos.

—Así es. La revolución de independencia en América no es obra del caudillaje, ni idea surgida del cuartel, sino fórmula de campesinos, puesta en limpio por estudiantes de vanguardia. La necesidad fue formando generales que hacían incursiones en la ciencia política. La *Carta de Jamaica* y el discurso en el Congreso de Angostura de Bolívar formaron la conciencia de un Continente. La técnica militar se inventaba, se improvisaba. Las victorias no fueron, en último término, sino el triunfo de la conciencia estudiantil, que no moría ni bajo las banderas de fuego en la marcha de los Llanos, ni al paso de los Andes coronados de frío. Aquéllas sí fueron batallas como ganadas desde los campos de Eton: nuestro Eton de América, rústico convento de piedras ásperas sobre llanadas agrestes.

Los estudiantes Morelos y Belgrano; ese universitario

peregrino que va del brazo con su tutor, estudiando en el mapa político de Europa la cruzada que lo hará Caballero y Señor de América en Boyacá, y en Carabobo; los mozalbetes de la escuela deciden la suerte de América. Bolívar no tiene sino dieciséis años cuando —dice la leyenda— escandaliza el virrey de la Nueva España afirmando, en sus barbas, que América no puede concebirse sino independiente y libre.

Y es un muchacho cuando de veras hace su juramento y consagra su vida a la causa de América. Es un muchacho cuando visita en París la casa del barón de Humboldt. El sabio ha regresado de su gira por América, ha pesado los factores económicos y sociales de las colonias, conoce sus agitaciones políticas, ha valorado las tendencias de los intelectuales, ha mirado con ojo zahorí el sistema rentístico y penetrado en la injusticia clamorosa de las castas. Todo conduce a una sola solución: la de la independencia de América. Y todo lleva a una sola duda: la de que no haya un hombre capaz de realizarla. «No dude, usted, maestro —es

la contestación categórica de Bolívar—: América creará sus libertadores.»

Bolívar hablaba a lo estudiantil. Se afirmaba en promesas de muchachos, en la seguridad de su propia juventud, suma de todas las juventudes que se realizaron en su vida maravillosa.

—Los muchachos, cuando no salían de la universidad a conspirar y escribir folletos y cartas incendiarias, se colocaban directamente en las filas de la revolución. Ya está dicho que las escuelas no retenían por mucho tiempo. Ningún estudio era tan extenso que demorara en las aulas a un estudiante más allá de los dieciocho años.

Pero ya no era la hora de José María Durán, sino la de invadir ciudades y dar el espectáculo de muchedumbres en rebelión. Era necesario levantar ejércitos. Enfrentar al poder español algo más que el pecho franco de un adolescente.

El problema estaba resuelto por las circunstancias. La juventud se dirigió a sus viejos amigos; los arrieros que le habían narrado sus pesadumbres y arrullado la infancia de sus rebeldías. Bolívar hacía ondear sobre el trigal humano sus miradas terribles, y bajo su bandera se alistaban alegres y confiados los vagabundos, la población vaga y volante, los bandidos de que hablaban los virreyes. Como en los días de los comuneros, tal tropa avanzaría dispuesta a disputar el corazón de la república.

Todavía hoy deambula miserable por las mesetas de los Andes una población callada; trae sellados los labios por secular silencio; el estupor de su destino está suspendido en su mirada —lámpara muerta—; sobre las frentes planas y estrechas reclinan su sombra paisajes sin luz. Son los mismos indios de 1810; se arrodillan delante del mismo

Dios, se agrupan como idiotas a la vera de los caminos para emborracharse en las mismas ventas, se arropan con las mismas mantas teñidas por ellos con tintas de luto. ¿Cómo fueron a la guerra en 1810, cómo a la acción, a la revuelta, al triunfo, luchando contra Dios y contra el rey, contra las arengas del cura y las amenazas del Gobierno? Misterio y contramisterio de las revoluciones. Sobre la actitud sumisa de la raza, más decisivo que el espíritu tradicional, se había desatado el espíritu de la revuelta y ahora entraba en contacto con la juventud, que lo alrevesada todo y provocaba una descarga de pensamientos recónditos.

—Jóvenes caudillos se vieron —generales— a la cabeza de pueblos oscuros. Donde se sembraba rebeldía germinaba fervor, florecía esperanza. Los jóvenes, amados de los pueblos, cruzaban el Continente como dioses morenos.

Un día cayó uno de ellos sobre el campo de batalla: Atanasio Girardot. Bolívar miró, y miró el pueblo, en esa víctima, el símbolo de la juventud sacrificada. Girardot tenía veintidós años. Dura victoria, cara victoria ésa, que se pagaba con el precio de una vida en flor. Las alas del triunfo se abrieron entre las sombras de la noche. No la fatiga, no la derrota, sino el dolor perfecto, hizo inclinar las frentes de los vencedores. El corazón del héroe se colocó en una urna para llevarlo a Caracas. Nunca ejército alguno avanzó movido por una fuerza moral como la de esa hora. Hombro a hombro con la noche alta iba la muchedumbre coronada de fuego. Cada soldado llevaba en la mano una antorcha. «¡A Caracas, a Caracas!», ordenó don Simón Bolívar. En una marcha roja llegaron los campesinos a Caracas.

Y entró en la ciudad aquel ejército de vencedores y de héroes, de montaraces en revolución, sin un grito, sin un murmullo, dorado por la luz de las antorchas, y en la urna ¡el corazón sin vida de Atanasio Girardot!

Era el juramento de una raza hecho sobre el altar de sus dioses jóvenes.

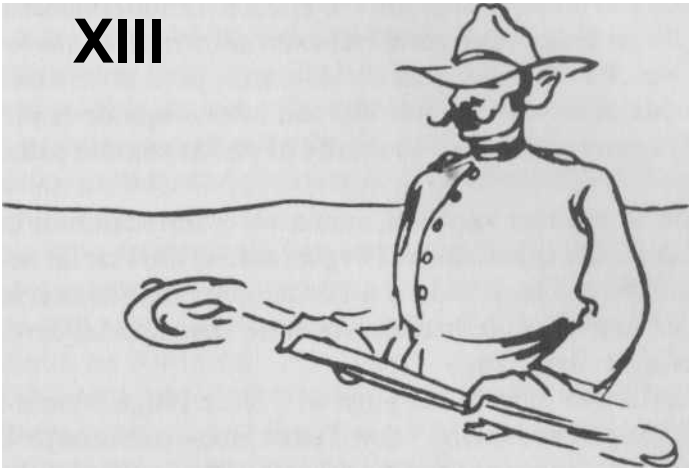
—De la horca levantada en la Huerta de Jaime cuelga el cadáver de García Rovira. «El Estudiante Rovira, fusilado por traidor», dice la leyenda clavada en el palo del suplicio por el gobierno de Pablo Morillo.

La guerra no podía hacerse sin riesgo. Había que jugar la vida y jugarla a todo o nada. Aquel estudiante salió del colegio de San Bartolomé al oír el grito de independencia, pasó de las aulas a la guerra en busca de un panorama mejor para sus ideales.

En la guerra siguió siendo estudiante: el estudiante perpetuo que ama los libros, que no se da a sí mismo tregua, que no es su propio alcahuete para distraer el espíritu en ocios inútiles. Así le hizo, autodidacto, maestro en varias lenguas; graduado de jurisconsulto, llegó a profesor de Matemáticas: tenía toda la cultura colonial y la animaba con su fe en América, que era entonces, y ha de ser siempre, espíritu de nuestra sabiduría.

Después de haber sido guerrero y gobernante, de haber cruzado la República a la cabeza de los ejércitos, como estudiante lo tomó el verdugo. Su sacrificio es el símbolo de la represalia de la reacción española de 1816. La reacción que fusiló a Caldas como sabio, tenía que fusilar a García Rovira como estudiante. Esa muerte tenía que ser simbólica. Para el despotismo colonial el estudiante de la revolución era traidor a España.

XIII



Los románticos

De pie, sobre un barril, en la plazuela Mayor de la parroquia.

LUIS C. LOPEZ

Somos los estudiantes de la familia de los mosqueteros, de *Los tres mosqueteros,* de Alejandro Dumas. Sobre esto no hay duda. Pero lo que debe saberse es que el D'Artagnan de nosotros es el estudiante del siglo XIX, enamorado de ideas liberales, dispuesto a entregar su vida por un "principio" en conmovedores arranques de romanticismo.

Este muchacho recorre durante cien años nuestra América, pronunciando discursos sobre libertad de conciencia, abolición de la pena de muerte, escuela laica, gratuita y obligatoria. Su ideal es vivir como Almafuerte: enseñando el alfabeto, pasando los días con bocados de pan moreno y durmiendo sobre una tarima, envuelto en los pliegues de la bandera de su patria.

Es el primero en matricularse en las guerras civiles. Se lanza a la revuelta porque la revuelta se hace bajo el signo de principios liberales y él los ha de seguir hasta la muerte. Cada vez que un Presidente clausura un periódico, se pronuncia, y la mañana siguiente lo encuentra sobre las armas.

Es un propagandista de *El judío errante* y *Los misterios de París.* Dice cosas horribles de los curas, pero no se atreve a tirar el pedacito de bayeta café con la estampa de la virgen del Carmen que le colgó su madre al cuello cuando salía del hogar.

Ama la política racional, sueña en el librecambio, tiene una confianza ingenua en la organización libre de las sociedades. Divulga teorías de la escuela liberal

manchesteriana. Devora con voluntad heroica libros de Spencer. Adhiere a la filosofía de Bentham y Tracy.

Pero lo que más le subyuga es Víctor Hugo. Anda con Víctor Hugo para arriba y con Víctor Hugo para abajo. Una vez, uno de tantos congresos colombianos expide la constitución más liberal del mundo y se la envía a Víctor Hugo para que la juzgue. El Padre Jupiterino queda estupefacto: esa Constitución es para él la cosa más extraordinaria que república alguna jamás pudo imaginar.

Todavía ahora, en las bibliotecas de las haciendas, en Buena Vista o en Casa Blanca, se encuentran copias de *Los miserables,* con las hojas deshechas de tanto ser leídas.

En las sesiones públicas de la universidad hay muchachos de diecisiete años que leen discursos truculentos sobre la razón. La Razón, como en los días del calendario de la República, se escribe con mayúscula. El 16 o el 18 de setiembre, el 20 de julio o el 25 de mayo, las plazas se oscurecen de artesanos que oyen, asombrados, a los tribunos de la libertad.

Dice el estudiante romántico:

—El estudiante de 1820 asiste a un espectáculo singular. Los criollos vencedores se dedican a crear nuevas repúblicas. Son políticos inexpertos, con ideales contradictorios, poseídos de un impulso creador que deberá asegurar la independencia americana.

La universidad se democratiza. Ya no hay en las constituciones las diferencias de castas que hicieron, en la colonia, inaccesibles los altos estudios para zambos y mestizos.

Lo primero que hace el Gobierno de la República es abrir de par en par las puertas de los claustros aristocráticos para que el pueblo pueda entrar en ellos. La

revolución había sido obra de la raza vencida, de los oprimidos, y el triunfo se tradujo en asegurar para los de abajo las posibilidades del estudio.

No eran únicamente zambos y mestizos y hasta indios y negros quienes podían asistir a las clases. Eran también los hijos naturales. La nueva universidad dignifica el material humano en América.

Desde entonces empezaron a subir, en medio del asombro universal, negros que llegaron a los escaños del Congreso, ilegítimos que alcanzaron la Presidencia de la República.

—Este nuevo concepto permitió fundir en las escuelas todos los elementos de la nacionalidad y fue recibido como la afirmación más rotunda del espíritu revolucionario.

Durante dos siglos y medio el sentimiento de casta, casi sin atenuaciones, había dominado el pensamiento colonial. El discurso de fray Bartolomé de las Casas —señalado como punto de partida en nuestra historia para indicar el principio de un régimen humanitario—, apenas fue defensa limitada de una clase: estuvo lejos de ser la afirmación íntegra cristiana. El célebre fraile político incluye a los indios en el catálogo de los seres racionales; pero no sólo compartió la opinión corriente de que los negros eran bestias, sino que es responsable en alto grado de la importación del elemento africano, que aconsejó para completar la labor de caballos y bueyes. En esto el fraile parecía un inglés.

Ciertamente, hay un avance en el pensamiento español cuando acepta la racionalidad de los indios, aunque sea reconocimiento puramente intelectual, simple figura jurídica. Durante todo el siglo XVI se defendió con argumentos casi divinos la animalidad de los indios.

Estaban interesados en esto los capitalistas y ciertos frailes: toda modificación del concepto implicaba un desequilibrio en los negocios, y entonces solía hacerse una aplicación comercial de las Sagradas Escrituras.

Cuando Tomás Ortiz, y con él no pocos dominicos y franciscanos, pidió a la Corona que mantuviera en servidumbre perpetua a los indios, razonó así en su bien ponderado memorial:

«Los hombres de tierra firme comen carne humana y son sodométicos más que generación alguna. Ninguna justicia hay entre ellos; andan desnudos; no tienen amor ni vergüenza; son como asnos, abobados, alocados, insensatos; no tienen en nada matarse y matar; préciense de borrachos, tienen vinos de diversas yerbas, frutas, raíces y grano; emborráchame también con humo y con ciertas yerbas que los sacan de seso; son bestiales en sus vicios; son traidores, crueles y vengativos que nunca perdonan, inimicísimos de religión, haraganes, ladrones, mentirosos y de juicios bajos y apocados; son hechiceros, agoreros, nigrománticos; son cobardes como liebres, sucios como puercos; comen piojos, arañas y gusanos crudos doquiera que los hallan; no tienen arte ni mañas de hombres; hasta diez años parece que han de salir con alguna crianza y virtud; de allí en adelante se tornan como brutos animales; en fin, digo que nunca crio Dios tan codida gente en vicios y bestialidades, sin mezcla de bondad o policía...», etc.

Pero bueno: esto del fraile pasó.

—Mejorada la figura jurídica del indio por las leyes, se conservó al negro esclavo. Aun los más avanzados estadistas fundaban la ventura de las colonias en la importación de la bestia africana, y sólo lo limitado del

espíritu de empresa en el español impidió que a la América española llegaran negros en la abundancia en que se importaron para las colonias que se formaron al sur de Norteamérica.

El virrey y arzobispo Caballero y Góngora, uno de los más salientes estadistas que llegaron a la América Española, planteaba —en pleno siglo XVIII— la urgencia de traer negros:

«Ya tengo insinuado el número de negros que hay en las minas, pero aún podrían traerse infinitos más y por muchos que se introduzcan jamás habrá los bastantes, aunque no se les destinase sino al duro trabajo de las minas. Las de Mariquita se trabajan por jornaleros libres y está comprobado que si se trabajasen por esclavos se ahorraría más del cien por cien en los costos. En esta necesidad de negros para el fomento de las minas me he hecho conceder varias licencias para su conducción de colonias, sin embargo que por Real Orden está prohibida la introducción por otra mano que por la compañía de Filipinas; pero ésta no ha podido dar abasto a tanto como se le ha concedido, y harta desgracia es de este Reino que, de gozar del privilegio a su arbitrio la compañía, penda la introducción de un género de primera necesidad para su fomento, cuando debería concederse todo género de franquicias que es lo que ha hecho prosperar tanto las colonias extranjeras.»

La revolución procedió de otra manera. Rechazó la esclavitud y vasallaje que dominaron el pensamiento colonial, se lanzó a la liberación de los negros y proclamó la participación de todos los habitantes en los derechos civiles y políticos. Los ideólogos de la República veneraban la trinidad del lema revolucionario francés.

—Pero si la universidad dejó de ser aristócrata en el sentido de hacerse indiferente al origen de cada estudiante, no por eso vino a tornarse popular. Si fue un instituto abierto lo mismo para el blanco que para el negro, para el indio que para el español, no fue afirmación de un espíritu auténticamente nacional.

La cultura se distanció de nuevo de la tierra. Los planes de enseñanza se inspiraron en esquemas europeos. Había borrachera de enciclopedismo de vida francesa. Don Andrés Bello apenas adaptaba para Chile el *Código de Napoleón,* siendo, con todo, el primer americano. Los partidos políticos se definían o por la Constitución de los Estados Unidos o por la Constitución de Francia. Se vivía, o bajo el meridiano de Filadelfia, o bajo el meridiano de París.

El instante de intersección entre los anhelos populares o campesinos de los comuneros y los anhelos patrióticos de los sabios, pasó. La universidad perdió en capacidad política. No fue apta para interpretar los sentimientos populares y darles ese desarrollo magnífico que culminó en la guerra de independencia, en la revolución, en la rebeldía fundamental que abrió su corola al amanecer del siglo XIX.

Se ampliaron los estudios, se dio algún desarrollo a las ciencias médicas, se agrandaron las escuelas de ingeniería, pero todo para erigir una república de profesionales, no destinados a indagar problemas sociales más complejos. Las escuelas daban artesanos, pero no artistas. Y la República no es sólo suma de oficios, sino arte de fina comprensión espiritual, social.

Los matemáticos ya no fueron expresión de una rebeldía contra la escuela que abominaba de los números: se era ingeniero por destino, y nada más. Ya no se introducían de contrabando postulados de la Revolución francesa con el objeto de utilizarlos en la interpretación de problemas americanos, sino que se quería hacer de América un maniquí para probarle la casaca de Mirabeau o Robespierre, siguiendo los folletones de Lamartine.

—No quiere esto decir que el sentido revolucionario

estudiantil se hubiese eliminado. Tomó una variante y entró en pugna con una institución recién creada. Entró en pugna con el militarismo.

En un pueblo inexperto, que acababa de surgir de las victorias alcanzadas por ejércitos de montañeses y llaneros, los jayanes analfabetos recogieron el triunfo con un título que parecía tan bien ganado como el de los autores intelectuales de la revolución. Como surgía el hombre de las leyes, surgía el caudillo, y una competencia inevitable vino a enfrentar a ideólogos e imaginativos con matoides afortunados.

La posición de los estudiantes quedaba definida de antemano. Ellos, como en los buenos tiempos del seminario medieval, eran débiles y febriles, motivados por luchas ideológicas; gritaban albricias todas las mañanas al descubrir libros nuevos que llegaban por toneladas a los puertos de la República. Por reacción, leer, y leer cosas avanzadas, había llegado a ser la moda de aquellos tiempos. Y los chicos sacrificaban su fuerte contextura, traída de los campos, en aras de una actividad intelectual bien sostenida.

Las escuelas fueron centros de curiosidad intelectual en donde se atrincheraban los mozos contra las dictaduras militares. Esto ocupó el espacio de un siglo. Sobre la raya misma de la última victoria en la guerra de independencia quedó definido el campo de la juventud. Los estudiantes condenaron la dictadura de Bolívar.

—El 25 de setiembre fue un instante, un solo momento, pero el más trágico y dramático en la historia de América. Aquel día, Bolívar, cosa extraña, no era el símbolo de la independencia. Era el genio cansado detrás del cual los militares asentaban la dictadura y humillaban el espíritu.

En un pueblo donde se precipitan corrientes encontradas y respetables, muchas veces movidas de patriótico afán, y en donde cada una exige se incline de su lado la voluntad común, el estadista acaba por apasionarse en favor de un partido y precipita él mismo las potencias en desequilibrio. Surgen ensayos y pruebas y la democracia sólo puede salvarse por reajustes violentos. Así ocurrió entonces. Los generales analfabetos tenían un derecho, eran respetables; ásperos, salvajes si se quiere, llenaban con su presencia los escenarios

gloriosos de la guerra emancipadora. Frente a ellos se levantó la juventud universitaria.

Para las juventudes que surgían, la guerra había concluí do, y reclamaban los derechos del espíritu que la fecundó y debería expandirse en la plenitud de la paz.

Eran dos temperamentos, dos maneras en pugna y dos espíritus. Hasta en los detalles más pequeños se retrataban unos y otros. Hay una anécdota que lo explica todo:

«Era el coronel José Bolívar uno de aquellos valientes llaneros venezolanos cuyas proezas en la guerra de independencia parecen fabulosas; hombre de pocos alcances, de carácter bondadoso, de fuerzas hercúleas, de color blanco —rareza notable en los llaneros—, se había elevado por su valor a una altura en que por su educación no podía sostenerse. En aquellos días le había dado un apretón de manos al doctor Vicente Azuero, dejándole a este escritor público gravemente estropeada la suya. Por esto lo detestaban los santanderistas.»

La juventud se resentía. Los estudiantes de San Bartolomé dirigieron al Libertador un memorial, quejándose de las irregularidades que se cometían en el colegio. El dictador devolvió el memorial sin considerarlo: juzgaba altivos sus términos, y ordenó, en consecuencia, al rector que humillase en público a los signatarios.

En la Quinta de Bolívar los militares celebran orgías y quemaban en las hogueras, alternativamente, lomos de ternera y efigies de civilistas que gozaban de prestigio en la universidad.

La ciudad se resentía al paso insolente de coroneles hercúleos y borrachos, cuyos triunfos había cantado ella, generosa, en el día de la victoria, derramando flores sobre sus cabezas.

Sobre todas estas circunstancias personales se imponía

una cuestión de principios. En la sociedad "Filológica" se planteaban problemas fundamentales de la democracia por jovencitos barbilimpios, en términos heroicos. No se hablaba, dice un cronista, sino del paso del Rubicon, de la batalla de Farsalia; los más puntuales citaban a Harmodio y a Aristogitón; el joven Vargas Tejada escribió un monólogo, en verso, sobre el suicidio de Cayo Porcio Catón en Utica: lo aprendían los colegiales de memoria y lo representaban, aplaudidos y estimulados por los gritos de «¡Viva la Libertad, muera el tirano!» El grito heroico era un legado de la guerra de independencia.

Además, los muchachos tenían en la cabeza la calentura de la Revolución francesa. El sentido dramático de unas jornadas hechas en grande escala, con crímenes enormes y sacrificios monstruosos. América podía, en ese instante, quemar a sus hombres, como quemó Francia a sus dioses. No era asunto delictuoso: era cuestión de principios.

Los estudiantes no fueron toda la conspiración, pero la determinaron. Liquidaron la dictadura. Conspirar no era asesinar, y en lo que hubo de estudiantil en la conspiración no cupo, no podía caber, el pensamiento del crimen. Se escribió un postulado de civismo que habrían de reafirmar los estudiantes en hechos posteriores.

—Los estudiantes que conspiran contra Bolívar dictador aparecen luego en todos los momentos de América cada vez que de derrocar una dictadura se trata. Ellos montan guardia en la prisión del general Mosquera, cuando el caudillo suspende la Constitución y los civilistas toman el palacio, encarcelan al dictador y restauran el vigor de las leyes. Los mozos de dieciséis años que custodian al prisionero detienen a la chusma de artesanos armados que quieren libertarlo.

Cincuenta años más tarde, en tropel abandonaron las escuelas para cumplir en la calle nueva tarea democrática. Bajo la amenaza del ejército que apuntaba contra ellos sus armas, y que no tomaron en cuenta, indicaron el camino del exilio al general Reyes, dictador. Veinte años después, en las jornadas del 8 de junio, el general que había baleado a los trabajadores de Santa Marta en la zona bananera explotada por la Unidad Fruit, sufrió el rechazo de los estudiantes.



Así, a través de un siglo y en toda América, la actitud es la misma. Frente a una universidad libre no pueden perpetuarse las dictaduras militares. Los viejos letrados suelen claudicar. El estudiante vive en perenne trance de sacrificio. Esto es patente, hasta en las excepciones. Para instaurar el régimen de La Regeneración. Rafael Núñez principió castrando la universidad. Juan Vicente Gómez, el

último caudillo bárbaro de América, cerró las escuelas, metió a los estudiantes en las prisiones de la Rotonda. Machado, en Cuba, hizo desaparecer a los líderes de la vanguardia estudiantil. Toda dictadura en América necesita, en primer término, arrancar la lengua al estudiante.

—Los estudiantes son la conciencia cívica de América. Si le gritaron «¡Alto!» a Bolívar, podrán gritárselo luego a los hombres. Machados, Saavedras, Sánchez Cerros o Leguías dominarán materialmente, un día, su escenario local, pero hallarán siempre un abismo interpuesto entre sus ambiciones y el espíritu de la juventud, imagen del futuro.

Ese espíritu de la juventud congrega muchedumbres en la hora oportuna y devuelve su tono y calidad a la República. Sobre esto, las anécdotas se repiten con persistencia edificante.

El caso de Leguía en el Perú es ejemplar. Lima era demasiado estrecha para que alcanzaran a escucharse dos voces: la suya y la del profesor. Un día, cuando los estudiantes se hallaban reunidos en el patio de San Marcos, la policía, disfrazada, se hizo oír súbitamente por boca de las pistolas. Hablaba el profesor Belaúnde y su conferencia fue cortada con tijeras de plomo. La suerte quedó echada. Los estudiantes salen a la protesta, el clamor llena calles y plazas, despierta eco en los rincones obreros, provoca la huelga, para los tranvías, cierra los talleres, hace que la ciudad vea, oiga y entienda: sobre el servilismo de la burguesía y la Iglesia, ante la dictadura, los estudiantes hacen ondear sus estandartes rojos. Surge entonces Víctor Raúl Haya de la Torre: discurso abierto en cada esquina, palabra guiadora de cada conciencia. Con obreros y estudiantes, en ejércitos compactos, domina la ciudad. El

clero se recoge. El arzobispo se hace a un lado. El dictador tiembla de rabia. Mozos imberbes desconocen los plebiscitos fabricados en la imprenta oficial. Las tropas de la dictadura revientan cráneos sobre la cruz de las calles. Caen obreros, caen estudiantes, víctimas naturales de la jornada. Pero detrás de los asesinos, como siempre, se cierran, más fieles aun, las huestes juveniles. Parece que van a cantar *Marsellesas* y tiembla en su canto el dolor. Los muertos —sus muertos— no quedarán como víctimas oscuras del crimen cotidiano. Rompen los estudiantes las puertas del anfiteatro y sacan a los muertos —sus muertos— para velarlos en el salón de grados de la universidad, de su universidad. Veinte mil personas —obreros, estudiantes, compañeros— velan en torno a la capilla ardiente: la ciudad se congrega rodeando a sus hijos más jóvenes, a sus trabajadores, en un círculo inmenso que tiene por centro la claridad de cuatro cirios. A las diez de la mañana los ataúdes flotan —barquichuelos de tablas miserables— sobre un mar de olas negras: las cabezas de la muchedumbre. El cortejo se alarga como cuña que penetra hasta el corazón de la ciudad. ¿Quién arrió las banderas entre crespones de luto? ¿Quién hizo rodar la ola de silencio a los pies del dictador? ¿Quién condujo la muchedumbre al camposanto? ¿Quién tiró del camposanto el recuerdo, serpentina de luz que parte de un camino de cipreses, y volando, volando, ciudad adentro, se anuda en la garganta angustiada de las mujeres, en la garganta del obrero, en la garganta musical de la juventud? ¿Quién era el nuevo enemigo del dictador? El estudiante. Víctor Raúl, a quien Leguía encarcela más tarde, a traición, a medianoche, en un pueblo remoto, y lo destierra. Hasta más allá de los mares azuzará el dictador los perros de su venganza. Pero los veinte mil centinelas que iluminó la

mariposa de luz de los cirios funerales guardan su recuerdo. Ante el reto de sus frentes, que se alzan acusadoras todas las mañanas cuando el sol clarea y se multiplican hasta donde llega la tierra del Perú, cae, al fin, abrumado, el dictador y queda como un muerto más en los cementerios de la Historia.

Así llevamos en Bogotá, un día, entre seis tablas pintadas de negro, a Gonzalo Bravo. ¿Quién era Gonzalo Bravo? Naturalmente, un estudiante. ¿Para qué Gonzalo estudio leyes? Un soldado de la guardia presidencial le incrustó en el cerebro la idea única. Un estudiante asesinado es un gran dolor. En Cuba mataron a muchos blancos, a muchos negros; pero lo que la Historia recuerda es el sacrificio de los estudiantes. Bogotá toda condujo los despojos de Gonzalo Bravo caminando en silencio. Había algo más que las seis tablas de pino pintado: sobre ellas, una bandera de seda. Con sus colores vivos, sin crespones, oro, escarlata, esmalte azul: una resurrección. Claro: detrás de la Universidad marchaba la República. Había dolor en el silencio, y alegría de juntar a todas las almas de Dios.

Los carillones del silencio repicaban temblorosos, en los corazones. Ni una palabra, ni un reproche en toda la ciudad, que se asomó a una sola calle. Apenas allá, lejos, como empujando lentamente la caja mortuoria, besando con sus labios rojos y con sus ojos oscuros la bandera, dejaba caer sus notas, desolada, la marcha fúnebre del compañero. Los ecos de la música golpeaban las sienes: martillo de Dios sobre el corazón de las mujeres, compás de espera que apretaba los puños de los muchachos. La ciudad absorta delante de un crimen grande. Las reinas de los estudiantes, las princesas de los estudiantes, llevaban los brazos cargados de rosas, laureles, lirios. Las horas se pasaban, de mano en mano, mensajes de dolor. Atrás, muy

lejos, distantes como el olvido, quedaron los asesinos militares que incendiaron aldeas y degollaron campesinos inocentes.



XIV

El mirador de la vida

La disciplina ha sido y es generalmente deficiente en nuestros institutos educativos. La juventud se muestra rebelde y muchas veces anárquica. Proviene esto de diversas causas: el espíritu social, el carácter criollo, las ideas jacobinas ambientes...

Este ya es otro. Ríe como nadie ha reído en toda la noche. De cuantos hacen rueda a esta mesa redonda, es el más liviano: resuelto en la alegría, afirmativo en su misma carcajada. Claro que todos tenemos aire de trúhanes y vagabundos, pero este muchacho es magnífico: ha roto la estampa de la melancolía y desplegado la *Primavera* de Botticelli.

Es ingenioso. Inventó muchas cosas. Inventó las fiestas estudiantiles.

—¿Cuándo harán ustedes las fiestas? —le preguntaron los burgueses irónicos, taimados—. El primer día de la primavera —contestó el muchacho.

Y así fue. El primer día de la primavera hizo que la ciudad se vistiera de sol y seda, se llenaran las calles de música, resucitaran las guitarras, golpearan las castañuelas, se dispararan desde las ventanas serpentinas y se cubriera el asfalto con alfombras puntillistas de papel.

Otra cosa inventó: las reinas de los estudiantes. De las más bellas de la ciudad hizo una colección de princesas, y preguntó a la ciudad: ¿cuál será mi reina? La muchedumbre enloqueció: nunca se le había preguntado una cosa con tanta gracia. La reina, la reina, se gritaba de polo a polo. ¿Cuál será la reina? ¿Será la princesa Olga o la princesa Helena la princesa Elvira o la princesa Beatriz? Una mirada valía mil votos y una bella sonrisa llenaba las urnas del sufragio. Y ¿sabéis lo que ocurrió cuando la

reina fue electa? ¿Sabéis lo que fue de la ciudad de campanarios y monjitas, de misas de cinco y viejas arrugadas? Se volvió caja de música. Pedacitos de danza alegraban todos los oídos.

Inventó las serenatas. Las serenatas se habían olvidado, y recordarlas era como inventarlas. Las iglesias dejaron de dar las horas en la noche: se daban en las guitarras. El estudiante canta en la guitarra a la novia lejana, bobo bajo la luz de la luna, bobo con la lengua suelta en trovas que le agrandan el recuerdo, la distancia, la emoción. Rondando calles, oían las princesas de estos reinos democráticos cantares de los novios a las novias ausentes. ¿Quiere usted, princesa, decían, mirar de cerca a estos muchachos que la universidad se traga durante el día, y en la noche La Loma, El Turpial, la casa desconocida del estudiante? Y la guitarra se iba abriendo, como una ventana en la noche, sobre goznes de seda, y allí se mecían las horas: la una, las dos, las tres de la mañana.

¿Y todo esto era así? ¿Era verdad? ¿Eran ciertas las carcajadas del carnaval, el río de los alegres bufones, o íbamos al borde de las tristezas de Pierrot?

¡Estudiante del año 18, estudiante del año 28, cazador de la vida, buscador de emociones!

¿Llevabas adentro la filosofía de las máscaras? Tú, que fuiste el Rockefeller de la risa, el empresario de las carcajadas, ¿te diste cuenta de que estabas detrás del antifaz?

Dejemos esto y sigamos adelante. Tuércele, compañero, el cuello a la canción. Tu palabra, amigo, está sobre la mesa.

Él dijo:

—El civilismo dio a la Universidad e imprimió a la

República una conciencia jurídica. Adhirió a las leyes de modo absoluto. Limitó la investigación y apagó, sin pretenderlo, la crítica, el espíritu revaluador. El civilismo aceptó las leyes en su formalismo estático, no en su esencia dinámica. Fue tímido para considerar su evolución, la urgencia de adaptarlas a los nuevos hechos que revelaba el análisis social. Hacía de la ley un fantasma parado, se ligaba al pasado, a la tradición en lo que tiene de más artificioso.

Las universidades fueron momificándose, retrocediendo hasta confundir su estructura con la de las universidades coloniales. Se fijaron principios que serían el término de las posibles inquietudes. Así surgió ese ente del Derecho romano, revivido.

El Derecho romano era algo terrible. Iba la juventud alegre, desprevenida, orientada hacia una solución en donde tuviesen cabida sus anhelos; enfocaba certeramente un problema social, y cuando ya se lanzaba a coronar su anhelo, un señor gordo, erudito, de ésos que solemos llamar un patricio, un maestro, se interponía en su camino y abría los textos del Derecho romano.

Esta historia es de ayer. Las jornadas más felices se detuvieron ante los dictados de Papiniano o la fe de las Pandectas. Los muchachos, vencidos, convencidos, se resignaban. Premurosamente destruían sus proyectos. Melancólicamente volvían a la nada de donde habían salido. Y la sombra del romano se retiraba satisfecha, metida entre su toga de trasnochador impenitente.

Pero ocurrió que un estudiante decidido —los puños cerrados contra los riñones, las piernas abiertas como un compás— se cuadró un día ante el señor gordo y le dijo: «No creo en el Derecho romano.»

Desde Adán hasta hoy no se ha dicho frase más

subversiva. Fue hacha que rajó la historia en dos mitades para que las nuevas generaciones tomaran la suya. Se acabó el señor gordo, se destapó la vida encerrada en cofres de misterio, se miró hacia adelante sin temor.

Divertida paradoja —comentaba el estudiante— la de una república que nació en espasmos de libertad, para meterse en nido de polillas.

—Es el año de 1918. Sobre la Universidad de Córdoba pesa la sombra del bronce de fray Fernando de Trejo y Sanabria, que, como el gnomon de un reloj de sol, ha venido marcando las horas del claustro desde hace tres siglos.

El estudiante mira al bronce y se pregunta si con ese símbolo podrá ser fiel a su tiempo. La cabeza verde del fraile, que parece salir de su encrucijada de trescientos años, le mira misericordiosa y extrañada, con ojos huecos, cara de bejuco y el entrecejo imperioso que presidió las alboradas del alfabeto en los seminarios de América. El estudiante repara en el monumento familiar, y lo halla extraño. Una duda inusitada lo asalta. El no tiene confianza en la universidad como escuela. Se siente defraudado porque su vida ha venido desviándose de sus fines más excelentes bajo la disciplina de las aulas. La indiferencia académica ante las revaluaciones científicas, ante inquietudes sociales que llegan de todos los ángulos de la tierra, le parece traición a su tiempo, negación de la responsabilidad histórica que pesa sobre su juventud. Tiene la sensación de que minuto que pierde en dudar es minuto que roba a su destino. Cuando una gran fe surge, la duda y la convicción inmediata se atropellan: la duda, por creer que no ha entregado todo su mensaje; la convicción, por darse todo, ahí mismo, como afirmación absoluta de

ideal resuelto.

El estudiante echa por tierra el bronce de fray Fernando. Las viejas que salen para misa en la madrugada tropiezan con la mole, que ha rajado las losas del pavimento con las narices, y miran trunca la pirámide de los afectos tradicionales. El escándalo es enorme. La ciudad se echa a vuelo desde los campanarios. El arzobispo lanza fuego celeste, en forma de pastorales, para condenar la soberbia de la juventud. La Universidad de Córdoba, venerable y venerada, es monumento de la ciudad y la república. El sacrilegio retumba en las conciencias góticas como en los muros de una caverna.

El estudiante sabe lo que ha hecho. Se lanza a las calles. Desafía a los escandalizados. Arranca del paraninfo las colecciones de retratos viejos y los tira por las ventanas. Enciende hogueras. Cierra las escuelas. Abandona las aulas. Monta trincheras en revistas improvisadas. Y con voz fírme como un cartel de desafío da este grito para alertar a la Universidad vencida:

—¡De hoy en adelante el que da las horas soy yo! El estudiante de Córdoba interpreta la voluntad de los estudiantes de América. Su grito se estaba esperando. De México a Magallanes se oye una misma voz. La revolución ya no se anuncia como revolución política: es universitaria. Lo que estaba equivocado no era el país: era el instrumento con que se le estudiaba, su órgano de interpretación: la universidad.

—¿Qué reclamaba el estudiante? El fuero de la vida. Iba a entrar a los laboratorios del mundo con las manos libres, a reconstruir las escuelas sobre escalas más audaces.

Vida fue expresión que cayó sobre las juventudes como el gran descubrimiento. Las revistas de vanguardia se

abrían recordando esta frase de Renan: «La juventud es el descubrimiento de un horizonte inmenso, que es la vida.» Rodó levantó una tribuna en Montevideo e inició su discurso con el dilema que fijaba la responsabilidad histórica de esas generaciones: Renovarse o morir. Ortega y Gasset hizo el nuevo reclamo en su libro *El tema de nuestro tiempo,* que le conquistó el afecto de los nuevos. José Vasconcelos abrió de par en par las puertas de la Universidad de México, construyó estadios griegos que exaltaron el vigor pagano de los cuerpos desnudos a la caricia del sol. José Ingenieros bosquejó la universidad del porvenir en un ensayo ambicioso que está por encima de toda menuda preocupación: la que disecó la ciencia en las escuelas sin savia. Alfredo L. Palacios inauguró en sus cátedras métodos que sorprenden la miseria de la vida social.

Vida significa establecer contacto con el instante en que se vive: no mirar las cosas sobre el espejo sin azogue de los libros, sino captar el momento fugitivo, hacerlo pasar por la conciencia del estudiante en acecho. Se necesitaban laboratorios, observatorios, excursiones a través de las culturas, las ideas, los pueblos. Bajo la sacudida de la guerra, Europa entraba en una era de contradicciones que pusieron en duda todos los principios. Se dieron los sabios a la tarea de revisar las ciencias. El estudio adquirió velocidad nueva, el ojo penetración o desconocida u olvidada; de esa velocidad y penetración quiso participar la juventud.

La vida, para el hispanoamericano, diferenciado en el mundo de las Américas, tenía un contenido espiritual. Por los senderos de la inteligencia caminaban más diestros los muchachos. Esa fue la razón de Córdoba, la razón de 1918.

—En cierto sentido, vida se contrapone a civismo, a civilidad; en civismo hay una figura jurídica, un convencionalismo que el impulso vital desaloja por estrecho y limitado. Para el estudiante vitalista el hecho existe. Hay que aceptarlo. El hombre civil se refina, se aísla. No acepta las soluciones de hecho, no comprende ciertos conflictos, niega a los caudillos, avanza hasta negar a los pueblos. Se figura que el hombre es una voluntad libre, desprendida de las circunstancias, del ambiente, de la historia, de la herencia. Cree que las cosas son como deberían ser y no como son. Traza su república sobre planos ideológicos y fuerza a las gentes para que se ajusten a ese tipo imaginario de organización.

El estudiante no es cívico, ni civilista, ni civil. Simpatiza con Rusia porque Rusia es un argumento de hecho. Empieza a descartar principios y a reducirlos a lo que han sido muchas veces: aberraciones. Si es preciso, llegará a reconciliarse con los caudillos. No con los militares: no con el Primo de Rivera trasladado al mundo americano. Pero aquellos caudillos morenos que llevaron Dios sabe qué generoso anhelo en el filo de los machetes, aquellos indios tostados en las candeladas de la guerra civil... tal vez sí. El estudiante llegará a reconciliarse con los caudillos: no para someterse a ellos: para considerar el contenido social que representan. Para este gustador del mundo no hay castillos, ni torres en donde se refugien y se hagan esquivas las ideas. El canto popular, la expresión ingenua de las masas se ve, de pronto, valorizada, estimada como nunca antes lo había sido. Los poetas se olvidan —¡al fin! — de la mitología griega postiza y convencional. Y ¡que viva Martín Fierro!

—Este afán conduce a los muchachos a cometer

extravagancias. Son ingenuos. Las generaciones maduras, subidas al pórtico del Partenón, con su pico de búho, inmóviles, se burlan de los cándidos investigadores.

Esto no significa nada. Quienes hacen su trabajo con devoción y amor, desdeñan esa crítica sin perspectivas. Hay algunos que gastan su vida en buscar una manera de expresión más retórica: sus ensayos, sus tanteos, resultan grotescos, estúpidos. De ellos ríen los comerciantes: reír es la postura más fácil. Y los buscadores infortunados mueren muchas veces sin haber encontrado nada: apenas indicios, pedazos de verdad, tonterías. El mundo se encarga de ignorar lo que esto tiene de heroico y de grande.

Hallar otra vez los valores elementales de la vida bajo un cúmulo de figuras artificiales —embelecos jurídicos, necedades literarias, gramatiquerías, academias, normas apriorísticas—, es faena que necesita abnegados, pupilas peneyó estadios griegos que exaltaron el vigor pagano de los cuerpos desnudos a la caricia del sol. José Ingenieros bosquejó la universidad del porvenir en un ensayo ambicioso que está por encima de toda menuda preocupación: la que disecó la ciencia en las escuelas sin savia. Alfredo L. Palacios inauguró en sus cátedras métodos que sorprenden la miseria de la vida social.

Vida significa establecer contacto con el instante en que se vive: no mirar las cosas sobre el espejo sin azogue de los libros, sino captar el momento fugitivo, hacerlo pasar por la conciencia del estudiante en acecho. Se necesitaban laboratorios, observatorios, excursiones a través de las culturas, las ideas, los pueblos. Bajo la sacudida de la guerra, Europa entraba en una era de contradicciones que pusieron en duda todos los principios. Se dieron los sabios a la tarea de revisar las ciencias. El estudio adquirió

velocidad nueva, el ojo penetración o desconocida u olvidada; de esa velocidad y penetración quiso participar la juventud.

La vida, para el hispanoamericano, diferenciado en el mundo de las Américas, tenía un contenido espiritual. Por los senderos de la inteligencia caminaban más diestros los muchachos. Esa fue la razón de Córdoba, la razón de 1918.

—En cierto sentido, vida se contrapone a civismo, a civilidad; en civismo hay una figura jurídica, un convencionalismo que el impulso vital desaloja por estrecho y limitado. Para el estudiante vitalista el hecho existe. Hay que aceptarlo. El hombre civil se refina, se aísla. No acepta las soluciones de hecho, no comprende ciertos conflictos, niega a los caudillos, avanza hasta negar a los pueblos. Se figura que el hombre es una voluntad libre, desprendida de las circunstancias, del ambiente, de la historia, de la herencia. Cree que las cosas son como deberían ser y no como son. Traza su república sobre planos ideológicos y fuerza a las gentes para que se ajusten a ese tipo imaginario de organización.

El estudiante no es cívico, ni civilista, ni civil. Simpatiza con Rusia porque Rusia es un argumento de hecho. Empieza a descartar principios y a reducirlos a lo que han sido muchas veces: aberraciones. Si es preciso, llegará a reconciliarse con los caudillos. No con los militares: no con el Primo de Rivera trasladado al mundo americano. Pero aquellos caudillos morenos que llevaron Dios sabe qué generoso anhelo en el filo de los machetes, aquellos indios tostados en las candeladas de la guerra civil... tal vez sí. El estudiante llegará a reconciliarse con los caudillos: no para someterse a ellos: para considerar el contenido social que representan. Para este gustador del

mundo no hay castillos, ni torres en donde se refugien y se hagan esquivas las ideas. El canto popular, la expresión ingenua de las masas se ve, de pronto, valorizada, estimada como nunca antes lo había sido. Los poetas se olvidan —¡al fin! — de la mitología griega postiza y convencional. Y ¡que viva Martín Fierro!

—Este afán conduce a los muchachos a cometer extravagancias. Son ingenuos. Las generaciones maduras, subidas al pórtico del Partenón, con su pico de búho, inmóviles, se burlan de los cándidos investigadores.

Esto no significa nada. Quienes hacen su trabajo con devoción y amor, desdeñan esa crítica sin perspectivas. Hay algunos que gastan su vida en buscar una manera de expresión más retórica: sus ensayos, sus tanteos, resultan grotescos, estúpidos. De ellos ríen los comerciantes: reír es la postura más fácil. Y los buscadores infortunados mueren muchas veces sin haber encontrado nada: apenas indicios, pedazos de verdad, tonterías. El mundo se encarga de ignorar lo que esto tiene de heroico y de grande.

Hallar otra vez los valores elementales de la vida bajo un cúmulo de figuras artificiales —embelecos jurídicos, necedades literarias, gramatiquerías, academias, normas apriorísticas—, es faena que necesita abnegados, pupilas penetrantes. Se trata de romper una maraña de siglos. El estudiante no mira las dificultades, sino los propósitos. Lo otro-sería servilismo, claudicación.

Tampoco pone límite a su afán de inquirir lo que pasa fuera de su provincia. Hace esfuerzos sobrehumanos por nivelar su cultura con las más altas y viejas. Parece un iluminado, un loco —hijo del Sol— que se lanza a

escenarios deslumbradores.

El punto de partida fue un anhelo. Córdoba dijo: abramos las ventanas de la Universidad. Los muchachos se lanzaron a la búsqueda de todos los matices en que se irisa el pensamiento de nuestros días. La burguesía les increpa: vagabundos, noveleros, desaplicados (quiere que ellos se apliquen a lo que ya no sirve). Y ellos, vagabundeando por las nubes, mueren muchas veces de fiebre persiguiendo un anhelo que no se define.

Aquí surge el recuerdo de Tamí Espinosa.

—Sus únicas amigas fueron las horas solitarias. Pero, fuera de ellas, ¿quién supo de Tamí Espinosa, quién lo vio, quién asistió a su lucha espiritual? Tengo la alegría de saber su nombre, es decir, el nombre de un héroe anónimo. Le vi, estreché su mano, supe la hora de su muerte.

Tamí llegó a la ciudad un día sin fecha, y se metió a la fonda del estudiante, como todo recién llegado de provincia. Muchas veces he llegado a pensar si Tamí Espinosa no se llamaba así, si era sólo "el estudiante de provincia". Sus padres —tal vez un par de viejos arrancados a las viñetas de Millet— se quedaron trabajando en la labranza, en tierras eriales que sólo muestran calor y blandura cuando las remueve el campesino para hacer nido a tres granos blancos de maíz, a cuatro semillas de frísol barcino. Pretendían capitalizar en los triunfos escolares del muchacho el miserable ahorro que juntaban, de domingo a domingo, en los mercados del pueblo.

Desde que llegó, Tamí quedó tocado por la gracia: por los libros, por las cosas sorprendentes que guardan los libros. El iría a abrirlos, a rasgar con una tarjeta sus hojas, a recoger el perfume de la página nueva, a presenciar el

vuelo espiritual de las palabras que se desprenden de una cadeneta negra de letras. Sus miradas de provinciano escrutaban todos los panoramas. No asaltaban la ciencia: la asechaban. Tamí era amoroso de las letras. Frente a la ciencia, a la poesía, a las ideas, se rendía con amor puro, traído de los campos abiertos. El campo es una flor que, de paso, salen las nubes a mirar. Bueno: esto es una tontería. Hablando de Tamí me emociono más de lo justo. ¿Por qué? Porque sí. Su curiosidad aldeana se abría y demoraba horas y horas delante de las vitrinas en la calle de los libreros.

Cuando oía hablar a los maestros, sus cinco sentidos se recogían en uno solo. Las ideas lo cautivaban. Al borde de la mesa, en el café, escuchaba; nada más. Una fuerza interior lo movía a ser el discípulo perfecto. A darse todo él, oscuramente, en silencio, por toda causa en donde creía que germinaba el espíritu de nuestro tiempo.

¡Qué podían hacer el par de viejos metidos en el rincón de las faenas campesinas con aquel muchacho pobre, iluso, soñador! Ni ellos supieron ni nadie supo de sus inquietudes de aprendiz solitario, cuando, temblando de frío, divagaba sobre las teorías de Osvaldo Spengler o repasaba los conceptos de Wolffling sobre el arte. El pobre Tamí no tenía un centavo. El pobre Tamí almorzaba con un pocillo de café.

Pero esto último, sí, nadie lo supo. El sacó la cara para oír al maestro, y dejó fluir su vocecilla en coro de muchachos, regalando ideas que hubieran hecho millonarios del espíritu a otros más lanzados; se iluminó en vértigos de entusiasmo bajo las banderas del pensamiento. Entonces, desbordaba su presencia sobre su infinita oscuridad. Pero del hambre que puso a vacilar su cuerpo, de la angustia de sus ayunos, nadie nunca jamás

supo nada.

Con los cuatro reales de la pensión que le llegaba de sus padres, o comía o leía. Prefirió leer. La portada de un libro despertaba todo su apetito, todas las pasiones que podían caber en su naturaleza enclenque. Humilde lámpara de barro en donde se consumía una juventud de veinticinco años.

En ataúd de pobre sacaron a Tamí del hospital. A estas horas ya la tierra se lo habrá comido. No dejó nada. La sombra más liviana pesa más que su memoria sobre la tierra. Mirando, mirando mundos ilusorios se le cayó de las manos el reloj de la vida, y se fue, así no más, así, sencillamente, detrás de sus nubes y sus pájaros.

¡Qué divertido era Tamí Espinosa! Lo mató el deseo de compenetrarse con la vida de su tiempo: y la contradicción en que se colocó frente a la vida. ¿Sabéis el equipaje que llevó consigo al hospital? Un cuaderno manuscrito. Nada más. Un cuaderno en que su maestro había escrito las notas de una conferencia y que Tamí le había pedido como un regalo. Como se acaricia la cabellera de la amada Tamí acariciaba su cuaderno, y sobre su pobreza y agonía, las páginas aleteaban sugiriendo imágenes, perspectivas, fugas hacia mundos ilusorios...

—Lo que quiso el estudiante de Córdoba no fue echan por el suelo la estatua de fray Fernando, sino reconstruir sobre escala más ambiciosa los planes de la universidad americana. Terminó la leyenda de que eran maestros unos señores que se contentaban con repetir la lectura de textos arcaicos, libertó los anhelos de investigación contenidos por el con- servadorismo de las academias. La universidad, después de 1918, no fue lo que ha de ser, pero dejó de ser lo que había venido siendo. 1918 fue un paso inicial, la

condición previa para que se cumpliera el destino de la universidad en América como Universidad. Así lo hemos sentido desde entonces, y sólo aspiraríamos a que de nosotros se dijese lo que realizamos: abrir una ventana.

La pasión de la hora ardió en nosotros hasta iluminar maravillosamente el círculo polar de la tragedia. Pero de un valor que recibimos de herencia: el civismo, dejamos dos que sirvieran para fijar el equilibrio de la cultura americana: el civismo y la vida.

Los políticos

Más ha menester la República que su Príncipe tenga la perfección en la mente que en la frente.

SAAVEDRA FAJARDO

¿Volverá a surgir el tipo del estudiante revolucionario, como lo vimos a principio del siglo XIX? ¿Ocurrirá de nuevo que una gran inquietud científica sea puente para que otra vez vayan las juventudes al pueblo y la ciencia surja de la entraña de América? ¿Volveremos sobre la conciencia perdida de la patria?

Es ésta la duda que resolverán los que llegan. Ellos lo saben, o adivinan, porque sólo la juventud tiene revelaciones. A veces parecen demagogos. Levantan sobre cajas de pino, en los mercados, sus tribunas, buscando caminos para llegar al corazón del pueblo. Y quieren apoyarse en el pueblo para derrumbar un sistema que condenan con todas las fuerzas de su espíritu.

Así se han hecho fuertes. En cinco o diez años han puesto en fuga a muchos presidentes de América. Pero unos se van y llegan otros, y América sigue siendo el mismo centro de ansiedades, la misma tortura para las muchedumbres estudiantiles que quieren mayor grandeza en el alma de la República, mayor seguridad para la vida de los humildes, menos resignación en quienes llevan la antorcha de nuestro destino.

En el fondo, el estudiante no es sino un político. Le interesa la vida del Estado, quiere hacer un Estado a imagen y semejanza de su pueblo, y es muy posible que el Estado necesite de él. Se ha dicho que la política es intriga,

bajeza, miseria y vulgaridades. Pero, ¿por qué no ha de ser otra cosa? ¿Por qué se ha de confundir al pueblo difundiendo esa idea desamparada? ¿Ese concepto bajo de la política es fatalidad de la República o consecuencia de una clasificación errada de los valores sociales?

El estudiante surge con impulso radical, dispuesto a destruir el concepto corriente de la política. No acepta la claudicación de que el Estado jamás pueda gobernarse con inteligencia y justicia, de que sea imposible tener un conocimiento real, verificado, de los problemas nacionales, una valoración justa del anhelo popular.

¿Para qué ha de servir la universidad si no ha de ser para que en ella la juventud indague el fundamento material y moral de la patria? La visión futura de la universidad es la de un gran laboratorio político, la de una empresa política con una idealidad nueva y definida y un plan nacional propio, terrígena.

Dice el estudiante:

—El universitario que se inició en 1918 abrió los ojos justamente cuando ocurría en el mundo la transformación de la postguerra. En el Norte se había montado una gran fábrica que nos enviaba automóviles, editoriales, novelas y empréstitos. Caravanas de propagandistas llegaban a nuestras aldeas y nos llenaban de catálogos, muestras, deseos de compra. El indio se consideró feliz con un encendedor automático; el barbero con un automóvil —el Ford—, que le daba el tono y gusto de recorrer su mundo rural. El hacendado, con el botoncillo eléctrico que movía después de la cena, desde el fondo de una butaca, recibía —encantado— a domicilio *Rigolettos* de Tita Ruffo, conciertos de la Sinfónica de Berlín y hasta el calor de los aplausos en el Carnegie Hall.

Llegó un día en que América toda sudaba por comprar encendedores automáticos, automóviles Ford, radiolas. Fue el delirio, la marea en que los mismos vendedores, deslumbrados, sufrieron un vertido de trópico con el éxito del trato, y se precipitaron con el ardor de la fiebre ecuatorial. El hispanoamericano sudaba, y pedía prestado. Todos acumulaban deudas y, como todos, el Estado. El Estado era una truhanería para empeñar a las generaciones por venir. Los agentes se convirtieron, de comerciantes, en directores de la opinión pública. Fueron ellos quienes, por vender automóviles, neumáticos y repuestos, hicieron ver a los campesinos la locomotora como un esqueleto de dinosaurio en el paisaje prehistórico de los Museos de Historia Natural: monstruos antediluvianos. Y ellos, los agentes, desde sus tiendas, con archivadores y revistas de papel satinado, determinaban a los ciudadanos para que le pidieran al Gobierno carreteras, fragmentos de carreteras, miríadas de carreteras, carreteras troncales, carreteras por los despeñaderos de los Andes y carreteras por el equilibrio de las llanuras, para sus automóviles. Los ingenuos ciudadanos, colocándose en la perspectiva que imponían los agentes, se sentían acariciados por la brisa de América, que les traería la carrera vertiginosa de los automóviles, vibrarían sobre los cojines resortados, gozarían del deleite de los neumáticos al brincar sobre las piedras del camino. Una tarde lanzaba el vencedor la idea de la carretera, y a la mañana siguiente la ciudad entera rebullía en el hervor de manifestaciones populares

exigiendo la carretera al Gobierno, imperativo del comercio, la agricultura, la civilización. El gobierno pedía prestado el dinero. Los agentes de los Bancos del Norte comprimían a los Estados indefensos para que les solicitaran empréstitos. Los hijos de los presidentes, los

ministros, eran sobornados. Se hacían grandes negocios, se vendían automóviles y se levantaban los rieles. Tranvías y ferrocarriles se vendieron como chatarra.

El proceso arrancaba de los puntos más débiles, se filtraba por ventanas de ingenuidad para desenvolverse y abarcar todas las potencias de la nación. Los agentes aprovechaban aquellos resortes que la ciencia psicológica calcula para que obre desde los planos más humildes. Los agentes le dieron una nueva ideología, un impulso desconocido a la mujer. La mujer ya no pasaba hilos de lana haciendo tapicería en las veladas de familia, sino que repasaba como una niña los catálogos de colores; ¡los automóviles escarlata, los automóviles que llevan el brillo de los pájaros, de las mariposas, de los peces! Se utilizó también la psicología infantil; para esto se estudia Psicología en las universidades de Norteamérica. Las agencias regalaban cuadernos a los niños; el niño, decían los agentes, es la cuerda más sensible por donde pueden transmitirse a los hogares nuestras "ideas". Porque, cosa típica de esos días, a cualquier cosa se llamaba idea.

Es así, partiendo de lo trivial, como se hace de cada república una colonia económica... y una colonia moral. No entramos en el juego de interdependencia de las naciones, en el juego de un mundo donde los valores se compensan y equilibran. No: fuimos perdiendo el sentido de la libertad, empeñando a las generaciones futuras y forzando las ideas para acomodarlas al cartabón extranjero. La "prosperidad a debe" descuadernaba la moral, producía confusión en las ideas, desconcertaba.

Pero en el fondo —y ésta es la tragedia—, América no vende su alma: no la vende el pueblo, no la venden las juventudes, que son la América esencial.

—Como siempre, ha habido tres maneras de expresión

en América frente al conflicto vital. Han hablado los bandidos, los políticos y los estudiantes.

—Los bandidos están representados en Sandino. Son vaqueros o labradores que defienden lo único que les pertenece, lo que nadie mejor que ellos tienen: su patria. Una vez más el mundo ve a los comuneros ofreciendo la vida en un sacrificio inútil. El indio de Nicaragua levanta las huestes vagabundas en un esfuerzo heroico por reconquistar la tierra y la libertad de su pueblo. Sus montoneras se agazapan en las montañas, mirando caer el sol o derramarse el odre de las nubes sobre la miseria de sus trapos de dril y sus corroscas de paja descosidas. No tienen para distraerse de la muerte sino humo de tabaco, y —para que tiemblen los yanquis— zurroncillos de pólvora y tres o cuatro revólveres de la guerra civil. La guerrilla ironiza y piruetea frente a las fuerzas del orden.

Pero este holocausto rústico apenas si resuena como el grito del hombre que se hunde en la selva. Inútilmente los pueblos reclaman conductores. Lejos de las montañas, las ciudades andan de prisa. El ruido de las rotativas, de las imprentas, no deja oír. No hay grito, no hay clamor que no se ahogue y pierda en la selva de ladrillos, donde día a día sube el nivel de las paredes para esconder el cielo a las multitudes enfermas.

¿En dónde estará el Libertador? Lo buscan los llaneros, que hace un siglo, por él, dieron la espalda al sol del llano y fueron a alcanzar la victoria sobre planicies de escarcha. Lo buscan los indios callados que no dejan asomar su viveza sino por las pupilas diminutas y chisperas, donde se agazapan la bondad, el juego doble y la malicia.

Así es: los ochenta millones que hormiguean por América besarían la tierra por donde pasara de nuevo un

caballero como aquel Simón enjuto y tostado que bordaba con su fe banderas desgarradas, iluminaba pueblos recelosos, levantaba razas vencidas. Los pueblos están de rodillas ante el paisaje descolorido de Santa Marta, por donde una noche salió, camino de la muerte, el caballero de Caracas, llevando en los labios el Padrenuestro de América, que empieza: «Si mi muerte sirviera...»

En su lengua, «Mi Amo Bolívar», decían los indios, «Mi Amo Bolívar», decían los vagabundos, y cada palabra era como el ruego de sus almas sedientas de justicia.

—Como ustedes saben, los campesinos fueron degollados. Los políticos los vieron, y se alzaron de hombros. La política vieja no ha podido decir nada. La última esperanza ha sido la de "los grandes estadistas".

Los ejércitos se disolvieron. La República ya no los necesitaba. El general o fue transfigurado en leyenda, o quedó como el sargento horrendo, con las botas salpicadas de sangre y los montachos ahumados en combates de la guerra civil. El general y la guerra se acabaron por razones económicas: los ricos juntaron cuatro reales y los banqueros del Norte comprometieron millones en las colonias del Sur. Surgió la paz. Los gobiernos con grandes figuras de generales cojos y mancos declinaron. Pero como era preciso dar oportunidades a los nuevos golosos, surgió el "gran estadista".

El "gran estadista" redactaba prospectos financieros, hacía contratos. Sobre una muchedumbre ingenua, este producto de las circunstancias se imponía como ensayo. América ha tenido la virtud de aceptar las experiencias de la "gente que sabe". Este avance de buena voluntad al saber, este crédito abierto ahora al "doctor", es la expresión de civismo más conmovedora que da la gente rústica.

Dentro de un mundo en donde cada organismo financiero se había perfeccionado por los especialistas y el capitalista disponía a su antojo de influencias que a medida que son más poderosas se hacen menos visibles, los estadistas criollos —creyendo intuirlo todo— se colocaron a merced del mecanismo indescifrable, sirviendo sin saber a quién servían, entregando sin saber lo que entregaban, como signos que ignoran su propio contenido.

Ellos se decían "estadistas", y con esta palabra quedaba a tono con la terminología de la hora. Se sugestionaban, encantados por el engaño del individuo que sabe *una cosa.* Y como el individuo que sabe *una cosa,* un pedacito del saber eran peligrosos.

Así pasaron los grandes estadistas de la nada a la nada, dejando otra vez la angustia en sazón.

—El indio solo es incapaz. El político intuitivo es incapaz. El tercer personaje que reclama la alternativa es el estudiante. Su punto de vista consiste en mirar el perfeccionamiento de la República como proyección de la Universidad, renovando en ésta su contenido social. Su ideal consiste en poner al aprendiz sobre el rastro de campesinos y artesanos para estudiar la vida del pueblo. Antes se consagraba a saber cuáles eran los puntos de vista de los romanos y los de don Alfonso el Sabio para adoptarlos y darles efecto cinco siglos fuera de su momento histórico. Hoy el estudiante quiere convertir la escuela en laboratorio social. Ofrecer a la República conclusiones tomadas de la vida, de su realidad inmediata, como en los tiempos de Caldas. Hacer de la universidad el fiel de la democracia ue registre los hechos, aunque vengan de muy abajo, y las ideas, aunque se vislumbren muy lejanas.

Desde luego, la idea de dar un destino político a la universidad choca contra el prejuicio de la burguesía. La gente que habla desde el mostrador en las tiendas de abarrotes, y constituye la más poderosa corriente del espíritu conservador, ha vaciado su pensamiento en esta fórmula: «El estudiante no debe mezclarse en la política.» ¿Qué significa esto? Aquí lo han dicho todos los compañeros de la tabla redonda: la negación absoluta de la historia.

La democracia se halla frente a una doble crisis que sólo puede resolverse por la universidad y por la juventud. De un

lado está la crisis de la política, que sólo puede resolverse por la universidad, y de otro lado está la crisis de la universidad, que sólo puede resolverse por la juventud.

La crisis de la política proviene de que ella no se ha organizado, ni puede organizarse para el estudio de la realidad patria. Cuando no hay manera de improvisar teorías, cuando la audacia individual no tiene aplicación porque la complejidad de los hechos reclama un estudio, la política que venía acostumbrada a presentar fórmulas abstractas no puede ofrecerlas hoy de nuevo sin sentir que se le van las muchedumbres de entre las manos. Hay descontento con los viejos partidos que mueve a los de abajo a organizarse por su cuenta y riesgo, aunque el riesgo se confunda con el sacrificio. En momentos desesperados, desborda la angustia inmediata. No es posible contener la rebeldía de los pobres. Ellos tienen el problema de su rancho, de su sin-herencia — —mariposa empolvada, sucia gris — que revolotea en la aureola de una civilizacioncilla luminosa, alegre, liviana, que se divierte y juega. Pero la política tiene que nutrirse de esas angustias en que vive el pueblo. De ellas hay que partir para hacerlo todo: desde la Revolución hasta la República.

La distribución de la riqueza en nuestro tiempo determina en el mundo una hipersensibilidad. Un movimiento que pudiera parecer insignificante, una simple providencia legal, un detalle reglamentario, adquiere resonancia lejana, profunda, a través de todas las capas humanas. Hay delicadeza extrema en el registro de las variaciones sociales. Y esto no sólo en términos internos, de nación. Se turba y se conmueve un país cuando en el otro hemisferio se produce un cambio cualquiera. La correspondencia, el reflejo social se ha dilatado hasta las

islas cuyos nombres decíamos en clases de geografía para mostrar erudición geográfica.

¿Qué puede hacer en estas circunstancias la política, sin recursos científicos para penetrar los hechos cercanos, para captar los hechos remotos? ¿Cómo procede sin tener una oficina en donde estas cosas se persigan y atiendan? ¿Dónde, si no es en la universidad, puede hacerse semejante estudio?

América goza de la ventaja excepcional de que sus universidades ocupan un primer plano en la consideración pública. En los países industriales, donde el capitalismo saltó en treinta años por encima de todas las tradiciones y principios, quedaron las universidades perdidas entre selvas de chimeneas. Se las tiene como un lujo, se las pinta de nuevo para halagar la vanidad y engañar a los espectadores. En el fondo no se las considera, se las desatiende y desprecia. Así, en los Estados Unidos, el hombre de negocios, que domina el Senado, que hace el gobierno y organiza la vida, cuando la universidad adelanta una opinión sobre régimen social o política aduanera, sobre no importa qué problema decisivo para la felicidad de esa república, no sólo desatiende esa voz, sino que se complace en humillarla y en hacerle sentir que ese no es su radio de acción.

En nuestra América, no. En nuestra América la universidad es más grande que la fábrica, se tiene la conciencia de que es anterior a la República, y no sólo la universidad: hasta los muchachos de escuela marcan el rumbo a la democracia.

—Pero a la crisis política, a la quiebra de los partidos y de la administración pública, corresponde la crisis de la universidad, crisis interna que debe liquidar la juventud.

La sacudida de 1918 no dio toda la clave. Abrir una ventana hacia afuera corresponde a un deseo expansivo, centrífugo. Y el problema de hoy es de introspección. No se trata de ventanas, sino de tragaluces. Recoger la claridad de afuera para derramarla sobre el propio panorama, rehacer paisajes interiores, sacar a la luz relieves que se agazapan en rincones de oscuridad.

No es el caso de renovar el profesorado, no es el caso de libertar las cátedras: es esto y algo más. Que el estudiante vuelva sobre sí mismo y piense para qué se estudia, a qué debe destinarse la universidad. Cambiar de perspectiva, rehacer los planes, mudar la materia de la cátedra.

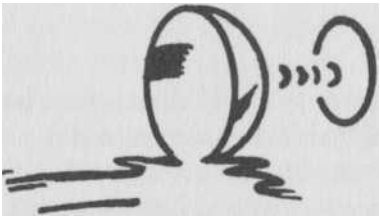
Hacer obra de juventud y obra de estudiantes. Dejar que esa entraña, la universidad, viva en todos los instantes de la República. No cometer el viejo pecado de desligar de la universidad al graduado, que saliendo al mundo va a comprobar si lo que estudió en la facultad servía. Tenemos que hacer del estudio fuente de renovación continua. Con el sentido de las viejas corporaciones, en la escuela estarán los aprendices. Al terminar el primer ciclo, pasarán a ser compañeros. De su contacto con la vida de afuera, surgirá el maestro como mano que ayude a desbrozar el campo.

Es la juventud sin prejuicios, es la juventud desinteresada y afectiva la que puede recoger el sentido de la patria, que está en el fondo del pueblo. Esa juventud que un día escribiendo las páginas de la Historia Natural de América, se halló con la revelación de los campesinos, que reclamaban su libertad. Los viejos que no reconocen esta capacidad juvenil, que viendo reír a los muchachos los consideran indolentes y frívolos, olvidan que ellos, en medio de esa indolencia y frivolidad, han determinado los movimientos más hondos de la historia.

El estudiante tiene una biografía de cinco siglos. No asalta posiciones, remoza las que le pertenecen por conquista milenaria.

—Sí: en esta jornada final iremos cogidos de la mano los mozos, y los mineros, y los gañanes zurdos, y los herreros tiznados de hollín, y los arrieros desvergonzados, y los torpes artesanos, y los bogas cantores, y los indios ladinos, y los negros zamuros, y los vaqueros libérrimos. E iremos también con las mujeres nuestras, morenas como el fragante pomo de la noche, alegres entre las banderolas de la alborada. Y llevaremos a los blancos para que oigan el concierto que tejen las voces de la patria y miren cómo el cielo de América permanece desnudo y vean los montes alegres y generosos que tiran ríos por las quebradas, y arrastran pedacitos de oro entre la arena de los aluviones.

La fiesta de la universidad, se dirá en las aldeas. Y saldrán las mozas vestidas con zarazas nuevas: y las casucas recién blanqueadas se verán en los campos como explosiones de geranios. La fiesta de los estudiantes, se dirá en los montes, y saldrán los bandidos, los vagos y volantes, riéndose de sus propias leyendas, y en sus potros bayos y en sus caballos moros y castaños levantarán polvo de oro en los caminos cantando galerones. Y por las ciudades —casas calaveras de cemento— pasarán los cantares que escondían los montes y las ansias ocultas y la gloria del campo que ríe entre los dientes de las vaqueras; ¡todo, todo porque es la fiesta de los estudiantes!



La Loma

A Carlos Pellicer, A los veintiuno, A los Pétalos Mustios.

¿En la taberna de la historia? No, señores. En el mesón de La Loma hemos celebrado esta asamblea del estudiante de todos los tiempos. En La Loma, donde siempre hemos vivido, porque se paga —o no se paga— la pensión barata y hay licencia para encaramarse en las mesas y dirigir discursos a la moza que sirve al comedor y quiebra platos.

Aquí fue donde Tomás de Aquino puso en fuga a Guillermo del Santo Amor; donde Torres Villarroel se dio cita con los toreros y Cristóbal Colón entró a saco en las Sagradas Escrituras. Aquí el Buscón quedó iniciado bajo una lluvia de improperios y algunas cosas peores. Aquí, y en esta mesa redonda, se tragaban los estudiantes a los agustinos porque no les cabía en su aro el sistema de Copérnico, y los discípulos de Humboldt conspiraban contra los chapetones, y los poetas de redondillas escribían lindos pasquines abominables. Aquí se tramaron todas las revoluciones: aquí, en esta casuca aplastada, de la que todas las vecinas se burlaron por sus tejas verdes y sus canales de lata agujereadas.

¡La Loma, La Loma! Castillo de estudiantes vagabundos que en la ciudad de piedra y ladrillos lavados se agazapaba hecha un mendigo, con paredes de tierra

pisada y patios de rosas y geranios. Sólo nosotros te conocemos, sólo nosotros te distinguimos, mesón desvencijado, buen fumador, buen soñador, tirando tu columnita de humo que anuncia a los muchachos brasas encendidas, cena caliente.

Tú conoces nuestras locuras, grandezas y debilidades. Amamos tu comedor con la claridad equívoca de un cancel que parece telaraña de vidrios partidos y polvorientos. Aquí, hemos discutido desde la redondez del globo hasta el robo del dios Momo. Porque es bueno que sepa la historia que nosotros robamos al dios Momo cuando ya era un cadáver. Esto, ¿quién no lo recuerda? La ciudad vestía de funeral y estaba ensordecida por las plañideras que acompañaban el féretro. El dios del Carnaval se balanceaba, camino del cementerio, después de tres días de borrachera y carcajadas. La luz de las antorchas, el hipo de los acordeones, las calaveras y el crespón, ponían sobre la ciudad un toque risible y macabro. Momo, con los ojos apagados, no se acordaba ya de quiénes lo habíamos cargado en la fiesta con festones de serpentinas y serpentinas de canciones. Entonces nosotros —robadores de genios—, rompiendo los círculos del cortejo, agarramos al dios por los cabellos, lo metimos en un automóvil y desaparecimos en la confusión de la noche. La ciudad quedó perpleja. Se desmayaron las oraciones fúnebres, que esperaban de pie sobre la tumba abierta. Corrían, locas, de punta a punta, por la calle Real, y por la calle del Arco, y por el puente colgante, y por todas las calles y puentes de la ciudad, las multitudes reclamando su muerto. Inútil. El Carnaval no podía morir para nosotros. Con su levita roja y su cuello de cartón, sus piernas de trapo y su vientre de paja, el Carnaval —nadie lo supo— ¡estaba con nosotros en la capilla de La Loma!

Fama tuvimos, y tenemos, de ser mozos atrabiliarios, sin piedad ni sentimientos. Sólo tú —caserón de La Loma, casuquín de La Loma— conoces nuestras debilidades. Somos unos sentimentales idiotas, como decía el Buscón hacia el ocaso de su vida. Que lo callen tus cuartuchos, tus camas desvencijadas, tus camastros de pino pintado de anilina, y un grabado de Víctor Hugo que cuelga de la pared, con la frente arrugada, las canas revueltas y el índice contra la sien; que lo callen las esteras rotas, el aguamanil de tres patas, el montoncillo de libros o libracos; que lo callen esos tres o cuatro muebles y trastos inútiles, únicos testigos de nuestra intimidad: cuando nos llega una carta sin ortografía, con las letras cayéndose y muchas vueltas en las mayúsculas —la carta de la madre, que viene de la provincia—, ¿adiós mi viejo Osvaldo Spengler! ¡adiós don Enrique Ferri! que todas esas filosofías son basura al lado de un pedacito de papel con garabatos de amor.

Aquí en La Loma, se templaron las guitarras, se ensayaron los discursos; de aquí salió para el Capitolio o para la tienda de empeños, para el examen de romano o para el hospital a morirse de tifus. ¡Caballeritos, estudiantes, caballeros de la mesa redonda!

¡Salgamos ahora a la vida, que ya evocamos bastante! Alegres como las murgas que de aquí parten con sus canciones. Y con la vida liviana, para entregarla toda en la jugada de una ilusión. ¡Camaradas, camaradas, pronto, que ya la madrugada se está metiendo por las calles!

¿Se romperá la cadena de nuestra amistad? ¿No volverán a estrecharse nuestras manos? ¿Olvidaremos que hemos vivido aquí, juntos, en un instante, nuestros instantes de cinco siglos?

Hoy vamos a vaciar una república en el molde de la

universidad y a modelar en la universidad —barro de América— el espíritu de nuestra nación. Cada día le agregamos alguna cosa nueva al contenido de la vida. Nunca hemos estado ociosos, buscando siempre, en luchas diferentes, distintos campos de acción para el espíritu de nuestra juventud. No se sabe lo que pediremos mañana bajo las banderas de un nuevo sol. Vivimos, como millonarios, regalando conquistas al presente, pero no palidecemos moribundos sobre nuestras ganancias: nuestra avaricia se proyecta hacia el otro futuro. Aprisionar siempre lo que ha de venir.

En nosotros la vida se renueva. En la historia del espíritu, somos siempre el Renacimiento.

¡Compañeros veleidosos, jóvenes vagos y volantes, almas livianas: afuera, afuera! Hay que dejar la casa de La Loma. El vino de la noche está agotado. Con el aletazo de la madrugada vienen las asechanzas del día en donde cuelgan racimos de hombres maduros. ¿Se dispersará la ronda estudiantil de esta noche? ¿Se aflojarán las manos que tienen el vigor de una antigua y eterna juventud? Hora de alba, aprieta los nudos en esta cadena de manos que eslabona la vida.

Don Germán está de vuelta

Han pasado sesenta años de esta noche larga que no se me acaba, repasando papeles de estudiante. La misma lámpara de petróleo. Parpadea. Parece que va a perder la llama, y no la pierde. La taberna, igual. La historia, idéntica. Ahora, unas sombras de estudiantes. Las de Eduardo Esguerra, Hernando de la Calle, Guillermo Londoño... En esta misma mesa hablábamos de fundar la Federación de Estudiantes con Carlos Pellicer, que llenó

nuestras noches bogotanas con su vozarrón magnífico, dibujando en la sombra las danzas de Tórtola Valencia, y haciendo evasiones de Bolívar como antes no las habíamos oído jamás.

La mujer que me sirve la cerveza dice: Don Germán no cambia; está igualito... No se da cuenta que estoy llevando el apunte de la melancolía. El recuerdo de las reinas perdidas: María, Elvira, Helena... De esa familia real de bellezas que inventamos para que la mujer entrara en la universidad prohibida. Porque fue en la nuestra, por allá en el 21, cuando se dio el primer baile en diez siglos. Desde que se fundó la Sorbona en París o se abrieron las universidades en Santo Domingo, México, Lima... Hasta ese día, en Bogotá, la mujer no podía pisar el patio de la escuela, que era de los varones. Con nosotros empezó el baile... Con Maruja y Elvira y Helena...

Yo me quedé estudiando, cavilando, y he seguido "asistiendo a clase". Después de ser el más experto organizador de huelgas y revoluciones... Me gustaba estudiar. Nos gustaba. Como al Mono Lemons, que por no entenderse con los profesores de la escuela de medicina, con cierto mal profesor, se declaró en huelga y con un puñado de compañeros resolvió irse a Santiago de Chile. Allá terminaron todos la carrera y se graduaron, cum laude. *Se retrataron, a los ocho días de llegar, con Gabriela Mistral.*

Entonces, borramos las fronteras. Jóvito Villalva, de la Federación de Estudiantes de Caracas, el de los discursos que hicieron vacilar a Juan Vicente, el que los ponía a trabajar en las carreteras con grillos, el de la Rotonda... Jóvito, escapando a la cárcel, pasó al Externado de

Bogotá... como Raúl Leoni, que luego fue Presidente de Venezuela. Rómulo Betancourt a Barranquilla... Miguel Otero Silva a Curazao... Mariano Picón Salas a Santiago de Chile... Éramos los estudiantes... Con Víctor Raúl en Lima, Deodoro Roca y Gabriel del Mazo y Julio V. González y Héctor Ripa Alber di en Buenos Aires y la Plata... O Julio Barranechea y Santiago Labarca en Santiago de Chile y Benjamín Carrión en Quito... Una cadena de juventud, juventud, torbellino, que iba cantando el soplo eterno, de eterna ilusión. Lo decía el coro de José Gálvez, el peruano, desde Montevideo, antes de que lo llamáramos don José.

Sobrevivientes... tal vez, no quedamos sino Luis Alberto Sánchez y yo. Si vemos los dos, con claridad, es por la circunstancia de tener cataratas en los ojos... El recuerdo es vivo. Se impone entre las sombras.

En todo caso, esta es la taberna, y esta la historia. Estamos en 1991. Sigo de estudiante, con el cuaderno en la mano, y el lápiz. El mundo se acerca al segundo milenio de la Era Cristiana y América a los 500 años de su existencia. América despierta en un amanecer de tupida niebla. No sabemos lo que nos espera a la vuelta de la esquina. En los últimos cien años nuestra Tierra Firme y sin ventura, la de los españoles que se vinieron a buscar otra España, una España que fuera libre y sin rey, republicana y democrática, acabaron ligándose como vagabundos con las indias y con morenas, y con blancos de otras naciones, religiones y lenguas. Después de todo, somos parte de un Continente donde todo es distinto, y todos, fugados que se vinieron de Europa para hacer casa

aparte. Desde Alaska hasta Patagonia no se han visto sino ingleses saliendo de Inglaterra, polacos de Polonia, irlandeses de Irlanda, suecos de Suecia, rusos de Rusia, alemanes de Alemania, griegos de Grecia, italianos de Italia, holandeses de Holanda... todos siguiendo los pasos de castellanos saliendo de Castilla, catalanes de Cataluña, gallegos de Galicia, extremeños de Extremadura, vascos de Vasconia, portugueses de Portugal... todos venidos a América a fundar un Nuevo Mundo republicano. No europeo sino americano. Cuyos 500 años están organizando la fiesta...

¡los españoles! ¡Caramba si estas cosas dan ganas de llorar!

¿Qué dice don Germán? pregunta la buena mujer que me trae la cerveza. Y les dibujo en el tablero, con la barrita de tiza que ella me trae, el logotipo de la Comisión Española para la celebración del Descubrimiento: 500. Se arma el bochinche. Y yo feliz como cuando escribí el libro en 1932.

¡Si, amigos de la Mesa Redonda y de la Loma y la taberna! ¡América es otra cosa! La conquista, como historia, es historia española. La Fiesta de la Raza blanca tiene de contrapunto el reconocimiento del hombre nacido en América y de todas las razas que aquí se reúnen y mezclan para formar la raza cósmica de Vasconcelos. Este es el Continente de Siete Colores. La papa, invención de la cultura peruana, acabó con las hambres que consumían a Irlanda, a Polonia, a Prusia. La Colonia, con todo el oro de sus retablos, la superó la República con la libertad que movió a los Bolívares. Corona es reconquista. ¡Borrarla

del tablero!

Tomando el trapo, la borró.

500 años, y, para nosotros, siempre el mismo horizonte... la liberación... Sólo quedó el polvo de talco en las mesas. Hemos llegado al primer día, para hacer un alto y la cuenta y balance del medio milenio de la independencia. Eso tenemos de estar haciendo otro Mundo: El Nuevo. Bastante se ha producido inventándolo todo desde el derecho de gentes que nació de los alegatos de Bartolomé de las Casas en favor de los Indios y paró en las lecciones de Victoria —primer cambio al derecho Romano en no sé cuántos siglos— hasta los derechos del hombre que empezaron reclamándolos los alzados de Francisco Roldán contra los Colonos o santos como Pedro Claver y la redujeron a decálogo los de Filadelfia en la América inglesa. Porque aquí se inventó la república con los ingleses de Jefferson, los negros de Haití y los colombianos de Angostura en el Orinoco. Aquí se inventó el pararrayos con Franklin y esta pequeña frase con el indio Juárez de México: El respeto al derecho ajeno es la paz: Después de todo, todos los de toda Europa venidos a América lo hicieron empujados por el mismo resorte: la liberación. Salir de Europa para liberarse. Los españoles fueron los primeros o pioneros. Luego, la emigración fue universal. La independencia... 500 años sacándole el cuerpo a la corona... De todas las coronas y religiones y fanatismos y dictaduras, Europa ha sido fanática y cruel, con la España de la Inquisición hasta la Alemania de Hitler y la Rusia del Gulag.

Y a América han venido judíos perseguidos por los de España católicos, católicos de Escocia por protestantes de Inglaterra, calvinistas de Francia por católicos, puritanos de Inglaterra por anglicanos, alemanes y polacos y rusos, escandinavos, griegos, húngaros, italianos, holandeses, daneses... porque no hay nación de Europa que no se sienta estrecha o perseguida alguna vez en su tierra y quiera buscar en el otro lado del océano una Nueva Escocia, Nueva Inglaterra o Nueva España... Y eso hasta hoy cuando aparecen los Hitler, Mussolini, Franco, Stalin... Salir es vivir. ¿Hacia dónde? ¿América?

Aquí, amigos de la Mesa Redonda, han estado los 500 años de esperanza para el mundo. Aquí ponía su esperanza cada emigrante, cada fugitivo al embarcarse. Era lo que tenía más escondido. Sin comunicándoselo ni siquiera a sí mismo. Hace 200 años Bolívar lo declaraba: ***La libertad de América es la esperanza del Universo.*** *Precise****mos: la libertad en América. Es la esperanza del Universo y nuestra esperanza 500 años en busca de la libertad. La casa de la libertad, la de los Derechos del Hombre, la del Estudiante de la Mesa Redonda, ¡la de la taberna de la Historia Iluminada!***

Germán Arciniegas
mayo de 1991

Indice

Introducción 9
I 13
Los frailes 15
II 33
Los mareantes 35
III 53
América 55
IV 63
Los aventureros 65
V 81
Clave de Salamanca 83
VI 95
Los conquistadores 97
VII 113
Los seminaristas 115
VIII 129
Los inquisidores 131

IX 141
Los sabios 143
X 157
Los obreros 159171
Cuentos del alba 173
191

La revolución 193
XI 203
Los románticos 205
XII 219
El mirador de la vida 221
XIII 233
Los políticos 235
XIV 247
La Loma 249
Don Germán está de vuelta 253
A UTORES COLOMBIA NOS
NOVELA

FUGAS
Oscar Collazos

EL MUNDO SIGUE ANDANDO
Manuel Mejía Vallejo

EL PA TIO DE LOS VIENTOS PERDIDOS
Roberto Burgos Cantor

TUYO ES MI CORAZON
Juan José Hoyos

LOS DOMINGOS DE CH A RITO
Julio Olaciregui

MI SA NG RE AUNQUE PLEBEYA
David Sánchez Juliao

EL FUEGO SECRETO
Fernando Vallejo

CENIZA DEL LIBERTADOR
Fernando Cruz Kronfly

AQUELLOS AÑOS ROJOS
Eduardo Camacho

EL MENSAJERO
Fernando Vallejo

EL CIELO QUE PERDIMOS
Juan José Hoyos

EL PELAITO QUE NO DURO NADA
Víctor Gaviria